RAFAEL ALTAMIRA

ESPAÑA
Y EL
PROGRAMA AMERICANISTA

EDITORIAL-AMÉRICA
MADRID

CONCESIONARIA EXCLUSIVA PARA LA VENTA:
SOCIEDAD ESPAÑOLA DE LIBRERÍA
FERRAZ, 25

EDITORIAL-AMÉRICA

Director: R. BLANCO-FOMBONA

PUBLICACIONES:

I

Biblioteca Andrés Bello (literatura).

II

Biblioteca Ayacucho (historia).

III

Biblioteca de Ciencias políticas y sociales.

IV

Biblioteca de la Juventud hispano-americana.

V

Biblioteca de obras varias.

De venta en todas las buenas librerías de España y América.

Imprenta de Juan Pueyo, Luna, 29; teléf. 14-30.—Madrid.

ESPAÑA Y EL PROGRAMA AMERICANISTA

BIBLIOTECA DE AUTORES VARIOS

I.—Ofrenda de España á Rubén Darío, por Valle-Inclán, Unamuno, Antonio Machado, Cavia, Pérez de Ayala, Díez-Canedo, González Olmedilla, Cansinos-Assens, etc, etc.

II.—Andres González-Blanco: *Escritores representativos de América.*

III.—Rafael Altamira: *España y el programa americanista.*

RAFAEL ALTAMIRA

ESPAÑA
Y EL
PROGRAMA AMERICANISTA

EDITORIAL-AMÉRICA
MADRID

CONCESIONARIA EXCLUSIVA PARA LA VENTA:
SOCIEDAD ESPAÑOLA DE LIBRERÍA
FERRAZ, 25

ÍNDICE

Páginas.

EXPLICACIÓN PRELIMIAR 7

PRIMERA PARTE

EL PROGRAMA

CAPÍTULO I.—El programa de nuestro americanismo..... 15
I.—Opiniones varias. La oportunidad del momento..... 15
II.—El elemento emigrante..... 26
III.—El programa de los españoles de América..... 35
IV.—Comercio y escuelas..... 45
V.—Cátedras españolas..... 51
VI.—El Archivo de Indias y América..... 56
VII.—Programa mínimo y urgente..... 62
CAPÍTULO II.—El americanismo en las Cortes.... 69
CAPÍTULO III.—Las "posibilidades" de España.. 81
I.—Noticias y consideraciones generales.... 81
II.—Nuevas coyunturas..... 95
III.—Cómo aprovecharlas..... 100

Páginas.

CAPÍTULO IV.—El idioma..... 109
CAPÍTULO V.—Los siete competidores..... 115

SEGUNDA PARTE

LO QUE ES ESPAÑA

CAPÍTULO I.—El español fuera de España..... 125
CAPÍTULO II.—España nueva y España vieja.... 133
CAPÍTULO III.—Los elementos de la civilización y el carácter españoles..... 147
CAPÍTULO IV.—La civilización española..... 155
CAPÍTULO V.—Optimismo y pesimismo..... 177
I.—..... 177
II.—..... 183
III.—..... 189
CAPÍTULO VI.—Patriotismo español. Nuevas formas..... 195
CAPÍTULO VII.—Progresos españoles..... 207
I.—Una cátedra nueva..... 207
II.—Las bibliotecas populares..... 212
III.—Educación obrera..... 218
IV.—La enseñanza del Dibujo escolar.—Los libros escolares y de divulgación.... 225
V.—Un libro alentador..... 235
VI.—La visita de los académicos franceses. 240
CONCLUSIÓN..... 249

EXPLICACIÓN PRELIMINAR

Tres enemigos principales tiene el hispano-americanismo en las mismas naciones á que se refiere esa corriente ideal y sentimental: el del menosprecio, el de la negación de su posibilidad y el del prejuicio contra la España presente y pretérita.

El primero y el segundo son enemigos genuinamente españoles; quiero decir que han nacido y viven entre nosotros mismos.

El menosprecio, significado en la sonrisa *caritativa* (seguida á veces de la vulgar palabra "lata") cuando se discursea ó discute de esa materia, tiene su origen en el abuso de la retórica vacía, jamás acompañada de la acción ni de un verdadero conocimiento del problema, con que ha solido tratarse el americanismo durante muchos años. Aun así, era una injusticia, porque no siempre, ni todos nuestros americanistas, cayeron en ese pecado. Más injusto y erróneo es ahora; pero todavía persiste y se defiende con la alegación, que no cabe discutirle, de que aún quedan muchos restos de la palabrería infecunda que martilleó en nuestros oídos tiempo y tiempo, hasta cansarlos sin provecho alguno.

La negación de la posibilidad actual del hispanoamericanismo, aunque tiene algunos partidarios en América (y por eso se enlaza con el prejuicio de que hablaré en último término), donde más se le razona y defiende es aquí, sin duda por aquello que dijo Bartrina y se ha repetido tantas veces: "Y si habla mal de España es español". El argumento sobre que se basan quienes piensan así es el de la imposibilidad que España tiene, dicen, de dar nada á los países nuevos de América, y el supuesto de nuestro desprestigio absoluto en aquellos países. Y no es este un error vulgar y, como quien dice, de gente profana. Algunas personas de las que hablan y escriben acerca de estas cuestiones parecen complacerse en extremar el hecho (que afirman) de nuestro descrédito en América y de nuestra falta de influencia actual en todos órdenes.

No me explico ese empeño, basado en un profundo error. Quizás depende, en algunos, del medio especial que frecuentaron en América y de las impresiones parciales que de él recibieron. Verdaderamente no bastan cuatro ó seis meses para conocer un pueblo, máxime si se limita el círculo de los elementos nacionales con quienes se convive. Por eso me han parecido siempre una anticipación precientífica, ó una superchería, todas esas sentencias firmes que respecto de cualquier país del mundo suelen dar los viajeros. En América ya conocen esa literatura en lo que se les refiere. Unas veces, se ríen de ella; otras, les molesta como una adulación no buscada ni merecida, ó bien protestan, como en algún caso reciente lo han hecho periódicos de la América del Sur respecto de juicios deficientes y

ligeros que de ciertos países se han formulado.

Creo que el error á que vengo refiriéndome está en aquella categoría. No es verdad que en América nos desprecien, ni lo es ya (pudo serlo hace años) que nos desconozcan en mucho de lo que representamos y valemos, tomada en conjunto la opinión de los hombres capaces de tenerla y dotados de la suficiente ecuanimidad para no disfrazarla. Más bien lo que pudiera acusarse en los momentos presentes y en muchas de las repúblicas hispano-americanas, es una acentuación de la tendencia hispanista (1). Lo que sí ocurre es que, á fuer de países cultos, no les pasma ni les sorprende, como les podría pasmar y sorprender á los negros de Senegambia, ninguna de las manifestaciones de la civilización moderna, por muy elevada que sea su significación espiritual. Los especialistas de aquellas naciones y sus hombres de cultura general están orientados en las ciencias modernas y acogen lo que en este sentido se les transmite con el respeto y la estimación que en cada caso corresponde, pero sin aspavientos extremosos; y quizás la falta de éstos, algunas veces, induce á error en cuanto á la consideración general en que se tiene nuestra cultura moderna, cuyas aportaciones, originales ó concomitantes con el movimiento general de la época, saben los americanos ácoger y utilizar convenientemente.

Lo único cierto en este asunto es que existen en América hombres, y á veces corrientes de opinión,

---

(1) Pruebas de ella las he dado en recientes conferencias y se encuentran tambien en escritos modernos de publicistas hispano-americanos.

que, convencidos ó no de lo que dicen (en algunos casos son *boutades* y gestos de malhumor, compatibles con el cariño á España y hasta con una fuerte influencia de españolismo), repiten la consabida leyenda de nuestro atraso y nuestro sentido *viejo* y antimodernista, ó movidos por restos de antiguas animosidades políticas, que por fortuna ya no siente la mayoría, creen útil y hasta patriótico despañolizar América, y para eso necesitan sostener que no servimos para nada en la obra actual de la civilización espiritual y material. La existencia de esos casos es indudable, y tenerlos en nada sería indiscreto y temerario; pero no son, ni con mucho, expresión de opiniones generales y difundidas, hasta el punto de impedirnos toda acción en América y convertir en vana la pretensión del hispanoamericanismo.

El presente libro se ha escrito pensando en esos tres enemigos fundamentales de la corriente americanista, y también en otro, representado por la parsimonia en convertir los programas que se formulan y las promesas que se empeñan, en hechos reales y efectivos.

Aspiro á que el lector salga convencido, después de leer las páginas que siguen, de que el hispanoamericanismo no es una aspiración romántica y casi ridícula; de que es posible y lo ha demostrado ya con hechos, y de que España tiene, en su vida actual y en la pasada, muchos títulos para pretender hoy el papel de colaborador digno y útil en la obra de civilización y humanidad que sus hijas (hoy, en

muchos casos y por varios títulos, sus hermanas) han emprendido en aquellas tierras de América que siguen nutriéndose con sangre española y hablan, fundamentalmente, el idioma que es signo en todo el mundo de nuestra unidad y de nuestro espíritu.

Por todo esto, el presente libro es un anillo más en la cadena que años hace vienen señalando otros míos, fruto de mi constante preocupación por estos problemas capitales, que no son únicamente españoles, sino que transcienden (en buen hora sea dicho) del campo estrecho de un patriotismo peninsular en todo caso respetable, pero que, felizmente, no es más que un factor, aunque de primera importancia, en la obra común.

RAFAEL ALTAMIRA.

Madrid, 1917.

PRIMERA PARTE

EL PROGRAMA

CAPÍTULO PRIMERO

EL PROGRAMA DE NUESTRO AMERICANISMO

I

CONDICIÓN PREVIA. LA OPORTUNIDAD DEL MOMENTO

Del mismo modo que hasta hoy—en que las condiciones han comenzado á modificarse—la dificultad de comunicación entre las diferentes repúblicas hispano-americanas (ó entre muchas de ellas) retrasó el planteamiento de los problemas comunes á todas y la formación de un espíritu de solidaridad que propiamente les corresponde y les conviene, dentro del más general panamericano, la carencia de relación y de acuerdo entre los diferentes grupos de emigrantes españoles—tan alejados entre si geográficamente, en muchos casos—, ha retrasado no poco y con daño grave, la visión total de nuestro problema en esos países y la concentración de los esfuerzos necesarios para dar resolución favorable á cada una de las cuestiones que lo integran.

Claro es, ¿quién lo negará?, que en cada repú-

blica (por las particularidades de vida que tienen y también, á veces, por las que diversas circunstancias han ido produciendo en los núcleos emigrantes) se presentan cuestiones especialísimas; pero esto no obsta para la evidente existencia de otras muchas comunes, que es preciso reconocer y afirmar y que, naturalmente, llegarán más pronto y mejor á un término satisfactorio si se aunan todas las aspiraciones y todas las energías.

Ahora bien: es indudable que eso no se conseguirá sin que se produzca antes una intensa y continua comunicación entre los españoles de todas las repúblicas hispano-americanas. Mientras sigan planteando y gestionando aisladamente sus problemas los españoles de Cuba, de la Argentina, de Méjico, etc., no viendo en cada uno más que lo particular y no lo genérico, los problemas adelantarán poco, á lo menos en lo que su resolución toca á España y á los españoles de América. Bien claro es que la misma falta de visión unitaria que abrace la totalidad de los intereses, aspiraciones y circunstancias relativos á los diferentes países hispano-americanos, constituye una de las causas de infecundidad de los buenos deseos de algunos americanistas y del retraso con que se comienza á plantear entre nosotros el programa práctico del americanismo. Sólo puede abarcarse éste en unidad si se conocen todas y cada una de sus partes, con lo que también se dará á cada una el lugar jerárquico que la realidad le concede hoy día. Conocer sólo los problemas de un país é ignorar ó conocer de oídas los de los otros, sólo habilita para una acción parcial, y ocioso es decir que la vida y las necesidades

de esos y de todos los países se conocen muy imperfectamente á través de libros, periódicos y cartas. Por ello he predicado siempre—y en ello insisto—para que vayamos *muchos* y *mucho* á las tierras americanas, en viajes de estudio y de comunicación personal, pues estoy tan lejos de creer que desde aquí se puede conocer bien lo que nos importa de América, como de que, para ser conocidos de los hispano-americanos, basta que les enviemos libros y periódicos, ó que se publiquen escritos españoles en aquellos países. Todo eso sirve, sin duda, y hace su labor, de gran utilidad y mérito, salvo cuando los escritos son pesimistas ó faltan al principio patriótico que expondré más adelante, cosa frecuente, como nadie ignora. Pero, con ser útil y meritorio, no basta. Hay que ir allá, que hablar con las gentes, que poner al servicio de nuestros ideales el efecto de la presencia personal y que estudiar, en fin, las cosas en vivo.

Pues eso mismo necesitan hacer los españoles que viven en América; y para ello el primer paso es relacionarse y conocerse mediante el cambio de planes, programas, anhelos y necesidades, y mediante la difusión en cada país de lo que en los demás se trabaja por la causa común. Hora es ya de que no permanezcan extrañas las unas á las otras (ó con escasa relación, por lo general reflejada desde la Península, lo cual no basta) las colectividades españolas de las diez y ocho repúblicas de América, é incluso de los Estados Unidos, en que también las hay, como es notorio.

Para contribuir á esto y dar ejemplo de lo que expongo como necesario, voy á examinar en este

capítulo las recientes manifestaciones americanistas que han publicado periódicos de Buenos Aires: *La Nación*, en dos números de Diciembre de 1915, y *Diario Español*, en otras fechas recientes.

La Nación ha titulado sus artículos: "El problema hispano-americano". "Un momento decisivo". Se deben á la diligencia, cultura é interés por el problema, del redactor de aquel diario D. Fernando Ortiz Echagüe, quien aprovechó su estancia en Madrid, en el otoño de 1915, para hablar con algunos escritores y políticos y pedirles opinión acerca de las cuestiones especiales que la guerra europea ha planteado en el campo de las relaciones hispano-americanas.

El Sr. Ortiz recogió las respuestas de los señores Labra, Azcárate, Rodríguez San Pedro, Posada, Palacio Valdés, Palomo y el autor de este libro. Si hay alguna más, su publicación no ha llegado á mis manos.

Considero, ante todo, importante señalar la coincidencia (por otra parte, naturalísima) de casi todos los señores, mencionados, en puntos capitales del programa. Las divergencias no las he de decir, porque en estas cosas lo que vale es la suma y no la resta: trabajar todos en lo mucho que nos une, sin consentir que nos paralice la acción aquello en que discrepamos, que no suele ser, por lo general, de consideración preferente. Lo importante ahora es recoger de todas esas manifestaciones lo práctico que contienen, exprimiéndolas bien para que sólo quede eso, y anotar entre las cosas prácticas aquellas que reunen la mayoría de los sufragios.

Concedo gran valor, por ejemplo, á la coinciden-

cia de hombres como Labra y Azcárate en un punto que ya va teniendo atmósfera simpática entre nosotros, según lo revelan diversos escritos de diarios importantes, madrileños y barceloneses. Me refiero á la transformación, ampliación ó mejoramiento de los centros oficiales de relación internacional, diferenciándolos en el sentido americanista, y de los cuerpos diplomático y consular á ese mismo respecto.

El Sr. Azcárate dice: "Otra medida que se impone es la división de nuestro cuerpo consular y diplomático en dos grupos: uno para Europa y otro para América. Este segundo grupo debería tener una preparación especialísima, para que su gestión en los pueblos americanos tuviese la eficacia de que hoy carece, por desconocimiento de ambiente y de los intereses españoles en esos países."

El Sr. Labra cree "que procede la reorganización de nuestro Ministerio de Estado, donde se debe crear una Dirección general de asuntos de América. Urge reorganizar las carreras diplomática y consular que funcionan en el Nuevo Mundo; debe transformarse al estilo italiano nuestro Consejo Superior de Emigración, ampliándolo y llevándolo á la Presidencia del Consejo de Ministros, donde estuvo la Dirección general de Ultramar, y dándole carácter autónomo".

No copio más; pero (repitiendo que no son Azcárate y Labra los únicos que así piensan entre nosotros) debo añadir que, poco más ó menos, eso es lo que he recogido siempre de labios de los españoles de América, en mis diferentes viajes. Condensando esa opinión y mis observaciones, propu-

se en 1910 el establecimiento en Madrid de un "Centro Oficial de Relaciones Hispano-americanas" (páginas 590 á 596 del libro *Mi viaje á América*), que no encontró ambiente en las esferas políticas; pero las circunstancias son hoy otras. La opinión ha ido cambiando y progresando en este punto; y como, por otra parte, la creación del Instituto Diplomático y Consular que depende del Ministerio de Estado, ya comienza á ofrecer el órgano propio—que antes no existía, ni en nuestras Universidades ni en otros centros docentes—para la especialización del personal que ha de nutrir esos cuerpos (en los cuales también, por propio y espontáneo impulso, se está produciendo una importantísima evolución), el momento me parece oportuno para lograr el cumplimiento de lo que tantos, interesados y conocedores del problema, apetecen (1).

Por mi parte, he resumido mi estimación de las cuestiones planteadas por el Sr. Ortiz, en los siguientes términos:

"Salvo algún detalle muy técnico, mercantil ó de índole análoga, que sólo los especialistas pueden dar, creo que á ninguna persona, de las pocas que aquí miran hacia América, se le oculte la importancia de las cuestiones sugeridas por la actual situación. En este punto, ó mucho me engaño, todos vamos á coincidir, tanto en el señalamiento de lo

(1) Después de escrito lo que precede, se ha producido la reforma en el plan de estudios del Instituto Diplomático y Consular. Parte de esa reforma (que es mejora indudable) está constituída por la creación de una cátedra de Historia de América desde la independencia de las colonias inglesas y españolas.

que la situación misma plantea, como en la fijación de las cosas que debemos hacer para aprovecharla, por algo más que un interés egoísta: por lo que una acción enérgica de nuestra parte, en el orden económico y en el espiritual, puede contribuir á mantener la substantividad de eso que llamamos "raza", á la que no basta la pura independencia política respecto de otros estados hijos de la actividad de razas distintas.

La situación es clarísima. La guerra europea ha producido en el mercado hispano-americano dos vacíos importantes, más bien tres: el de productos elaborados en las naciones beligerantes, que han cesado ó disminuído muchísimo en su exportación; el de capitales que beneficiaban negocios americanos, y el de líneas de comunicación con América, reducidas en gran parte por la inmovilización de trasatlánticos europeos ó su aprovechamiento en otros menesteres. Únase á esto la natural suspensión ó debilitación de influencias intelectuales sistemáticas que combatían la nuestra, y se tendrá el cuadro entero de las posibilidades con que nos brinda el momento actual.

El cómo aprovecharlas se le ocurre á cualquiera; pero no es eso lo que importa decir. Más ó menos, lo hemos dicho repetidas veces los pocos que en esto oficiamos de propagandistas por convicción. Por mi parte, llevo ya algunos años de predicar sobre estas cosas en todas las esferas, y algo he conseguido convertir en hecho dentro de mi campo docente; ¡pero es tan poco! ¡Hay tan gran incomprensión de la gravedad que el problema americano encierra para nosotros, en los elementos oficiales y

en los capitalistas dedicados á industrias relacionadas con la producción intelectuall Algunos ejemplos recientes podrían citarse; pero no se trata de eso ahora.

Lo que quiero repetir es que el caso no comporta ya el exponer en larga parrafada lo que vemos con toda claridad que debiera hacerse; mucho menos, perder el tiempo en lirismos que, por ser tales, no siempre responden á verdaderos sentimientos ó convicciones en quien los suelta por la boca. Bien están las "fiestas de la raza", si se cree que de vez en cuando, y en su propia esfera (muy reducida), sirven para reavivar el sagrado fuego romántico que puede animar á la acción; pero no cometamos la inocentada de pensar que con eso basta, ni siquiera que produce los efectos que de nosotros esperan los argentinos, los uruguayos, los chilenos, los peruanos, los colombianos, etc..., y también nuestros españoles de allá. ¡Sírvanos alguna vez de lección la benévola sonrisa con que los hispanoamericanos acogen los torneos de retórica en que se complacen aquí, con la mejor intención, sin duda, algunos de nuestros llamados americanistas!

La cuestión ahora es otra y urgente, y consiste en determinar, de un modo concreto y rápido, *qué estamos dispuestos á realizar*, dentro de lo que efectivamente podemos, para acudir á esas varias posibilidades antes dichas; y una vez determinado, en que lo realicemos sin demora, puesto que el momento presente es una oportunidad y, como tal, puede desaparecer pronto, ya porque sobrevenga la paz en Europa antes de lo que se supone, ya porque los vacíos mencionados los llene la enorme actividad

de los Estados Unidos, que febrilmente trabaja en ello y que puede llegar á barrer, no sólo toda posibilidad española, sino toda posibilidad europea (1). Es cuestión de hacer las cosas bien y de prisa, intensificando el esfuerzo, antes de que sea tarde.

No nos engañemos tocante á nuestras propias fuerzas, ni por optimismos, ni por pesimismos. No olvidemos tampoco que, en algunas materias, el menos fuerte puede ganar la partida por anticiparse, si además cuenta con la colaboración latente de los factores simpáticos que proceden de la lengua, la historia, ciertos intereses comunes, etc. Convengamos, pues, en que así como luchar con el único competidor efectivo que ahora se presenta—los Estados Unidos—, en los órdenes de vida económica que tiene desarrollados potentemente, sería ocioso, hay, en la esfera de nuestras producciones originales y de nuestras relaciones genuinas, campo amplio en que operar.

Pero no lo pensemos mucho tiempo, repito. Hablen, ó, más bien, avíspense y maniobren nuestros productores de materias que tienen en América mercado, ó pueden tenerlo en sustitución de otras europeas similares; nuestros capitalistas de depósitos y cuentas corrientes (sin interés, por lo común), que en América hallarían posibilidades de beneficio ahora más que nunca; nuestros navieros, que si en

(1) Opiniones muy respetables de personas que conocen bien los países de América y lo que actualmente ocurre allí, creen que este temor es infundado. Puede que tengan razón; pero estimo preferible temer un peligro, quizás menor de lo que se presume, que dormirse en una confianza excesiva.

la carrera de Sur-América han mejorado las cosas, están lastimosamente representados en las líneas de Antillas, golfo de Méjico y Estados Unidos (1); nuestros hombres de negocios y nuestros políticos militantes, que pueden convertir en hechos los vitales proyectos de ferrocarriles para una rápida y cómoda comunicación del centro de España y la frontera francesa con nuestros puertos del Noroeste, y la mejora de estos mismos puertos; nuestros libreros editores, que alguna vez han de darse cuenta de lo que pueden ganar allá con sólo hacer lo que hacen franceses y alemanes, y no es ello un arco de iglesia (2); las Universidades y centros docentes superiores, que deben enviar profusamente pensionados españoles á los países hispano-americanos y establecer con regularidad el intercambio de profesores y de publicaciones; el Gobierno, que en vez de gastar en nuevas ediciones del *Quijote*, no tan urgentes que no puedan esperar un poco (y que en último resultado á quien toca acometer por su cuenta y riesgo es á las casas editoriales ó á la Academia Española, que también lo es), debe aplicar esos recursos á sostener y fundar escuelas españolas en países donde nuestro idioma pierde terreno ó se

(1) Sin dejarse ganar por el natural agobio que padece, Francia, en plena guerra, estudia el establecimiento de nuevas líneas marítimas. ¡Qué ejemplo! (Véase el artículo de M. Georges Bureau, subsecretario de Estado de la Marina mercante, en el número especial de la revista *Lectures pour tous*, 15 Octubre 1915).

(2) Me refiero al orden mercantil y especialmente al del crédito; que en cuanto á las publicaciones mismas, nuestra superioridad es evidente.

encuentra ahogado por el de la nación en que viven grupos, á veces numerosísimos, de españoles, ya que lo importante para el *Quijote* no son ejemplares, sino lectores; el Gobierno también, y con él las Cortes, que necesitan preocuparse de los tratados de Comercio, de los aranceles, de la emigración española y de las colonias de españoles en América; el Ministerio de Instrucción pública, en fin, que debe atender cuidadosamente á uno de los más fuertes lazos espirituales que con América nos unen: el Archivo de Indias...

Pero todo eso, *para hacerlo,* no para repetirlo en palabras una vez más. El momento presente es decisivo para nosotros. En América lo ve todo el mundo. ¿Lo querremos ver aquí y luchar para que no se cierre en nuestro daño, que ya sería definitivo?

Por lo que toca á los españoles residentes en América, de quienes (aunque mi amigo D. Félix Ortiz parezca ignorarlo) vengo ocupándome hace tiempo y cuyas cualidades y significación he ponderado en repetidas ocasiones antes y después de mi viaje, porque de ello estoy convencido, no me cabe duda de que pueden también, en estos momentos, ayudar mucho á los propósitos enumerados. Un cierto proyecto de línea marítima entre Vigo y Nueva York, de que hablan ahora los periódicos, comienza á darme la razón con algo más que palabras (1).

(1) Se escribía esto en Octubre de 1915.

II

EL ELEMENTO EMIGRANTE

D. Fernando Ortiz ha dedicado el último de los cinco artículos á que antes hice referencia, á resumir el contenido de las opiniones recogidas que estima verdaderamente útil, y á exponer la suya propia. Merece su resumen atención y estudio.

En primer término, dos párrafos de ese artículo, que reproduzco literalmente. El señor Ortiz dice que hay en España dos grupos de americanistas perfectamente distintos por la orientación de sus ideas. Unos—escribe—"toman como base firme de su labor la comparación de las actuales posibilidades españolas con relación al grado de progreso alcanzado por las diferentes repúblicas hispano-americanas"; otros "apoyan su campaña, casi exclusivamente, en la perduración de los factores étnicos, sin tener en cuenta la importancia secundaria que presentan las cuestiones de raza en estos países nuevos (el Sr. Ortiz se refiere, naturalmente, de un modo particular, á los de Sur-América, y sobre todo á la Argentina), abiertos á todas las actividades humanas y dotados de una facilidad de asimilación tan grande, que permite fundir en sus enormes crisoles todos los heterogéneos elementos que Europa envía".

Luego añade, tocando otro aspecto de la cuestión:

"Siendo, pues, diferente el punto de partida en que se apoyan unos y otros, deben diferir también en los demás; y así vemos que mientras estos engloban en el problema hispano-americano á todos los países de habla española, *concediendo igual importancia á la Argentina* que á la última República centro-americana, aquellos desligan del problema general á los países que, *como el citado especialmente y después Cuba* y algún otro, merecen una atención preferentísima por las particulares características que en su incesante progreso presentan para el estudio de la cuestión."

El Sr. Ortiz tiene razón en lo que dice. Respecto de este último error que señala en algunos de nuestros americanistas, todos sabemos que procede de la manera teórica como abordan el problema, sin haber visitado nunca tierras americanas y aun improvisándose en estos estudios, á que llegan sin preparación alguna desde campos de actividad muy distintos. Pero esto nada importa desde el momento que son una minoría y que hay aquí gentes bien orientadas, como el propio articulista reconoce.

También es cierto lo que dice en punto á la jerarquía económica y social de las repúblicas. Esta consideración de perspectiva es necesaria tratándose de un continente tan inmenso y vario en sus diferentes partes; pero siendo muy verdad, no excluye la existencia de ciertas cuestiones comunes á todos los países de habla española, ya en lo que se refiere á nuestros emigrantes, ya en lo que toca á las relaciones de aquéllos con España, su comercio, su espiritualidad, etc. En la distinción de lo común y lo especial de estos asuntos y en el diferente em-

puje que cada cosa requiere, está el tino que distingue á un hombre de gobierno de un simple aficionado en cualquier orden de acción nacional.

Pero aún más interesante que lo dicho es lo que el Sr. Ortiz escribe acerca de los emigrantes españoles. Reconoce el redactor de *La Nación* que una buena parte de la obra que nos urge realizar en América, corresponde á los elementos mencionados. "Esos tres millones de españoles repartidos en el continente americano constituyen el *único* y verdadero lazo de unión entre España y los países de habla castellana. Ellos representan el único elemento capaz de desarrollar la acción necesaria para que el tópico de la confraternidad hispano americana se traduzca en hechos reales y concretos, tendientes á vigorizar nuestro tráfico comercial ultramarino."

Yo disiento del Sr. Ortiz en estimar como *único* lazo de unión á nuestros emigrantes; pero sí los considero, en muchos respectos, como el más poderoso. Por ello, y por otras razones (no menos atendibles aunque sean de distinto género), me esfuerzo desde hace años por atraer la atención de los políticos hacia la necesidad de preocuparse de nuestros emigrantes, satisfacer sus justas aspiraciones y utilizarlos, como utilizan á los suyos otros países de Europa, en algo más que suscripciones para fiestas ó calamidades nacionales.

Pero el Sr. Ortiz fía poco en lo que hagan nuestros emigrantes. "Esas colectividades—escribe—, y me refiero principalmente á la radicada en la Argentina, por ser la única que conozco, no tienen plena conciencia de sus deberes." Á juicio del se-

ñor Ortiz, esa falta se evidencia sobre todo en la carencia de cooperación, de unidad de miras, de sentido orgánico y, en este respecto, propiamente *nacional*. Es un iluso, dice "quien pretenda que un millón de españoles (ese número suma nuestra colectividad en la Argentina) se unan para realizar una labor común, por útil y patriótica que ella sea. Y es que esos hombres, que viven anhelando el engrandecimiento de España, que prodigan su dinero, penosamente ganado, para la creación de centros de beneficencia y de fraternidad española, y que demuestran en todo momento su hondo amor á la patria, son incapaces de organizarse. Nuestra insuficiencia de talento organizador se muestra bien palpable en estos países donde luchan los hombres de todas las razas. Aquí triunfan los españoles tanto como los alemanes, los franceses, los italianos ó los ingleses, lo que demuestra que individualmente considerados no somos inferiores á los demás pueblos: Pero cuando se nos compara colectivamente con las demás agrupaciones europeas, acusamos una marcada inferioridad. Surge la agrupación, y con ella, el desorden, generador del fracaso que anula todos los esfuerzos y vicia las mejores voluntades".

Numerosos ejemplos dan base firme, sin duda, á esta opinión del Sr. Ortiz. Algo que parece haber ocurrido con el reciente folleto del Sr. López de Gomara lo corrobora con hechos bien inmediatos. Pero, ¿es este un mal invencible?

El mismo Sr. Ortiz cree que no. "Defecto nacional es este y, por lo tanto, puede parecer de difícil remedio; pero también lo son la pereza, la indife-

rencia, el pesimismo, la falta de convicciones y hasta la de patriotismo, que no se manifiestan en el español emigrado. El cambio de ambiente estimula su laboriosidad; la competencia con hombres de otras razas despierta su amor á la patria, y, en suma, el español trasplantado parece despojarse de esas cualidades inferiores para la lucha por la vida. ¿Por qué, pues, si el español emigrado logra deshacerse, al abandonar la patria, de todos esos defectos al parecer innatos, no ha de conseguir también crearse un talento organizador tan indispensable para alcanzar el éxito en estos tiempos de ruda competencia?"

Con todas las reservas necesarias en punto á la afirmación, ó la sospecha, de que todos esos defectos apuntados sean innatos en nosotros (ya sé que mucha gente lo cree, pero no basta creer que una cosa es de cierto modo para que sea así en realidad), ni aun que constituyan la característica de la vida española presente, estoy conforme con que en punto á organización, es decir, á cooperación y sentido social, hasta ahora nos hemos mostrado inferiores á los demás pueblos europeos.

No proviene esto de falta de talento (porque el problema lo ven con claridad todos los españoles), si no de sobra de individualismo, de envidia, de cantonalismo estrecho, de otras pequeñeces que aislan á nuestros hombres ó, á lo sumo, los agrupan en pequeñas comunidades celosas unas de otras. La falta de subordinación del individuo á un principio superior y el exceso con que domina nuestra vida el deseo de ser antes cabeza de ratón que cola de león, explican en gran parte este hecho.

Pero yo no lo creo fatal é irremediable. Tampoco el Sr. Ortiz, en fin de cuentas, porque lo cierto es que sobre este punto no formula sentencia firme, sino que deja resquicio para la apelación.

Comienza, en efecto, por preguntar (según ya hemos visto) si como han tenido y á diario tienen remedio, en nuestros emigrantes, defectos y errores que en España creemos advertir á cada paso (y esto bastaría siempre para que nos oprimiesen y sugestionasen), no podrá tener remedio también ese que él considera, con todo motivo, como la más formidable dificultad para que los españoles pesen é influyan en la vida americana, con relación á la patria de origen, tanto como pesan é influyen otros núcleos de emigrantes que parecen tener menos motivos para esa ventaja. Yo creo que sí, por muchas razones, incluso la fuerza considerable que sobre todo individuo adquiere eso que se llama espíritu de los tiempos, cuyos cambios nadie puede detener ni nadie sabe aún científicamente dónde y cómo se fraguan.

En primer lugar, no es cierto que los españoles sean incapaces de toda organización amplia y subordinada á un ideal superior al de divertirse y evocar ó sostener (artificialmente, muchas veces) regionalismos que ni aun en la Península tienen arraigo. El Sr. Ortiz lo reconoce al apuntar la Asociación Patriótica Española, la de Beneficencia y los centros pro-creación de escuelas en Galicia. Aún podrían añadirse, con referencia á la misma Argentina, otras asociaciones análogas; y todo ello es de valor considerable por lo que representa, por lo que realiza y por la confianza que infunde. Quizás no se

han dado cuenta exacta los españoles—los de acá, por de contado—, de la base firmísima de apoyo que para una acción concertada significan las fuertes organizaciones de Beneficencia y socorros mutuos en las repúblicas sur-americanas.

Punto es este que quien se precie de político en el buen sentido de la palabra, debe estudiar cuidadosamente. Y si á este dato y los que el Sr. Ortiz aduce, se unen los valiosísimos que en la misma esfera de la cooperación y la organización de grandes masas ofrecen, Cuba en primer término (y de un modo ciertamente insuperable) y también otros puntos de inmigración española en Norte-América, no dudo que el pesimismo inicial quede muy quebrantado con hechos que lo contradicen en el espíritu de todo hombre observador y ecuánime.

Lo que ocurre es que hasta ahora, fuera de esos motivos de beneficencia y de salud—nuestros admirables hospitales de casi toda América—, no se ha llamado á las colectividades españolas de allá á un concierto bajo programa concreto y práctico de acciones que signifiquen el planteamiento de problemas patrióticos cuyo campo de resolución está en América misma y por igual importan á todos los emigrados, es decir, que no tienen sólo valor y significación local. Y eso no se ha hecho, sencillamente, porque no se ha podido hacer, porque aún no había llegado su hora.

Quienes sentían esa necesidad (claro es que los hubo) sabían bien que faltaba ambiente á sus palabras; y aun en el caso en que las predicasen, guardaban la impresión de que predicaban poco menos que en desierto. No se habia formado aún la con-

ciencia de los más, el ideal colectivo, sino en cosas muy escasas y no siempre principales; y por eso prosperaban y florecían los personalismos, las divisiones, los grupitos, que sólo tienen vida donde otras preocupaciones más altas no embargan el espíritu.

Pero los tiempos han cambiado ó están cambiando en todas partes. Lo ocurrido en el Congreso de Confederación española celebrado en Buenos Aires en 1913 es buena prueba de que ya todos los oídos están abiertos á la voz de las grandes cuestiones españolas, y que ahora la propaganda puede hacerse con seguro éxito si se hace con entusiasmo, con persistencia y con estudio de lo mismo que se va á propagar, no con generalidades y retóricas como las que gastan algunos "americanistas" de aquí y de allí. Las circunstancias actuales han abierto los ojos á muchos, y el peligro y la conveniencia común unirá á la inmensa mayoría.

Cierto que aún habrá disidentes é indisciplinados, más que por otra cosa, por repetirse lo de la "cabeza de ratón"; pero si los directores del movimiento colectivo tienen tacto y serenidad bastantes para no hacer caso de esos egoísmos y no distraer fuerzas en discutir con ellos, concluirán por ser ahogados en medio del clamor general dirigido á cosas de substancia, que están por encima de los personalismos. Una de las más necesarias dotes en quienes gobiernan (lo mismo Estados políticos que órdenes esenciales de la actividad humana), es la de percibir la jerarquía de los individuos y de las agrupaciones en cuanto á su fuerza social y al efecto útil de sus embestidas. Por no tener esas dotes,

muchos gobernantes y muchos tribunos han cedido ante el primer enano de la venta que les chilló al oído. Cuando se conoce bien el terreno que se pisa, ya se sabe quiénes y qué cosas son de temer y cuáles no.

Hay, pues, que emprender la campaña para unir los contingentes españoles de América alrededor de los asuntos de índole económica, intelectual y social que les interesan y que ahora se hallan en un momento de crisis que puede ser favorable ó perjudicialísima.

El ejemplo de la preparación que en plena guerra hacen otros países de muchísima menos emigración que el nuestro, ó de ninguna, debe ser un fuerte acicate para todos.

Y la coordinación puede aspirar á ser internacional, es decir, á producir acuerdos generales entre las colonias españolas de todos los países. Hace seis años, el Centro Español de Mérida de Yucután, en sesión celebrada para honrarme con su benevolencia, llevada hasta el extremo de hacerme su presidente honorario, acordó entre otras cosas, "invitar á todos los centros de los españoles residentes en América, para que aunen sus esfuerzos á los nuestros en el sentido de coadyuvar á las patrióticas conclusiones sustentadas por la ilustre Universidad de Oviedo". Aun sin esta invitación, los centros todos de los países que visité apoyaron unánimemente nuestro programa de confraternidad, de paz y de estimación mutua. Pero ahora no se trata de aquellas aspiraciones limitadas al campo intelectual, ni aun bastan las que expusimos en 1900 ante el Congreso Hispano-americano que se celebró

en Madrid (1), porque con ser tan vitales unas y otras y estar las más de ellas incumplidas aún, no abrazan la totalidad de los problemas que hoy urge resolver. Hay que unir á ese programa de 1900 y de 1909 todas las demás cosas que han ido surgiendo; y por ellas y para ellas, constituir la Unión ó Federación de las colectividades españolas de América, comenzando por iniciar una relación íntima y un cambio de ideas y aspiraciones entre todas. Ese es el camino del verdadero patriotismo; y si la palabra se cree demasiado *idealista*, de la verdadera conveniencia.

III

EL PROGRAMA DE LOS ESPAÑOLES DE AMÉRICA

Acabo de hablar, en lo que precede, de los españoles emigrados á las repúblicas de América y de lo que significan en cuanto á la realización de nuestro americanismo. Insisto acerca del mismo asunto reproduciendo lo que en 5 de Diciembre de 1915 escribí al Sr. D. Justo S. López de Gomara, director de *El Diario Español*, de Buenos Aires:

"Gracias—le decía—al celoso interés que por todo lo relacionado con los españoles de la Argentina tiene nuestro común amigo López Bago, he podido leer el folleto de usted, *Un gran problema español en*

(1) Están publicadas en mi libro *España y América*.

América (1), que en la Península ha circulado poco menos que nada. Es de sentir que así haya sido; pero ello obliga más y más á los que verdaderamente nos interesamos por estas cosas y estamos moralmente ligados á ellas por anteriores trabajos y declaraciones, á no permitir que voces como la de usted caigan aquí en el vacío y á decir muy alto (incluso para rectificar pesimismos excesivos que ahí pueden llegar hasta extremos de injusticia) que en España han de encontrar las cuestiones planteadas por las peticiones de usted, tan favorablemente acogidas por el Congreso de Confederación española de 1913, mayores simpatías de las que el silencio mantenido hasta ahora (y claro es que no rompen el silencio, para lo que importa, las retóricas americanistas al uso entre quienes hablan de memoria, ó por plataforma personal, de América) pudiera suponer.

No necesito esforzarme en demostrar, creo yo, que soy uno de los que con más fuerza sienten esas simpatías. No me tengo por neófito en esto, y usted lo sabe bien. Concretamente, respecto de algunos de los puntos que abraza, no sólo el "Articulado práctico" que usted formula, sino también el texto de su folleto (verbigracia, la "medida especial" pedida en la página 33), he manifestado antes de ahora mi parecer conforme con el de usted; y alguno de ellos, por la proximidad al campo de acción en que profesionalmente trabajo, ha sido objeto de propaganda especial durante mi excursión de 1909-1910. Aludo á la creación de institutos

(1) Buenos Aires. 1915.

y colegios españoles en América. Usted recordará tal vez que ese fué el tema de mi única conferencia en el Club Español, en Octubre de 1909.

De la atención prestada á otros puntos antes y después de aquella excursión, y del criterio fundamentalmente conforme con el de usted, dan testimonio diferentes pasajes de *España en América* y *Mi viaje á América*, y no con declaraciones de vagas generalidades, sino puntualizando principios y procedimientos de ejecución.

Perdone usted que recuerde todas estas cosas personales. No vea en ello (ya sé que usted no lo verá) deseo alguno, ni de exhibirme, ni de afirmar primogenituras. Va encaminado no más que á señalar, *con datos concretos*, la concurrencia en la visión de las cuestiones que fundamentalmente importan á los españoles, y en su resolución apetecible, porque creo que en estas cosas (cada día son más críticas y urgentes) hay que huir de lo general que nada dice y precisar los términos de la conformidad. Además, yo debo aprovechar ocasiones como ésta para modificar, con pruebas, el error de algunos compatriotas que han supuesto en mí desatención á los problemas de la colectividad española (por preocuparme sólo de otros de relación con las propiamente americanas), y hasta me colocan en la misma línea con los que estiman poco ó nada el factor representado por nuestros emigrantes. Y tampoco hago esto por lo que particularmente me sirva, sino porque cuando un hombre entrega su entusiasmo y su actividad á un orden de problemas sociales, tiene la obligación de robustecer constantemente su prestigio con relación á ellos, para

que de este modo su acción sea más útil y eficaz.

Quedamos, pues, en que yo soy un convencido, y de primera hora, en todo lo fundamental que el programa de usted y del Congreso de 1913 expresan. Con el Sr. Vélez, que en el mismo año de 1913 vino á España para gestionar estas cosas, hablé repetidamente de lo que convenía hacer y de la poca atención é interés con que entonces fueron acogidas aquellas proposiciones por quienes debieron patrocinarlas y aun por algunos que alardean de hispano-americanismo, aunque sólo de palabra (1).

Pero ahora ya no puede tratarse simplemente de adhesiones y de afirmaciones de conjunto. Hace escasamente un mes, requerido por el redactor de *La Nación* D. Fernando Ortiz Echagüe, escribí unas cuartillas encaminadas á puntualizar lo que, á mi juicio, es preciso *hacer* desde luego, é insistiendo que lo necesario es *hacer* y no *hablar*. Digo lo mismo en punto á las cuestiones que usted toca.

Bien sé que una manera de ese hacer—y muy necesaria—es la propaganda de las ideas. No está formada entre nosotros (muchas veces lo he dicho) aquella opinión pública, fuerte y bien orientada en materias de americanismo, que es indispensable para un completo éxito en cualquier empresa relativa á los más hondos intereses de la comunidad. Sin duda, puede hacerse mucho desde el Poder, es decir, desde el Gobierno y desde la *Gaceta*, y ya diré luego hasta qué punto; pero toda iniciativa ministe-

(1) Los trabajos del Congreso se han reunido en un volumen en 4.° de XIV-382 págs., impreso en 1913 en Buenos Aires con el título de *Primer Congreso de Confederación Española en la República Argentina.*

rial se anula si no encuentra una base de opinión preparada para entender el alcance de aquélla y dispuesta favorablemente á recibirla. Es necesario, pues, como una parte considerable de la acción, insistir en la propaganda, organizándola, sistematizándola é intensificándola. El sistema de los grupitos ó peñas de aficionados americanistas, de los esfuerzos individuales y aislados, de las conferencias de ocasión que escucha un reducidísimo grupo de oyentes, ya convencidos de antemano, y de las revistas que se publican casi en secreto por que carecen de medios de empuje para llegar al gran público é interesarle, es el sistema seguido hasta aquí en España, por lo común y con el natural poco éxito. Hay que sustituirlo por un plan de difusión del programa americanista dotado de todos los medios materiales que requiere una campaña de este género, si aspira á terminar en triunfo, y confiado en su ejecución á personas que conozcan verdaderamente cuáles son las cuestiones importantes y cómo es el medio americano en que se plantean, y que además las sientan según corresponde á hombres modernos, no con el criterio arcaico con que las pudiera sentir un "incondicional" antillano que por milagro de Dios siguiese vivo y tan aferrado á sus ideas y prejuicios como en la segunda mitad del siglo XIX.

Pero la gravedad de las circunstancias actuales en punto á nuestros problemas de América y la importancia que dentro de ellos tienen los que usted anota en su folleto, no permiten aguardar á que se forme esa opinión antes aludida, es decir, á que dé sus frutos naturales la propaganda sistemática. Es preciso comenzar desde luego á remover todos los

obstáculos que en el orden oficial pueden oponerse al logro de lo apetecido y á colocar en la esfera de acción del Gobierno todos los jalones necesarios para recorrer el camino pronto y con toda seguridad, sobre terreno firme. Esa misma acción política ayudará en gran medida al éxito de la propaganda general.

Claramente se definen en el grupo de conclusiones á que usted llega, y en todas las demás que á ese propósito se han formulado, tres clases de asuntos: una, de los que puede resolver por sí mismo un Gobierno español; otra, de los que hay que confiar á negociaciones diplomáticas, y, por lo tanto, no dependen de una sola voluntad, y la tercera, de los que sólo puede resolver la iniciativa privada de las fuerzas sociales, por referirse á empresas, negocios, acuerdos, etc., del orden económico ó intelectual, que no cabe mandar desde la *Gaceta*.

Respecto de la primera clase, lo fundamental es que un partido político fuerte (y gubernamental, por de contado) haga suyo en términos generales el programa americanista, y dentro de él, ahora, el de nuestra colectividad en la Argentina, con decidido propósito de realizarlo desde el Poder, sin vacilaciones, comenzando por preparar su ejecución legislativa mediante una serie de estudios técnicos, encaminados á buscar la forma más fácil para alcanzarla con la menor modificación posible de las leyes existentes; es decir, procurando plantear los menos problemas que quepa, para evitar resistencias incidentales y de flanco, que diríamos, y abrir brecha en la inercia actual por la falla que mejor se preste á ello. Creo que mucho de lo que debe ha-

cerse en este orden se puede hacer sin alarmar á nadie, ni tocar cuestiones de fondo, que asustan, más ó menos sinceramente, á la mayoría de los políticos.

Y si no hubiera partido que se decidiese á recoger nuestro programa, sería cosa de pensar en la creación de uno de esos grupos parlamentarios que ya se van considerando aquí como posibles y como convenientes para la ejecución de ciertos planes de gobierno en que pueden coincidir, como en terreno común, hombres de todas las procedencias políticas. La condición neutral, apolítica, del problema americanista, la he predicado siempre, y creo que importa afirmarla; pero no es obstáculo á que un partido acoja en su programa *de gobierno* (es decir, de inmediata ejecución) ese problema.

En cuanto á la segunda clase de asuntos, ningún Gobierno puede prometer nada que signifique términos precisos de resolución, porque eso sería anticiparse á lo que ha de surgir de un acuerdo con otro poder político soberano; pero sí puede comprometerse á iniciar desde luego las oportunas gestiones diplomáticas, con ánimo de proseguirlas con amor y tenacidad hasta el logro de lo más que quepa conseguir dentro de la armonía de las relaciones internacionales, más necesaria y fundamental que en otras, en las hispano-americanas (1).

La tercera clase de asuntos, no tenemos que pedir á nadie que la realice. Dependen ellos de la actividad, el convencimiento y hasta el patriotismo de

(1) Véase lo que acerca de este punto se dice más adelante, en el cap. VII.

todos: capitalistas, navieros, productores, comerciantes, profesores, padres de familia interesados en la educación de sus hijos, españoles preocupados seriamente por el porvenir de su idioma y de las características de nuestro espíritu y civilización. El Estado no tendría, cuando más, en estas cuestiones, que remover (si los hay) obstáculos legales, ó prestar condiciones de derecho para que florezcan las iniciativas privadas; pero á éstas compete el primero y el más constante y enérgico esfuerzo. Su acción es insustituíble por la del Estado ó por cualquier otra oficial.

Á esta especie de asuntos corresponde el del Instituto de segunda enseñanza que usted preconiza. Instituto, Colegio ó Centro de enseñanza correspondiente al período de cultura general, es indudable que lo necesitamos en todos los sitios donde exista un núcleo de españoles cuya personalidad étnica interese conservar con toda la pureza posible. Considero tan importante este punto, que á pesar de haberlo tocado al comienzo de mi carta, vuelvo ahora á tratarlo.

Lo fundamental en él es que la colonia española de cada región ó de cada Estado reuna elementos y funde el Colegio ó Instituto, con subvención ó sin ella del Gobierno español. En esfera modesta, pero ejemplar, algo de este orden se ha hecho, incluso en países europeos, donde también es necesario, y con mayor motivo que en América: v. gr., en Burdeos, cuyas escuelas españolas procuré, mientras pude (convencido de lo mucho que nos importan), que subvencionase el Ministerio de Instrucción pública. Pero aunque esto no se consiga (y los tiempos no

son ciertamente propicios á grandes desarrollos en nuestros presupuestos, ni en los de casi ningún país), los españoles mismos deben proveer á esa necesidad, aunando sus fuerzas en vez de dividirlas por crear muchos pequeños centros de enseñanza, que forzosamente (y aunque sea mucho el entusiasmo y grande la abnegación de los profesores) no pueden rendir el fruto apetecible. Que se ligue el resultado de sus estudios al organismo docente de la madre Patria mediante la colación de grados ó por la equivalencia internacional de títulos, es ya un detalle al que no debe subordinarse el éxito de lo princípal. Ya se verá lo que sea más fácil de obtener y más útil. Lo primero es tener el Centro docente, que para mí no es sólo el medio de hacer posible la utilización profesional, en España, de estudios hechos y títulos obtenidos por españoles en la emigración, sino, ante todo y sobre todo, el medio de velar por el mantenimiento de nuestro idioma y de nuestro espíritu en todas partes. Es esto para nosotros un deber de patriotismo, pero también un deber de humanidad, puesto que manteniendo la pureza de nuestra mentalidad y de nuestro carácter en lo que una y otro dependen de la enseñanza, nos colocamos en situación de ofrecer á los pueblos en cuya obra de cultura podemos y debemos colaborar, lo mejor nuestro, tal como hoy es y como cada día vaya siendo, con sus naturales mejoras y desarrollos, y no un algo adulterado por mil influencias ajenas que lentamente van destruyendo lo esencial de nuestra manera de ser y hasta nuestra confianza en lo que hemos sido y en lo que podemos ser mañana.

Cándidamente creen algunos—y lo dicen y lo quisieron traducir en hechos con motivo del Centenario de Cervantes—que nuestro idioma, y, por tanto, en lo que de éste depende, el sello de nuestra civilización hispana, se salvarán en el mundo con multiplicar y mejorar las ediciones del *Quijote* y elevar á la escena (no sé si como drama ó como opereta) el argumento de la inmortal obra cervantina; pero claro es que quienes así piensan se equivocan mucho, y van á gastar inútilmente, para el propósito que dicen guiarles, dinero del Estado y de las suscripciones públicas en España y en América. En lo que hay que gastarlo principalmente es en escuelas y colegios españoles, estableciéndolos por todas partes. Inútil sería multiplicar las ediciones del *Quijote* si no se procura antes formar lectores para ellas, y si se consiente, con el abandono de cosas más substanciales para la cultura española y el espíritu de nuestro pueblo, que sus hijos tengan que acudir, en tierras extrañas donde son numerosos, á centros docentes que no reflejan ni pueden reflejar—por natural imposición de las cosas—el ambiente hispano, ni tomarán nunca como base de lectura la obra de Cervantes.

Ya sé que este peligro es mucho menor en las tierras hispano-americanas que lo es en Francia, en los Estados Unidos, en el Canadá, en Argelia y en otros países de habla y civilización extrañas; pero aun contando con la cordialidad y con las simpatías de muchos países americanos, que no representan por esto los peligros seguros y graves en otros de América, de Europa y de África, la necesidad no desaparece, motivándose con otras razones, entre

las que figuran en primer término la relativa á la reeducación técnica ó profesional de nuestros emigrantes, al cultivo de la pureza de nuestro idioma (ya se preocupan de esto los mismos Estados Unidos, en su difusión docente del castellano) y á la propaganda constante de nuestra literatura, amena y científica, de los tiempos pasados y presentes.

IV

COMERCIO Y ESCUELAS

Volvamos á la consideración de los puntos capitales del programa.

Ya hemos visto cómo en algunos de ellos coinciden todas las opiniones españolas.

La misma coincidencia se nota en cuanto á la oportunidad, quizás única, de intensificar y mejorar nuestras relaciones económicas con la mayoría de las repúblicas de América. La condición substancial para esto, en su parte política, estriba en que seamos nosotros (es decir, sean nuestros gobiernos) suficientemente dúctiles para plegarse á las circunstancias, en vez de pretender que las circunstancias se plieguen á nuestros intereses, mantenidos con displicente rigidez.

En cuanto á la oportunidad, nos ofrece una lección de buen sentido el párrafo siguiente del mensaje que el presidente Wilson leyó, á comienzos de Diciembre último, ante el Congreso de los Estados

Unidos: "Con el objeto de hacer frente á estas necesidades apremiantes de nuestro comercio—dice—y de aprovechar el primer momento de esta oportunidad sin igual de unir las dos Américas con lazos de interés común y servicios mutuos, *oportunidad que quizás no se vuelva á presentar si no la aprovechamos hoy*..." Si eso dice el presidente de los Estados Unidos, no obstante la posición ventajosísima que ese país ocupa en América, ¿qué diremos nosotros? Por muy modestas que sean nuestras posibilidades económicas comparadas con las de los norteamericanos (pero, muchas ó pocas, existen y sería locura despreciarlas), la ocasión es la misma para unos y otros. Creo que ya la opinión española se percata de esto y comienza á traducirlo en acción.

En cuanto á la ductilidad, baste aducir la siguiente noticia que tomo de un periódico uruguayo: "El Ministerio de Relaciones Exteriores pasa... una comunicación del Gobierno norteamericano en la que se solicita que se formulen las observaciones que se crean del caso respecto *á las modificaciones de leyes norteamericanas que obstaculizan el intercambio comercial.*" Esto se llama salir al paso de las dificultades, y contrasta con el criterio de pedirlo todo á los hispano-americanos en vez de adelantarse á ofrecerles (como si fueran ellos los que tuvieran más ventajas en el cambio), que parece ser el de algunos, muy pocos, cada vez menos, americanistas españoles.

Pero no quiero insistir en estos puntos. Los he tratado en trabajos especiales recientes, que no soy yo el llamado á repetir ni exponer aquí, y además

son, los asuntos á que se refieren, de aquellos que si importan á todo español—y naturalmente, mucho á los que viven en América—, tienen su campo natural de eficacia en la Península, que es donde han de resolverse. La opinión de nuestros emigrantes está suficientemente formada á este respecto, y sin que se la avive sabe que debe actuar como expresión de un testimonio valiosísimo que puede contribuir á la victoria en España, si se deja oir, como tiene derecho, en nuestra Prensa y en nuestras esferas mercantiles.

Vengo, pues, á tratar otros asuntos que tocan principalmente á la vida de nuestras colonias de emigrantes y, en primer término, al de los centros de enseñanza que sus necesidades de cultura exigen.

Sobre este punto, la opinión de la casi totalidad de los españoles es clara y decisiva. Lo he podido observar en mis viajes desde 1909; y la correspondencia que con muchos de aquéllos mantengo me lo confirma á cada paso. La nota discordante de alguno que cree inútil fundar escuelas y poco menos que inútil el intercambio de profesores, por que no ve en el problema hispano-americano más que una cosa, la obtención de derechos políticos para los emigrantes, se pierde en el estallido del anhelo general que conoce bien las necesidades y sabe que no se excluyen las unas á las otras, sino que mutuamente se necesitan.

Ese anhelo lo ha expresado recientemente, como ya hemos dicho y comentado, el director de *El Diario Español* de Buenos Aires, D. Justo S. López de Gomara, en su folleto *Un gran problema espa-*

ñol en América, donde, entre las mejoras de urgente obtención para los españoles de la Argentina, coloca con gran acierto la creación de un instituto, colegio ó centro de enseñanza cuyos títulos tengan correspondencia con los de la Península, para que así—entre otras cosas—no se produzcan esas continuas dificultades y pérdidas de tiempo y trabajo que ahora surgen cada vez que una familia española se repatría ó viene aquí para pasar una larga temporada.

Quiero insistir sobre este punto, capital en cualquier parte donde exista un núcleo de españoles. Todos los países de Europa que tienen emigración —y nosotros la tenemos en Europa mismo, verbigracia, en Francia, numerosísima—, se han preocupado del problema. Con mucha razón, hace un año, la Liga Cervantina Universal (que se fundó aquí principalmente con ese propósito, no con el de hacer la competencia á los cervantistas, cuyo camino es muy diferente), se dirigió á la opinión hispanoamericana diciendo: "España es el único país de expansión mundial que no atiende sino en muy escasísima medida al fin patriótico de crear escuelas españolas en el extranjero En nuestro propio territorio peninsular hay abundantes escuelas francesas, alemanas, inglesas, norteamericanas, que en primer término se dirigen á instruir y educar á la niñez de sus respectivas colonias, salvándolas así de la absorción espiritual del país en que viven España, que tiene numerosos grupos de población en Francia, en los Estados Unidos, en el Canadá, en Argelia y otros países de habla y civilización extrañas, apenas si ha comenzado esa labor, que más que

ninguna otra responde á nuestros primeros deberes nacionales y humanos, ya que ante la Humanidad hemos de responder de la conservación de lo que nos es propio y singular como elemento necesario para la civilización universal.

„Aun en los países de troncalidad hispana y de habla cervantina, esa necesidad no desaparece, motivándose con otras razones, entre las que figuran, en primer término, la relativa á la reeducación técnica ó profesional de nuestros emigrantes, al cultivo de la pureza de nuestro idioma y á la difusión constante de nuestra literatura amena y científica, de los tiempos pasados y presentes.

„Demasiado sabemos que muchas colectividades españolas de las que existen en América atienden en parte á esta necesidad, y otras estudian actualmente proyectos para satisfacerla con toda amplitud; pero, de una parte, es cierto que resta muchísimo, lo más, por hacer, y de otra, es indudable que la reunión de fuerzas, el acuerdo entre todas y la existencia de un centro peninsular que unifique la acción y la facilite y fomente con el apoyo de sus elementos y de los que cooperen con él, han de acelerar la realización de lo que todos deseamos."

La guerra europea, la absorbente preocupación económica de todos los países y otras circunstancias del momento, han detenido la acción y la eficacia de esa propaganda que la Liga se proponía realizar. Pero la prueba de que no se equivocaba en este punto la da el hecho de que, no obstante las dificultades de la ocasión, el propósito resurge vigorosamente en la Argentina y en otras partes de la América española.

En punto á la Argentina he aducido ya el testimonio del Sr. López de Gomara. Añadiré que importantes elementos de la colonia española en tierra mejicana piensan en cosa análoga para cuando se restablezca totalmente la normalidad de aquel hermoso país, y sus planes preparatorios, que me han sido consultados, coinciden fundamentalmente con los de López de Gomara.

Y no termina aquí la aspiración. Hace poco recibí una carta, firmada por el secretario del Comité "Pro Tercer Centenario Cervantes", de Valparaíso, en que se me dice lo siguiente: "El programa acordado en definitiva se compone de... y la creación ó fundación de una escuela para hijos de españoles residentes en ésta, y que se denominará Escuela Cervantes. *Es en esto último en lo que hemos puesto todo nuestro entusiasmo* y ferviente deseo de llevarlo á efecto de la mejor manera posible, pues comprendemos su gran alcance y transcendencia." Y á la vez que de América llegan esas voces—que suponen el triunfo del programa de la Liga Cervantina—, el Centro Español de Oporto crea una escuela primaria española, única en su clase, que, con la de Burdeos (no sé si ahora, pero ciertamente cuando yo ocupé la Dirección general), recibe en país extraño subvención del Gobierno de España.

Me parece de importancia considerable señalar esa conjunción de aspiraciones y de hechos á todos los españoles que viven fuera de la patria. Sin entrar en pormenores de organización, que no caben en este sitio, repetiré lo que al propio López de Gomara he dicho recientemente: "Los españo-

les mismos deben proveer á esa necesidad (aparte lo que el Gobierno pueda ayudarles) aunando sus fuerzas en vez de dividirlas con crear muchos pequeños centros de enseñanza que forzosamente (por grandes que sean el entusiasmo y la abnegación de los profesores) no pueden rendir el fruto apetecible."

La comunidad de todas las colonias de emigrantes en este punto de su programa impone recoger esas iniciativas, continuarlas y pesar con ellas sobre la opinión peninsular, que aún no está suficientemente despierta en cuanto á lo que le corresponde hacer para que estas cosas lleguen á una perfecta granazón.

Pero en este orden de cosas que miran á las relaciones intelectuales y al mantenimiento del espíritu español, existen otros medios, de que también es preciso hablar siempre que se trate del programa americanista. Así lo hago en los párrafos siguientes.

V

CÁTEDRAS ESPAÑOLAS

Las relaciones docentes tienen una singular vivacidad, que conviene conocer para su utilización, dada la importancia del asunto.

Hace poco me escribió un español residente en América, comunicándome la gratísima iniciativa suya de crear en cierta Universidad hispano-ameri-

cana una cátedra de asuntos españoles, que periódicamente explicaría un profesor escogido entre nuestros catedráticos, escritores, académicos y artistas peninsulares. Es, en el fondo, la idea que informó, en Buenos Aires, la creación de la cátedra llamada de "Menéndez y Pelayo", uno de los mayores y más acertados servicios prestados á la causa patriótica por nuestros emigrantes á la Argentina, y, en especial, por el benemérito Dr. Avelino Gutiérrez.

Considero que, hoy por hoy, esta es la forma más práctica de colaboración y fraternidad intelectual con los países americanos de habla castellana, caso aparte de lo que significan las pensiones de viaje, que no me cansaré nunca de recomendar á nuestra juventud estudiosa y á nuestra Junta para Ampliación de Estudios, demasiadamente remisa en concederlas, no sé aún bien por qué error de apreciación, ó por qué injustificado recelo.

Digo que esas cátedras son, hoy por hoy, la forma más práctica, y me fundo en varias razones.

El intercambio universitario tropieza con muchas dificultades de organización, que van dilatando su cumplimiento. Esas dificultades no nos son totalmente imputables. El presupuesto de nuestro Ministerio de Instrucción pública contiene una partida para esa necesidad, pero aún no ha podido ser aplicada. En los mismos Estados Unidos, país que la fama universal considera (no sé si con entera exactitud) como eminentemente *práctico*, los proyectos hasta ahora iniciados continúan siendo no más que proyectos, no obstante la buena voluntad de quienes con ellos están encariñados. Todo eso prueba

que hay pormenores de organización todavía no bien conocidos y que oponen obstáculos hasta hoy invencibles.

En cambio, la fundación de cátedras en universidades extranjeras ó en instituciones independientes (ejemplo, el Instituto Francés, de Madrid) y el llamamiento individual de profesores, son cosas que marchan ya corrientemente. No hace mucho, Columbia University, de Nueva York, ha pedido un profesor ó conferenciante español para explicar, en Otoño próximo, algunas lecciones sobre temas referentes á España. En Londres hay propósitos semejantes, de cuya preparación, por lo que toca á España, he sido encargado, y en Francia se trabaja con igual propósito.

La sistematización de estos casos es lo que puede procurarse mediante la creación de cátedras españolas, pagadas con fondos españoles, en algunas universidades extranjeras, y á veces también (en París, en Londres, en Berlín, en Nueva York ó Boston, verbigracia) de Institutos españoles, como el Francés de Madrid, antes citado. Eso nos aseguraría la presencia periódica de un profesor nuestro, que haría obra de colaboración científica con sus colegas de otros países y establecería en firme, año tras año, por una convivencia persistente combinada con la natural variación de las personas enviadas, los lazos de fraternidad y compañerismo que todos deseamos. La permanencia de la cátedra evitaría las oscilaciones á que están sujetas siempre las cosas que hay que preparar de nuevo todos los años, y que, por eso mismo, quedan muchas veces sin realizar.

Para que esas cátedras (como para la de Buenos Aires se pensó, y es de desear que se cumpla) sean lo que conviene á nuestro patriotismo, es necesario que se sujeten á dos condiciones, á mi juicio, fundamentales.

La primera se refiere á las cátedras que se establezcan en país de idioma no castellano, y consiste, naturalmente, en que el profesor que se envie pueda hablar en el idioma del país (inglés, francés, alemán...) ó leer, cuando menos, sus conferencias traducidas. Lo que se busca con esos envíos de personal docente es que la voz de la ciencia, la literatura ó el arte españoles, sea oída por el mayor número posible de personas. Es preciso, pues, hablarles en su idioma nacional. Otra cosa será reducir considerablemente el círculo de los oyentes, salvo casos especiales, como el de la Naval Academy de Annapolis. Naturalmente, si en vez de unas lecciones ó conferencias, en que no hay propiamente *alumnos*, se trata de una clase permanente, como las de español que existen en muchas de las universidades norteamericanas, el dominio del inglés (y lo mismo diría del francés, alemán, etc., en sus casos respectivos), para conversar con los muchachos, preguntarles, etc., es tan imprescindible, que considero una locura exponerse á la *ridiculez* de no poder cumplir esa fundamental exigencia. Por eso he llamado la atención del ministro de Instrucción Pública hacia ese punto en mi último discurso del Senado.

La otra condición (común á las cátedras en países de lengua castellana ó no castellana) es la del españolismo: españolismo en los asuntos y españolismo en el tono y en los juicios.

El españolismo en los asuntos está aconsejado por dos razones: una, que, por ley natural, lo que nosotros podemos dominar mejor siempre es lo nuestro, cuyo estudio en manos extrañas es, la mayoría de las veces, peligroso, como nos lo han demostrado bien los estudios de Historia, de Filosofía, de Arte, etc., salvo casos aislados de un gran hispanofilismo, que á veces también suele fallar, como lo demuestra actualmente el caso de Morel-Fatio, que se ha empeñado en desprestigiarnos ante Francia, por una ceguera incomprensible en hombre que, cuando menos, ha dado hasta ahora buenas muestras de entender lo que se escribe en castellano. La otra razón es que lo español, poco conocido en el extranjero, es ya apreciado en todas partes y constituye uno de los temas más atractivos de curiosidad científica, artística y literaria. Las gentes nos piden que les hablemos de España. Recojamos la petición y hablemos de ella, que materia grata no falta, verdaderamente.

En cuanto al españolismo en el tono y en el juicio, lo único que yo pediría á los conferenciantes y profesores es que cumpliesen el programa que trazo páginas adelante bajo el título de "El español fuera de España". Si han de hacer lo contrario, mejor es que se queden aquí. Y, ¡ay de nosotros!, no estoy muy seguro de que todos los que salen por ahí á *representarnos* sepan ahogar sus fobias, sus antipatías personales y sus pesimismos, en aras del prestigio español.

VI

EL ARCHIVO DE INDIAS Y AMÉRICA

Hay otro punto, en las relaciones espirituales entre España y América, que requiere especial atención.

Todo el mundo, no sólo los eruditos, reconoce ya que el Archivo de Indias es el lazo más firme, intelectual y sentimental, que, aparte el idioma, nos une con los pueblos hispano-americanos. También como el idioma es el Archivo algo tan genuino y propio, que nadie puede disputárnoslo. Podemos temer (de hecho ocurre) que en ciertas materias científicas otros países atraigan antes que nosotros el interés de los hombres de estudio de aquellos pueblos: que en la Literatura, tal poeta, tal dramaturgo, tal novelista de lengua extraña, obscurezca á los nuestros más ó menos temporalmente y debilite su influencia; que en Arte, nuevas escuelas y nuevos genios creadores sustituyan á los nuestros; que en Pedagogía seduzcan sistemas y procedimientos que no sean los que, nacidos de cerebros y corazones españoles, marcan, en sentir de muchos, uno de los grados más altos que cabe señalar en el orden educativo... Todo eso puede ocurrir y, por tanto, puede aflojar los lazos que en todos ó en algunos de esos respectos quisiéramos legítimamente que nos uniesen á los hombres que hablan nuestra lengua.

Pero aun suponiendo que así fuese para la totalidad de las cosas del espíritu (hecho imposible en la realidad, aunque fácil á los prejuicios y al apasionamiento), un algo quedaría incólume é inquebrantable, un algo que no pueden inventar ni producir de ninguna manera las inteligencias más poderosas de los tiempos modernos, ni las voluntades más férreas y disciplinadas. Ese algo es la Historia, y la Historia, quiéranlo ó no pasajeros escepticismos ó radicalismos irreflexivos, no es una cosa erudita y fría que satisface la curiosidad de gentes poco atentas al porvenir, por extasiadas ante los hechos del pasado, ni tampoco un factor muerto que tuvo su época y en que los presentes no pueden hallar nada utilizable, ni, en fin (con relación á ningún pueblo), conjunto tan sólo de errores y maldades de que es preciso renegar en absoluto y raer hasta de nuestro recuerdo, sino que es cosa que mueve el corazón de los hombres, que calienta su sentimiento, que sigue teniendo vida como madre de lo actual y superviviente en ello mismo, y que por muy distanciada que nos parezca de nuestros modos de pensar y de hacer ahora, ó por mucho daño que creamos haber recibido de ella, guarda siempre ejemplos que recoger, experiencias en que aleccionarse, aciertos que restaurar y aun ocasiones de rehacer juicios injustos que la precipitación ó la cólera humanas suelen arrojar sobre los vivos y sobre los muertos.

Pues bien: esa Historia que nadie puede imitarnos ni crear de nuevo, que sólo podemos poseer nosotros, está, en lo que concierne á las tierras de América, ante todo y sobre todo, en el Archivo de

Indias. Por eso he sostenido desde el principio de mis campañas americanistas que el núcleo más sólido y el único permanente (los demás pueden tener fluctuaciones, muy naturales) de atracción y de comunidad de trabajo con los hispano-americanos, y también con los que no lo son, es ese riquísimo depósito de documentos que necesita, para ser conocido total y menudamente, el esfuerzo continuado de varias generaciones de eruditos y patriotas. Por eso he predicado, de una parte, la reforma del Archivo mismo en cuanto signifique un mejor acomodo de sus legajos y una mayor facilidad y bienestar de los que acuden á removerlos, y por otra, su conversión, en lo que toca á los trabajadores que atrae y á la ordenación misma de los trabajos, en algo semejante á lo que es el antiguo archivo secreto del Vaticano.

Á lo primero han respondido algunas gestiones hechas aquí desde 1911 y que han producido buenos resultados, aunque no todos los que serían menester y caben dentro de la acción natural del Ministerio de Instrucción pública. Los ministros y las Cortes no han atendido hasta hoy suficientemente á esta importante necesidad de nuestras relaciones americanas; pero es seguro qne acabarán por darle todo lo que exige.

Á lo segundo se refiere aquella proposición que en 1909 hice al ministro de Instrucción pública de la República Argentina y repetí en otros países hispano-americanos, y cuyo texto se halla reproducido en las páginas de *Mi viaje á América*. La idea del Instituto Histórico allí apuntada fué acogida con gusto por muchas de las personas que en América

podían contribuir á su realización; pero sabido es que toda novedad pasa por un período de tanteos y vacilaciones antes que se convierta en hecho, y así no es maravilla que aún no haya pasado aquélla del campo de las cosas deseadas.

España no dejó, sin embargo, de ofrecer oportunidades para que se llegase á la implantación de las Escuelas históricas en Sevilla. No estoy autorizado para decir todavía cuáles fueron, ni por qué caminos se procuraron; pero sí que las abonaba el interés patriótico de un espíritu qne por muchos conceptos tiene el primer puesto en la vida nacional. Se estudió el asunto, se trazaron formas diferentes de realización con el deseo del mejor acierto, y así las cosas, sobrevinieron otros cuidados bastantes á distraer la atención, y, por fin, la guerra europea con todo su cortejo de consecuencias, que arrastra el ánimo hacia su órbita, apartándole de preocupaciones de orden distinto.

Pero la idea ha renacido, si no en un pueblo de habla española, en otro americano, parte de cuya historia se entrelaza fundamentalmente con la nuestra colonial; el mismo pueblo del que han salido, si grandes enemigos nuestros, divulgadores (y tal vez de buena fe) de errores de juicio que nos perjudican, también los más empeñados y valientes rectificadores de la leyenda negra de nuestra actuación americana (1).

La idea ha encarnado esta vez en uno de los

(1) He tratado de este punto en el libro que con el título de *España en América* publiqué en 1909, antes de mi viaje, y en el prólogo á la edición castellana de *Los exploradores españoles*, de Lummis. Barcelona, 1916.

hombres representativos de la cultura histórica de ese pueblo á que aludo: el profesor de la Universidad de California y jefe en ella del departamento de Historia, Henry Morse Stephens. Sabido es que esa Universidad, con su "Academia de Historia de la costa del Pacífico" y con su Biblioteca Bancroft, es el núcleo más importante de cultivo de la historia colonial española en las regiones que hoy forman parte de la gran República. Stephens, que ha estado en España y ha trabajado en el Archivo de Indias, desea transformar el envío inorgánico de pensionados en organización especializada y permanente, que persiga de un modo regular y metódico el estudio de los hechos é instituciones americanas que en el depósito de Sevilla encuentran su principal raíz documental. Le pareció, muy acertadamente, que el Congreso histórico que había de celebrarse en San Francisco podía ser ocasión admirable para lograr que aquel deseo se convirtiese en proyecto de inmediata realización, patrocinado por todos los que en California—y son muchísimos—*sienten* y aman su historia de tiempo español. Hacia la consecución de este resultado orientó Stephens también, en primer término, el concurso y la presencia de un delegado de España; y la correspondencia preparatoria de mi ida al Congreso giró principalmente sobre esta idea, á la que el ilustre profesor de Berkeley creyó amablemente que podía yo coadyuvar de un modo útil.

El proyecto puede estimarse ya como una cosa hecha (1). Y he aquí cómo de mi último viaje á los

(1) La guerra lo ha retenido, pero él resurgirá.

Estados Unidos he traído, como primer fruto de positiva eficacia, el comienzo de realización de aquel deseo formulado en 1909, que también significa el establecimiento de una intimidad científica preñada de beneficiosas consecuencias entre un numeroso grupo de trabajadores intelectuales norteamericanos y los americanistas de España.

Y ciertamente que se presta á meditaciones el hecho de que ese primer paso lo dé una Universidad de los Estados Unidos. Esperemos que en ella no se opongan á la realización de tan acertado proyecto dificultades como la que, según dicen, aplazó indefinidamente en cierto momento la realización de iniciativas españolas coadyuvantes de un plan análogo. Seguro estoy de que ningún centro docente de los Estados Unidos dirá nunca, á la vista de planes como el de Stephens, que no existe para llevarlos á cabo persona preparada en este orden de estudios, porque á lo más que podría aventurarse un hombre ó un grupo de hombres, por muy profesional que sea, es á decir que él no dispone de esa persona; pero no á negar en redondo que pueda existir fuera de él é ignorándolo él.

Por fortuna, los norteamericanos viven menos que los españoles en sus torres de marfil, erizadas de pinchos para el que no forma parte del cotarro (1).

---

(1) Las ideas contenidas en este apartado VI las he desarrollado y traducido en proposiciones concretas, en la conferencia sobre «Valor práctico de los estudios americanistas y su organización en Sevilla», dada en esta ciudad el día 9 de Mayo de 1917.

VII

PROGRAMA MÍNIMO Y URGENTE

Resumamos todo lo dicho hasta ahora aquí y en libros anteriores, en forma que pudiéramos llamar *gacetable*.

ORGANIZACIÓN CENTRAL

1. Restablecimiento en el Ministerio de Estado de la sección de Política Americana. En esta sección tendrán necesariamente representación por partes iguales los dos cuerpos de diplomáticos y cónsules. Convendría la agregación de algunas personas peritas en *cuestiones comerciales americanas*, aunque no pertenezcan á esos cuerpos, aplicando lo hecho con las Juntas de Enseñanza y de Historia y Geografía de Marruecos. Desde luego, los diplomáticos y cónsules deben haber servido en América y poseer el *inglés*.

2. Redistribución de los Consulados en América, aumentando su número en las naciones donde es mayor, más poderosa y mejor recibida nuestra emigración y más importantes, de momento y en porvenir próximo, las relaciones comerciales. Si es preciso crear alguno más, no vacilar.

3. Hacer cumplir lo ordenado en punto á la

obligación de todo individuo del cuerpo consular y del diplomático, de servir cierto tiempo en América.

4. Creación del servicio de vigilancia de Consulados y Viceconsulados. Hay muchos cónsules y vicecónsules no nacionales, que descuidan su misión, trabajan contra España ó se han desprestigiado por quiebras (la mayoría son comerciantes). Á esto no se le pone hoy remedio.

5. Reforma del Instituto Diplomático y Consular dependiente del Ministerio de Estado, en el sentido de: 1.° Completar el plan de sus enseñanzas, acentuando la especialización americana como lo está ya la marroquí (1). 2.° Asegurar la utilización por el Estado de los funcionarios allí formados. España es el *único país del mundo* con intereses coloniales que no se cuida de *especializar* á sus funcionarios de este orden, ó que si lo hace (como en la Sección Marroquí de aquel Instituto), *no los utiliza* en lo que sirven, y continúa nutriendo el cuadro de sus empleados en Marruecos y de sus cónsules en América con personal tomado indistintamente de los cuerpos peninsulares no diferenciados y del cuerpo general de cónsules, sin pedirles tampoco preparación particular en relación con el país en que van á prestar servicio.

---

(1) Algo de esto se ha iniciado en la última reforma del programa.

CUESTIONES DE NUESTROS EMIGRANTES

1. Condensar y renovar nuestras leyes referentes á la emigración, tomando por modelo las italialianas.

2. Reformar el Consejo Superior de Emigración.

3. Resolver de una vez la cuestión de los reclutas españoles emigrados.

4. Crear escuelas preparatorias para emigrantes, según el tipo de las que la iniciativa privada ha establecido en Asturias y Galicia, con alguna reforma.

5. Autorizar el establecimiento de escuelas y colegios españoles en los países de emigración, según han solicitado ya los españoles de la Argentina y Méjico, engranando sus estudios con los españoles, para que puedan los hijos de nuestros emigrantes continuar cuando les convenga esos estudios en la Península.

6. Estudio inmediato de la condición política del emigrante, para resolver qué es lo que conviene: si procurar que conserven ó puedan readquirir fácilmente su condición de ciudadanos españoles (petición de una gran parte de ellos en la Argentina), ó que se gestione la ciudadanía en el país á que se emigra (sistema alemán). De un modo ú otro hay que resolver esta cuestión, que constituye una de las más agudamente planteadas por nuestros

emigrantes. Consideración especial del problema de su representación parlamentaria.

CUESTIONES ECONÓMICAS

1. Celebración de convenios comerciales, aprovechando las circunstancias presentes, en todos los sitios y con relación á todas las materias en que convenga y sea posible. Como regla en esto, no desperdiciar ocasión ni dejar de hacer lo particular por esperar á la obtención de un convenio general.

2. Ponerse al habla con las representaciones más autorizadas de nuestro comercio y de nuestra banca, para lograr de ellas (ayudando el Estado en lo que le corresponda):

a) El envío sistemático de viajantes para conocer el mercado americano directamente, como hacen los alemanes, los franceses, etc. Proceder en esto rápidamente.

b) El establecimiento de depósitos de mercancías españolas (muestras y cantidades para la venta) en todas las grandes plazas, poniéndose de acuerdo con los comerciantes y hombres de negocios de ellas. En Nueva York ha habido ya planes para esto. Los norteamericanos lo están haciendo así ya en América del Sur.

c) La divulgación del anuncio español en América y la facilidad de información en las agencias de negocios españoles establecidas en América. Hoy día, por punto general, no es posible *nunca* que una agencia española (las de vapores, verbigracia) dé in-

formes *seguros* respecto á sus propios servicios. Esto es falta de organización y desprestigia.

d) Reforma del crédito comercial para poder competir con franceses, alemanes é ingleses. Ya lo están reformando los norteamericanos.

3. Recepción franca de los valores americanos cotizados en bolsas españolas, para el cómputo de las rentas de senadores; cuestión planteada ya en la Comisión de Actas del Senado (1).

DEFENSA DEL IDIOMA É INTERCAMBIO INTELECTUAL

1. Dedicar una parte considerable del crédito que para escuelas privadas existe en el presupuesto actual, á las de españoles en el extranjero, como único medio de defender la continuidad de nuestro idioma y de nuestra cultura.

Así lo hacen las demás naciones, incluso en España.

2. Reciprocidad de títulos, lo más amplia posible, con todos los países de América. Compilar en un solo decreto, para que se perciba con toda claridad, lo legislado hasta ahora sobre ese punto, como base.

Organizar el intercambio, prestando medios á toda propuesta que se nos haga (ya las hay de Uni-

(1) Lo substancial de esta parte del programa, con indicaciones prácticas, está desarrollado en mi conferencia sobre «Relaciones económicas de España con América», dada en el Ateneo Mercantil de Valencia el día 12 de Mayo último.

versidades norteamericanas), para poderlas cumplir por nuestra parte. Existe crédito en los actuales presupuestos; pero hay que *movilizarlo*.

4. Facilitar la formación en Sevilla de escuelas históricas americanas para el estudio sistemático del Archivo de Indias. Hace años se redactó un proyecto formulado en artículos, y existe un acuerdo de la Universidad de California para crear la primera de esas escuelas. Se puede lograr, seguramente, que varias naciones suramericanas las establezcan (1).

5. Hacer que el Museo Pedagógico Nacional cumpla la Real orden de Abril de 1910, dándole fondos para esto. (Intercambio de material de enseñanza.)

6. Facilitar el envío de pensionados á todos los países de América. No se sabe por qué razón la Junta para Ampliación de Estudios es reacia á estas pensiones; pero no creo que, hoy por hoy, haya otras de más provecho para nuestra juventud. Es preciso enviar allí gentes con largueza, y no sólo intelectuales y para estudios *científicos*, sino comerciantes, periciales, economistas, etc., para el conocimiento de las organizaciones de negocios y empresas, y de las costumbres comerciales, que no se aprenden en los libros ni se desprenden, como una consecuencia indeclinable, del saber matemático. Lo que Fomento hace con los ingenieros en punto á los Estados Unidos, debe hacerlo Instrucción pública con muchos de los profesionales que de este Ministerio dependen.

(1) Véase el cap. I, apartado VI, y la conferencia que se cita en la nota de la pág 61.

FACILIDAD DE COMUNICACIONES

1. Establecimiento del servicio de paquetes postales con todos los países de América. Comenzado esto, no hay más que ampliarlo, procurando que nuestro servicio sea, por lo menos, tan fácil y amplio como el de los otros países europeos.

2. Envío directo, por puertos y buques españoles, de nuestro correo para América, en vez de ir y venir por Lisboa. Se quejan de esto mucho en América.

3. Impulsar la aprobación de las líneas rápidas de ferrocarriles desde nuestros puertos de llegada de América (Vigo, Coruña, etc.), al centro, y entronque con las comunicaciones europeas.

4. Impulsar el establecimiento de las líneas de vapores españoles por Panamá, para el servicio de las repúblicas del Norte del Pacífico, y Mediterráneo-Chile para ésta. Sobre una y otra hay gestiones; pero no se deben dejar marchitar.

5. Servicio de libros españoles directo con las repúblicas americanas. Hasta antes de la guerra era más rápido pedir libros españoles por intermedio de París ó de Leipzig.

6. Cable español con América.

CAPÍTULO II

EL AMERICANISMO EN LAS CORTES

Veamos ahora cómo se ha reflejado en las actuales Cortes ese programa americanista que ya va teniendo entre nosotros bastantes adeptos que conocen su alcance y su importancia.

Me referiré exclusivamente á la discusión del Mensaje de 1916, grande y casi única ocasión, dentro de nuestras costumbres parlamentarias, para las manifestaciones de principios que afectan á la alta gobernación de un país.

Durante ella, sólo en el Senado ha tenido puesto de honor el problema americanista. En el Congreso, aunque algún diputado haya hecho alusión á él de pasada, no ha sido recogido ni explanado por nadie en forma que se acerque siquiera, ni menos iguale, á la que alcanzó en el Senado. Hoy por hoy, pues, cabe decir que sólo en la Alta Cámara tienen ambiente, ó solicitan de un modo especial la atención, las cuestiones americanistas en cuanto tocan á la acción del Estado (1).

(1) Después que esto se escribió, un joven diputado,

No voy á detenerme en el examen de los diferentes discursos que á este propósito se pronunciaron allí. Quiero tan sólo recoger de todos ellos lo que estimo importa ante todo á los españoles que viven en América, y á los hispano-americanos, á saber: la lista de indicaciones prácticas que se han formulado y las declaraciones que en relación con ellas ha hecho el presidente del Consejo de Ministros.

Prescindo de mi discurso por varias razones, entre ellas la poderosísima de que mis lectores conocen de antiguo cuál es mi programa, y, por otra parte, las condiciones en que ordinariamente se habla, cuando se actua como individuo de una Comisión, no consienten grandes explicaciones. Voy, pues, á resumir los discursos de los Sres. Cavestany, Bergamín, Labra y Parres, y luego, la respuesta del señor conde de Romanones.

El Sr. Cavestany pidió al Gobierno "una política bien dirigida y una discreta gestión diplomática" que, á su juicio, conseguirían en breve y con facilidad, de aquellos países, esos conciertos comerciales... que podrían ser para nosotros una solución del tremendo problema que se nos avecina. Afirmó luego que ante el peligro de la emigración á

---

discípulo mío que fué en la Universidad de Oviedo, D. Augusto Barcia, ha expuesto y defendido con gran calor y abundancia de datos una gran parte del programa que desde hace años venimos declarando los pocos americanistas que hasta no hace mucho éramos únicos en preocuparnos de estas cuestiones. El refuerzo que en la campaña significa el Sr. Barcia es muy estimable, y esperamos que ha de ser fecundo.

los países beligerantes de Europa, cuando llegue la paz, la emigración á América, bien organizada y atendida, sería una defensa y una ventaja, especialmente en su forma de emigración "golondrina"; pero que, en todo caso, hay que educar al emigrante para la lucha que le espera en el país nuevo.

El Sr. Bergamín cree que es posible "hacer españoles aquellos mercados que antes eran surtidos por productos de las naciones que contienden y que ahora no pueden ser servidos por ellos". Entiende que el medio para lograrlo no es el de los tratados de comercio, sino el de "una unión aduanera". El Sr. Bergamín se cuidó de añadir en seguida, muy discretamente, que esa idea "no la había estudiado aún bastante, para exponerla con detalle; pero que la consideraba en principio como de gran importancia y por eso no titubeaba en manifestarla".

El Sr. Labra ha concretado los puntos del programa urgente del siguiente modo: reforma del Ministerio de Estado, por lo que toca á América, y del Consejo Superior de Emigración; creación de escuelas especiales para emigrantes; envío de comisiones científicas para mantener el intercambio con los países de América; extensión de las mejoras postales á las relaciones con aquellos pueblos; desarrollo de las líneas de vapores nacionales trasatlánticas y establecimiento de otras nuevas, y convenios ó tratados mercantiles, con preferencia (de momento) á la unión aduanera, de que habló el Sr. Bergamín.

Por último, el Sr. Parres trazó un vasto cuadro de cuestiones que implican otras tantas resolucio-

nes de gobierno. Tales son: establecimiento de una Confederación ibero-americana; reforma de las carreras diplomática y consular, con relación á América; tendido de un cable directo, para libertarnos de la dependencia extranjera, que redunda en mezquindad ó falseamiento de la información que conviene á nuestros intereses, no sólo los de España, sino los de todos los pueblos del grupo ibérico; colocación de estaciones radiográficas propias, con el mismo objeto; fomento de las relaciones de cordialidad y de inteligencia con los pueblos de origen español.

Como fácilmente se nota, hay coincidencia esencial de pareceres, entre los senadores citados, en cuanto á las resoluciones que importa tomar. Algunas se repiten en todos ó casi todos, lo cual prueba que se va extendiendo la opinión favorable á ellas, opinión que hace algunos años sólo compartían algunos, pocos, americanistas.

Claro es que, aun sumadas todas esas indicaciones, no agotan lo que podría llamarse el "programa mínimo é inmediato", ni siquiera en aquella parte que corresponde á la acción de los Poderes públicos; porque no debe olvidarse que en esto del americanismo, como en todas las grandes y complejas actividades de los pueblos, hay labor para todos: gobiernos, fuerzas sociales é individuales, y sin el concurso de todos no cabe cumplirlas. Pero, aun siendo lo dicho en el Senado una parte no más de lo que cabe decir, es de importancia que allí se dijera y que lograse casi todo ello el asentimiento general de la Cámara.

¿Cómo contestó el Gobierno á los requerimien-

tos contenidos en los discursos de todos los que nos ocupamos de estas cuestiones? He aquí las palabras dichas por el presidente del Consejo de Ministros en la sesión del 6 del mes de Junio:

"... nosotros entendemos que ha llegado el momento, en este aspecto de las relaciones hispano-americanas, de dejar á un lado aquello que pudiéramos calificar de período de propaganda romántica. Ahora es necesario, en esta cuestión, *entrar por el camino de las realidades*. Hemos hablado demasiado tiempo, se han pronunciado con exceso elocuentísimos discursos, á centenares, tomando como base la comunidad de la raza y la unidad del idioma, para que solamente estos dos tópicos sean lo suficiente para fundamentar toda una política. Yo quiero dejar á un lado todo esto que califico de romanticismo."

"Nosotros entendemos que debemos mantener con las repúblicas hispano-americanas una unión muy estrecha, y que el denominador común de América no puede abarcar todos los problemas planteados, porque hay tantos problemas en las relaciones entre España y América, como repúblicas hispano-americanas existen, problemas todos ellos de carácter distinto, porque para España el problema de la Argentina es completamente distinto desde el punto de vista político y desde el punto de vista económico, de los planteados, por ejemplo, en Méjico, en Uruguay ó en Chile."

Y después de afirmar que una gran parte del remedio se halla en la reforma diplomática y consular, en cuanto ésta es instrumento para una acción acertada é intensa sobre los países extraños, el se-

ñor conde de Romanones terminó diciendo: "Hay que cambiar los procedimientos: primero, estudiando lo que vamos á hacer; estudiando luego qué clase de factores son los que van á intervenir para llegar á soluciones completas y positivas, reconociendo que no hay más que una base para desenvolver las relaciones de unos pueblos con otros, y esa base es el interés; en este caso, claro es que el interés apoyado por el idioma y la comunidad de raza. Pero como del interés no hemos hablado y hemos hablado demasiado de lo restante, nos ha resultado que somos el país de Europa que hoy tiene menos influencia en América, aparte de esa influencia romántica á que antes me he referido... El Gobierno tiene buenos propósitos, quiere emprender ese camino y lo emprenderá en seguida."

Analicemos estas declaraciones del jefe del Gobierno.

Hay en sus palabras una afirmación fundamental que encierra lo que más podía interesarnos en este asunto: la afirmación de que se va á entrar "por el camino de las realidades", de que es preciso llegar á "soluciones concretas y positivas". No pedía yo más en mi conferencia de 24 de Enero. No piden otra cosa los españoles que en toda América ven, con creciente preocupación, cómo pasan los años sin que se procure resolver ninguna de las cuestiones planteadas, ni mejorar ninguna de las relaciones establecidas por la fuerza misma de las cosas y la labor de nuestros emigrantes.

El señor conde de Romanones quiere acabar con lo que llama la "época romántica" del hispanoamericanismo. Cabría decir que esa época—de la

cual ya salieron hace tiempo quienes verdaderamente saben lo que es América para nosotros, pero en la cual perduran muchos de nuestros más insignes voceadores de patriotismo—no fué sólo *de romanticismo*, sino también, y á la vez, *de retórica*. El romanticismo nos llevó á fundar todas las posibilidades de nuestro prestigio y de nuestra influencia, en motivos sentimentales que no son fantásticos, sin duda, pero que no bastan, ni con ellos solos (máxime si no se les encauza y refuerza) se puede hacer nada de provecho. La retórica nos condujo— y puede seguir conduciéndonos—á fiarlo todo en discursos y conferencias, ó en exposiciones de programas y de buenos propósitos, como si la palabra fuese ya, por sí misma, *acción*, y no simplemente anuncio ó promesa de acción.

Y digo que la retórica puede seguir conduciéndonos en ese sentido, porque tan retórico es fantasear fraternidades sin substancia positiva que las alimente, como pasarse el tiempo llamando á las realidades prácticas, sin acometer ninguna. Lo único verdaderamente contrario á la *retórica* es la *acción*. El señor conde de Romanones se ha decidido por esta última. Ya era hora. Levantemos acta solemne del propósito y aplaudamos con toda el alma.

La acción preconizada por el jefe del partido liberal ha de obedecer, en primer término, á una diferenciación que la realidad misma impone. América es un nombre genérico, cuyo contenido específico es muy complejo y heterogéneo. Hay, sin duda—conviene no olvidarlo—, reglas generales que dan unidad al problema de nuestras relaciones con los países hispano-americanos, y hacen posible una polí-

tica de este orden (1). No en balde es una España y aquéllos son todos de origen español. Pero por bajo de esa unidad se han diferenciado de tal manera cada una de las naciones constituídas, y son tan diversos los intereses que la distinta densidad y género de la emigración, la variedad de las producciones, la extensión territorial, las influencias dominantes, etc., han creado, que revelaría una ignorancia supina (no infrecuente en los que se llaman americanistas) creer que con unas mismas reglas se pueden resolver indistintamente todas las cuestiones planteadas.

No. El único hispano-americanismo eficaz es el que conoce concretamente la singularidad de cada país y de los problemas económicos, sociales y políticos que lo caracterizan. Quien sólo conozca uno, y por ese, y por cartas y periódicos, pretenda decir y legislar sobre los restantes, se expone á errores frecuentísimos que hacen asomar la sonrisa (todo lo benévola que se quiera, pero sonrisa al fin) á los labios de los americanos conocedores de la realidad. Por la misma razón, es fantástico querer recetar desde un solo punto de América para todos los otros, ó creer que no hay más cuestiones que las del terruño en que se vive. Lo real y práctico es tenerlas todas en cuenta y saber jerarquizarlas, precisamente porque se domina el conjunto. El señor conde de Romanones ha visto, pues, claro en este aspecto de la política que se propone acometer.

En segundo término, ha dicho el presidente del Consejo de Ministros—y esto va contra el america-

(1) Véase el capítulo anterior.

nismo *romántico*—: "no hay más que una base para desenvolver las relaciones de unos pueblos con otros; y esta base es el interés". Claro que no ha querido decir con esto que sólo el *interés* deba y pueda guiarnos, sino únicamente que es un elemento principalísimo, quizás de ordinario el más activo para el fomento de aquellas relaciones. Así lo dió á entender (en la inexcusable sobriedad y prisa que para cada punto especial impone un discurso-resumen, vecino á una votación), añadiendo á continuación de aquellas palabras estas otras: "claro que el interés apoyado por el idioma y la comunidad de razas"; con lo cual quiso señalar todos los demás factores no económicos que juegan y han jugado siempre en las influencias mutuas, los acuerdos y las cooperaciones internacionales.

El señor conde de Romanones, para hacer ver mejor cuál era el fondo de su pensamiento y el porqué de subrayar las cosas de orden económico, todavía añadió á lo anteriormente citado esto otro: "Pero como del interés no hemos hablado (se refería el presidente, no á la discusión habida en el Senado, en la que sí se habló del interés, sino á la condición general de la doctrina americanista hasta ahora) y hemos hablado demasiado de lo restante, nos ha resultado que somos el país de Europa que hoy tiene menos influencia en América, aparte esa influencia romántica á que antes me he referido."

Descontemos de esa última afirmación el natural énfasis que acompaña al deseo de fijar fuertemente la atención de los que escuchan hacia un punto determinado, y convengamos en que es cierta. No somos precisamente el país de Europa *de menos in-*

fluencia en América, y aun pudiéramos decir que esa influencia ha crecido en estos últimos años; pero tenemos mucha menos de la que nos corresponde.

Por último, el señor conde de Romanones apuntó una de las causas (una sola) de esa desventaja en que nos encontramos. Esa causa es, á su juicio, el fracaso de nuestra representación diplomática y consular en América. Con esa afirmación el presidente no quiso molestar personalmente á nadie, aunque las responsabilidades que acompañan á la jefatura de un Gobierno impone á veces sinceridades que han de estar por encima de todos los respetos y consideraciones. Quiso tan sólo decir que el modo como se suelen considerar entre nosotros aquellas representaciones y el error que hemos sufrido en cuanto á la preparación y selección del personal destinado á América (faltas que no son imputables individualmente, por lo general, á los funcionarios mismos), han traído aquel fracaso.

El orador señaló una sola de esas causas. "Aquellos puestos—dijo—se tienen, en una y otra carrera, como puestos de castigo"; y así, los que para ellos son nombrados: "cuando salen de España con rumbo á América... no se preocupan más que de una cosa: de volver lo más pronto posible, de estar allí el menor tiempo; y es claro, con una representación consular y diplomática así no se puede hacer absolutamente nada".

También en esto hay que descontar la necesaria generalización que los discursos imponen. El hecho es exacto en términos generales; pero el señor conde de Romanones conoce, como todos conocemos, que hay excepciones muy honrosas y aprove-

chables. La cuestión consiste en lograr que dejen de ser excepciones.

El discurso que he comentado lo pronunció el señor conde de Romanones en la tarde del 6 de Junio de 1916. Un mes y tres días después el Gobierno realizaba su primer acto de política práctica: la elevación á Embajada de nuestra Legación en Buenos Aires.

¡Poca cosa!, dirán algunos. Poca ó mucha, según se entienda. Y hay motivos para pensar que el Gobierno entiende eso, no sólo como una muestra de consideración hacia la Argentina (la importancia de cuyas relaciones de todo género con nosotros se evidencia de esta manera), sino también, y singularmente, como el primer paso de una política que aspira á seleccionar los hombres capaces de realizarla y a proporcionarles un margen de acción eficaz, deducida de un programa concreto y detallado que pueden ofrecer seguramente los que saben de estas cosas y tienen en ellas autoridad reconocida aquí y allí.

En esa confianza, la novedad con que se inicia el plan del Gobierno ha sido bien acogida por ambas Cámaras, incluso por los que han erigido en sistema el dificultar todo lo que sea una mejora de nuestra Administración, á reserva de quejarse luego de que es mala.

Esperamos que no será fallida esa confianza.

Pero hasta el momento en que se imprime este libro, ahí ha parado toda la política americanista de nuestro Gobierno. Embajada hay; programa de co-

sas que ha de realizar ésta y las demás representaciones españolas en tierra americana, es lo que no se ha visto todavia, y mientras eso no se haga (*hacer*, no *decir* es lo que importa) todo lo demás es pura apariencia, que al cabo de poco tiempo desengañará aun á los más optimistas.

CAPÍTULO III

LAS "POSIBILIDADES" DE ESPAÑA

I

NOTICIAS Y CONSIDERACIONES GENERALES

Lo dicho en los capítulos anteriores sugiere de un modo natural esta cuestión: pero, ¿es que España puede realmente hacer algo práctico, de valor, aplicable á las relaciones internacionales en general y particularmente en América?

Á esa cuestión contestaré en el capítulo presente.

No hace mucho, en Enero de 1916, expuse en la Academia de Jurisprudencia lo que sé y lo que pienso acerca de las posibilidades económicas de España con relación á los países americanos, incluso los Estados Unidos (1). Mi propósito fué entonces puntualizar lo que podemos hacer (sobre la

(1) *Cuestiones internacionales: España, América y los Estados Unidos.* Se publicó esta conferencia en Madrid, 1916. Un folleto de 32 páginas, en 4.°

base, principalmente, de noticias y observaciones recogidas en los mismos lugares á que hube de referirme), y á la vez llamar la atención acerca de la gravedad del momento y la necesidad imprescindible de aprovecharlo con toda urgencia si no queremos que se nos escapen para siempre aquellas posibilidades.

Contra lo que pudiera esperarse, dada nuestra tendencia natural hacia el pesimismo, lo que ordinariamente se ha comentado de mi conferencia es la parte optimista o, para ser más exacto, la afirmación del margen seguro para nuestra actividad económica. Pero lo que, á mi juicio, importa más, la consideración de lo inútil que será todo eso si no nos aplicamos á convertirlo en hecho rápidamente, no parece haber cosquilleado siquiera la epidermis de los hombres en cuya mano está el remedio para la necesidad mencionada. ¿Será que nos siguen faltando el sentido de la oportunidad en la acción y el de perspectiva en cuanto á la colocación ordinal de los problemas que afectan a nuestro presente y nuestro porvenir?

Pero ahora no quiero insistir en esta cuestión. Me limitaré á resumir aquella parte de mi conferencia que es pertinente al tema que formula el título de este capítulo.

Sostengo que tenemos margen económico en América. Ante todo porque aun estimando como triunfadora é irresistible la competencia agrícola é industrial de los Estados Unidos, es indudable que no la abarca todo, porque nunca las posibilidades agrícolas, industriales y, en general, económicas, de ningún país, pueden comprender *todos* las órdenes de pro-

ducción que sirven para satisfacer *todas* las necesidades humanas. Esta es una noticia elemental de economía, corroborada además por el más leve conocimiento de la geografía económica de América. En ese campo á que no llega la producción agrícola é industrial de Estados Unidos (dentro de la cual sería absolutamente inútil que lucháramos), nosotros tenemos entrada. Primero: por productos que son genuinamente nuestros y que nadie puede dar más que nosotros. Segundo: por los que hoy producimos en mejores condiciones técnicas ó económicas que los demás pueblos. Tercero: por los que, aun estando en la posibilidad de producción de todos ó algunos de los países europeos, nosotros, por circunstancias especiales, podemos producir en una forma apetecible para el mercado americano. Cuarto: por los que, aun haciéndose hoy en el extranjero mejor que los hacemos nosotros, no es imposible que lleguemos á producirlos en condiciones de competir (1).

Ya sé que este cuarto grupo de cosas mira muy á lo futuro, y que nuestro problema es tan urgente que necesitamos resolverlo con factores que estén, como quien dice, en nuestra mano y con los cuales podamos contar inmediatamente. Para ello nos ofrecen posibilidades los otros grupos, cuya exis-

(1) A todo esto hay que añadir el desplazamiento que la guerra ha producido en la aplicación de los capitales norte-americanos, impedidos por esto de acudir á llenar, en la necesaria medida, el vacío que la falta de exportación europea ha producido en las naciones hispano-americanas. Véase más adelante, y mi citada conferencia del Ateneo Mercantil de Valencia.

tencia está corroborada por una porción de testimonios, entre ellos las listas de productos españoles que se venden ó que se pueden vender en los Estados hispano-americanos. Bastaría recordar la contenida en la Memoria del señor encargado de Negocios de Chile en Madrid, dirigida á la Junta de Iniciativas, y que hace poco recordaba un periodista madrileño en el *Heraldo;* la magnífica Memoria del cónsul de la Argentina en Barcelona, Sr. Gache, que tiene datos tan interesantes respecto del progreso que se ha producido en el movimiento de exportación é importación entre España y la Argentina; los artículos que el ingeniero Sr. Villasante ha publicado en *El Liberal,* y que tantas sugestiones prácticas contienen, y otros varios testimonios de este mismo género que añaden noticias á los citados y que prueban cómo poco á poco los mismos mercados de América van descubriendo posibilidades para nuestro comercio y van abriendo camino á ciertas corrientes de relación económica.

Hay además otros hechos que concurren á mostrar esas posibilidades.

Mi buen amigo D. José Zulueta habló un día en el Ateneo de la vergüenza nacional que es para nosotros el que en ciertas especies de ganado, pudiendo dar mejor que nadie los reproductores modelos, no los demos. Pues bien: á pesar de esta vergüenza y de esta decadencia, ya compran los americanos los garañones en Mallorca, y esta es demostración de una posibilidad muy modesta, ahora, al iniciarse, pero de un probable gran desarrollo. Otro hecho de importancia grandísima igualmente, es el de que muchos productos españoles se venden

en América con marca extranjera. ¿Qué significa esto? ¿Una inferioridad nuestra en la producción? No; un error de concepto, y ese error es preciso y posible deshacerlo. En cuanto las gentes se convenzan, por un medio que no hemos empleado todavía, por una propaganda activa, que aquellas cosas que toman y les gustan no están hechas, por ejemplo, en Alemania ni en Francia, sino en España, el crédito del producto español indudablemente subirá; y que efectivamente esto es posible y puede tener éxito, nos lo demuestra el hecho de los aceites catalanes (1).

Cuando yo llegué á Buenos Aires en 1909, los aceites italianos estaban por encima del español en el mercado. La iniciativa de un productor catalán, avisado y tenaz, ha logrado al poco tiempo, mediante una insistente propaganda, vencer al producto italiano y destruir la preocupación contra el producto español, demostrando que nuestros aceites son tan buenos como los italianos, y que muchas de las mercancías que se venden como italianas son españolas.

Y tenemos, en fin (para no citar sino alguna de las cosas más salientes que se me van ocurriendo), un producto de ganancias considerables que sólo nosotros podemos dar originalmente, y que si in-

(1) La guerra actual ha revelado la existencia en España de fábricas de productos (cristales y vidrios, drogas, etc.) que se vendían aquí y se exportaban con marcas extranjeras; lo cual prueba, no sólo que *somos capaces* de fabricarlos, sino que los fabricamos tan buenos ó mejores que en otros países. Sobre este asunto véase mi citada conferencia del Ateneo Mercantil.

dustrialmente no exportamos con toda la ventaja posible, es por incuria que fácilmente puede vencerse: el libro en castellano (1).

Pero hay más todavía, señores. La posibilidad de nuestro margen de relaciones económicas no se da sólo en las Repúblicas hispano-americanas; se da en los Estados Unidos también. Bastaría publicar la lista de productos que se piden en los Estados Unidos, formada por nuestro cónsul en Nueva York, Sr. Salas, para ver cómo en aquel emporio de producción industrial hay muchas cosas españolas que son solicitadas. Pero á este dato y á otros, que seguramente han de figurar en los archivos del Ministerio de Estado, yo puedo añadir impresiones propias recogidas en la visita á la Exposición de California, y en el trato social con las gentes de aquel país.

Todos saben que no hemos ido á la Exposición de California, perdiendo esta ocasión de demostrar nuestras posibilidades económicas. Pero la iniciativa de un comerciante valenciano hizo que se reuniesen allí, en un ángulo de uno de los palacios generales, algunos productos españoles. Esos productos eran los siguientes: cerámica de Manises, juguetes para niños, especialmente muñecas, y muebles finos. Los tres productos tuvieron un éxito enorme en el público que visitaba la Exposición. La cerámica de Manises causó entusiasmo. Los juguetes han podido competir, en cuanto á la impresión

(1) También en esto hay errores muy divulgados. En el libro propiamente *español* no es tan grave como se cree la competencia extranjera. Muchos editores nuestros lo saben bien.

que las gentes tenían de este producto, con los alemanes y franceses. Respecto de los muebles (muebles valencianos, barceloneses y madrileños), he oído elogios que siempre me parecieron ajustados á la realidad.

He visto además en la vida social de California posibilidad de introducir productos españoles que no esperan sino la iniciativa, el empuje de una persona que se ocupe de estas cosas, ó de una entidad ó Corporación de intereses económicos creada para ese objeto.

No voy á citar más que un caso. Los californianos comen mucha aceituna ordinariamente; pero yo no he visto en las mesas californianas más que un tipo de aceituna que se cría allí, é inmediatamente pensé: Si en California se introdujesen todos los tipos variados y escogidos de nuestras aceitunas andaluzas y levantinas, ¡qué duda cabe que esto sería un margen de bastante consideración para nuestros productos! Por otra parte, el gran parecido que existe entre parte de las costumbres culinarias de aquel territorio con las de nuestras regiones mediterráneas, me parece que da también posibilidad para la introducción de otros frutos agrícolas españoles.

Y por último, hay una coyuntura actual, que es preciso aprovechar: consiste en lo mismo que constituye uno de los motivos determinantes del estrechamiento de relaciones entre los Estados Unidos y las Repúblicas hispano-americanas, á saber: la desaparición de las importaciones de muchos productos europeos que pueden tener, ó tienen en gran parte, similar en España. Á eso hay que

añadir otro hecho muy interesante á que ya hice alusión y que importa tener muy presente, y es que los mismos Estados Unidos han cerrado muchas fábricas de las que producen objetos manufacturados consumidos en las naciones hispano-americanas, porque el mayor provecho que se obtiene con la fabricación de armas y municiones ha hecho convertir el capital aplicado á aquellos productos, en capital para la producción de estos otros. Así, de repente, se han quedado algunas Repúblicas hispano-americanas sin la satisfacción de necesidades que antes se obtenían con productos de los Estados Unidos, y sin que nadie provea á ellas (1).

Viniendo ahora á otro orden de cosas, conviene no olvidar que aparte todas esas posibilidades agrícolas é industriales, y sobre todas ellas, España tiene un elemento de relación insustituíble é insuperable, que es el hombre, y el hombre en todos los aspectos en que podemos considerarle.

Como elemento de emigración, todo el mundo sabe cuáles son las condiciones de nuestro individuo. Aquellos que han estado en América han podido verlo perfectamente, como una realidad que produce efectos verdaderamente extraordinarios. Los mismos norteamericanos lo han reconocido, lo ha confesado y lo han dicho en letras de molde hace ya tiempo. Recuerdo que en 1909, en la *North American Review*, si mi memoria no me es infiel, se publicó un artículo que versaba precisamente sobre las condiciones de carácter de nuestros emigrantes,

(1) Este fenómeno se agravará ahora, verosímilmente.

y en él se decía que allá donde los españoles ponen el pie, es imposible luchar con ellos como trabajadores. Por eso Cuba, á pesar de ciertas dificultades de nuestra relación presente con respecto á los emigrantes, dificultades que promueven todos los días problemas dignos de ser estudiados, ha dicho recientemente, por boca de uno de sus periódicos más leídos, que la emigración española es la más deseable de todas las emigraciones; por eso, y apoyándose en eso, dijo con mucha razón en nuestro Ateneo de Madrid el cultísimo profesor mejicano doctor Reyes, que Méjico seguiría siendo una posibilidad de emigración y de provecho económico para España; y, en fin, para aducir ejemplos de todas partes, ¿saben mis lectores de dónde se toman para el Estado de Nevada, de la gran República del Norte, en que la ganadería es la riqueza más importante, una gran parte esos *cow boys* que todos habéis admirado por lo menos en las cintas de cinematógrafo? Pues de Navarra. Aquí, en nuestra Navarra, vienen á reclutarlos, porque aquí encuentran los hombres más á propósito, los que reunen las condiciones más necesarias para aquella labor; y así se ha formado un pequeño núcleo de colonia española en Nevada, algunos de cuyos individuos tienen una favorable posición social y económica.

Como estos ejemplos se podían aducir otros muchos del mismo género; pero lo que digo respecto del emigrante como elemento primario, como obrero ó mano de obra en la acción económica actual, en esa lucha respecto de la que estamos diciendo constantemente (y no nos falta en parte razón, si miramos solamente á la Península) que somos poco

aptos, se podría afirmar también en muchos sentidos de las posibilidades, demostradas en hechos por nuestros emigrantes, respecto de la labor intelectual.

Muchas son las cosas importantes de la vida científica, de la vida pedagógica y aun de la vida jurídica de las Repúblicas hispano-americanas, que van ligadas á un nombre español, desde los tiempos de Llorente en el Perú y de los emigrados liberales de España en el Uruguay. Y ya que cito esta República, quiero recordar que no hace muchos días leí el homenaje tributado al primer director de la Escuela de Comercio de Montevideo, el profesor español Claramunt; y el periódico que hablaba de esto, un periódico uruguayo, hacía honor á las condiciones admirables del Sr. Claramunt, que permitieron que la Escuela de Comercio tuviera un desarrollo adecuado á sus necesidades. En el tipo de Claramunt se pueden citar muchos, elegidos, como digo, en las varias esferas de la vida intelectual y de la vida jurídica, que muestran cuán fructífera es la continuidad de la colaboración española en esas nuevas naciones cuyo espíritu, en lo fundamental y genuino, nadie, hoy por hoy, puede entender y penetrar mejor que nosotros.

Y lo que digo de los intelectuales en general, digo también de la posibilidad de emigración de ciertos profesionales caracterizados de una manera particular; por ejemplo, nuestros ingenieros, que son muy bien recibidos en los Estados Unidos y tienen allí actuación señalada en muchas industrias, y nuestros militares, que ya han ido alguna vez, y respecto de la posibilidad de cuyo envío ahora ha

hablado, en el Ateneo de Madrid y en la Prensa, el capitán peruano Sr. Zárate.

Y con todo esto, aún queda á nuestro hombre, á nuestro emigrante, en el complejo de condiciones que representa, otra cosa más, de considerable importancia; una cosa que no es de las que se pesan y se miden, ni de las que se venden en el mercado, pero sí de las que más influyen en el alma humana: aquella que con una palabra muy feliz, el Sr. Zulueta, en su conferencia del Ateneo, llamaba el "abolengo". El "abolengo" solo no basta, sin duda; sería pronto vencido, y por eso cuando se fía no más que en él, haciéndolo base de lirismos exagerados, las gentes alzan los hombros y se sonríen; pero como es innegablemente una fuerza espiritual, si se le ayuda con acción positiva, y sobre todo con el esfuerzo constante por aumentar su prestigio en la fuente misma de éste, es indudable que constituye un cimiento que cada día va depurando y agrandando su valor.

Pero todavía cabe hablar de otras posibilidades que no sólo se refieren á los países americanos, pero que son garantía de las que á ellos corresponden y que también se abren ahora ante nosotros y nos ofrecen un campo de penetración é influencia tan importante como el económico. Me refiero á posibilidades de orden intelectual no apuntadas antes.

La cátedra de Lengua y Literatura españolas, cuya creación en el King's College de la Universidad de Londres anunció *The Times* hace meses, no es un hecho aislado. Por de pronto, no es la primera cátedra de este género que se establece en Inglaterra. Hace años que funciona otra igual en

Liverpool, regentada por el gran hispanista Fitzmaurice-Kelly; pero la repetición del hecho en Londres tiene una importancia que á nadie pasará inadvertida. Enlacemos á ella la difusión cada vez mayor del castellano en las escuelas, colegios y universidades de los Estados Unidos y la intensificación de los estudios hispanistas (literarios é históricos) en esa misma gran República, cuya "Hispanic Society" no puede ser olvidada por ningún español; la fundación reciente, en París, del Centro de Estudios franco-hispánicos de la Sorbona, algunos de cuyos propósitos siguen cumpliéndose no obstante la guerra, con otras manifestaciones análogas, aunque menos sobresalientes, en otros países, y tendremos el cuadro de las principales posibilidades que ofrece, hoy por hoy, ese movimiento casi universal hacia España.

Y digo de él lo que he dicho de otras señales favorables para nuestra entrada en la gran corriente del mundo moderno. No caigamos en la inocente ilusión de que todo eso procede de un amor desinteresado, y que con dejar que los demás hagan cosas, lloverán sobre nosotros los beneficios; ni por saber que una gran parte de esos hispanismos llevan una mira interesada, incurramos en la no menor candidez de despreciarlos. La habilidad para la vida consiste en aprovechar todas las coyunturas que ella ofrece, aunque los hombres de quienes procedan traten también de sacar su correspondiente provecho. La gracia está en utilizarlas lo más posible, á pesar de la intención de quienes las plantean. Por tanto, el hecho de que una buena parte de esos hispanismos, en Europa y en Améri-

ca, miren hacia la mejor preparación de las relaciones con los países de habla castellana, no debe enfriar nuestro contento porque se produzcan, ni menos aún nuestro propósito de servirnos de ellos. Por otra parte, no es ningún descubrimiento aquel motivo egoísta. El mismo artículo de *The Times* lo dice con esa claridad "práctica" de los ingleses, que no anda con rodeos. Respecto de los Estados Unidos, abundan las declaraciones en igual sentido, y otro tanto podríamos decir de Alemania, de Francia y otras naciones europeas (Bélgica, por ejemplo, en su Liga de expansión comercial).

Pero además que eso no debe paralizar nuestra acción (antes bien, necesitamos contar con ello para dirigirla convenientemente), es que no todo, en el movimiento hispanista actual, obedece á esa mira interesada. Hay en él factores no despreciables, originados por un puro interés científico y artístico hacia ciertas manifestaciones de nuestra vida, por un sincero reconocimiento de la justicia que se nos debe y hasta por una admiración tanto más viva cuanto la verdad de las cosas averiguadas serenamente contrasta más con la leyenda desfavorable que predominó hasta ahora. Todo esto podrá ser leve y diminuto en algunas partes; pero es una realidad de que la más elemental previsión aconseja servirse, alentándola con todas nuestras fuerzas.

Todavía hay más. Esos elementos favorables (algunos de antigua tradición) están actualmente favorecidos por otro hecho, consecuencia naturalísima de la guerra europea. Las proporciones colosales de este terrible choque, en que cada nación ha tenido que poner en juego todos sus recursos hasta la

última posibilidad, y en que todos saben que la victoria ó la derrota llevan envuelto el porvenir político y económico de los beligerantes, les ha enseñado dolorosamente la verdad de un aforismo que en la vida individual hace tiempo pasó á la categoría de perogrullada; esto es, que no hay amigo ni enemigo pequeño, y que las más grandes y salientes personalidades necesitan del apoyo y concurso de quienes se hallan colocados en escalones inferiores de la jerarquía social. De aquí la rectificación del juicio que antes tenían las grandes potencias respecto de los pueblos que, por carecer de fuerzas militares suficientes, estar alejados de la esfera de influencias temibles del orden internacional ó poseer escasa difusión económica en las relaciones universales, eran considerados como elementos inútiles, cuyo concurso se podía despreciar, cuyo derecho era lícito desconocer y que ni aun merecían ser estudiados seriamente para averiguar si lo que de ellos se decía era ó no exacto.

La gravedad de los conflictos que la guerra ha producido en los Estados más poderosos de Europa les ha hecho ver que no se bastan á sí mismos y les ha llevado á pensar que tal vez en esos pueblos que despreciaban é incluso molestaban, á su parecer, impunemente, hay cosas de que necesitan y que les conviene asegurar para el día de mañana. Este primer movimiento (natural en toda crisis suprema) de individuos y naciones, ha traído por sí mismo una mayor y más atenta consideración de elementos nacionales sin los que antes parecía posible caminar en el mundo, y un deseo de intimar con ellos, de despertar sus simpatías y de descu-

brir y poner de relieve sus condiciones útiles, que cada día se reconoce ser mayores y de más valor.

España es de esos pueblos; y aunque no sea un móvil espontáneo de justicia y de cooperación fraternal el que haya impulsado originariamente en todas partes el movimiento de atención que se le refiere, es lógico pensar que, quieran ó no los hombres, ha de producir efectos que sobrepasen la intención y traigan consigo un concepto de nuestro valor humano muy superior al que hasta ahora se tenía por inconcuso. En nuestra mano y en nuestro deber está aprovechar esa coyuntura para hacerla rendir el mayor provecho posible á beneficio nuestro.

II

NUEVAS COYUNTURAS

El movimiento de atención hacia España y de consideración hacia lo que ella significa ó puede significar en el mundo, á que vengo refiriéndome, ha tenido recientemente manifestaciones singulares que importa dar á conocer.

Empiezo por recordar el proyecto de creación en Sevilla, para el estudio sistemático del Archivo de Indias y á los efectos de la historia norteamericana, de una escuela de este carácter.

Pero la Universidad de California aspira á más, ya que desea establecer desde el curso próximo, si

es posible, el intercambio de profesores con la de Madrid. Sabido es que en aquélla existe hoy el núcleo más fuerte de hispanismo, en el orden de los estudios históricos, que puede hallarse en Norte-América, y que, por muchas razones, California es un país de grandes simpatías por España. De allá pueden enviarnos, desde luego, un gran profesor, autoridad en historia colonial de la época española, y que maneja muy bien el castellano. ¿Vamos á desperdiciar esta ocasión? ¿Haremos algo porque no nos coja desprevenidos y para evitar el bochorno que resultaría de rechazar el ofrecimiento por no haber previsto los medios económicos con que corresponderle?

Posibilidades de análogo género nos brindan los ingleses. De una reciente carta suscripta por el secretario de la Real Sociedad de Literatura del Reino Unido (Londres), saco los siguientes párrafos:

"Pretendemos para de hoy en adelante desarrollar una actividad más efectiva, entre cuyas determinaciones, la más agradable de todas sería establecer un contacto más íntimo del que hasta ahora hemos tenido con nuestros correspondientes extranjeros. Cuando la guerra termine, espero que sea posible la recepción de muchos de ellos en Londres... En los años últimos, el culto de España no ha sido entre nosotros tan señalado como antes lo era, y eso ha constituído una pérdida grande para la vida y el carácter inglés. Me complazco haciendo constar que se advierten ahora muestras de una reacción en este punto. Nos hace falta una expresión acentuada de las principales corrientes de la literatura española y del lugar que ocupan el pensamien-

to y el sentimiento españoles en el mundo moderno, considerados como la colaboración de la raza en la civilización universal."

El llamamiento es expresivo, y la puerta que se nos abre tiene tras de ella amplias perspectivas. Posible es que sobre esa base llegue á constituirse en Londres, ó en Cambridge, ó en otro punto de igual significación, algo semejante al Centro hispanista de la Sorbona, con sus series de conferencias encaminadas á revelar á Inglaterra lo que España puede ofrecer para esa obra de civilización universal que el anterior documento invoca.

De lo que se ha comenzado á realizar en Portugal creo innecesario ocuparme aquí, dado que ya lo propaló oportunamente, y concediéndole toda la importancia que tiene, la mayoría de la Prensa española.

De los Congresos internacionales sí debo decir una palabra. En Diciembre último acudió á la reunión internacional de Berna (por delegación del Comité formado en Madrid, en correspondencia con la *Anti-Oorlog Raad*, de La Haya) un español de nombre conocido y de preparación en cuestiones de esta índole.

El efecto de su presencia fué el de siempre: congratulación por verle allí y quejas corteses por la ausencia de España en los más de los Congresos y reuniones internacionales. Ya sé que todos los años se envían algunos delegados oficiales á esos actos; pero á los menos, y á veces faltan en los que más importaría que nos hallásemos presentes. Hay además otros modos de concurrir, aparte la delegación. Cabe enviar trabajos que afirmen el con-

curso de España en esas asambleas científicas ó de índole práctica. Pero, en general, no cumplimos con ese deber. Baste un ejemplo: los Congresos internacionales de americanistas, en que apenas si figura un escrito con firma española. Cierto que hace poco celebramos aquí uno, en Sevilla; pero esto no basta; donde hay que ir es al extranjero, y las cuartillas de una Memoria ó trabajo de investigación no cuestan más que los céntimos del franqueo. Aunque nos hayamos corregido algo de la antigua apatía en este particular, aún no hacemos todo lo debido. Es necesario aprovechar intensamente esa posibilidad de darnos á conocer y de colaborar en la obra científica universal con aportaciones serias; porque claro es que no son "discursos" lo que allí se pide ni se estima.

Y ¿qué decir en cuanto al mundo de "posibilidades" que nos ofrecen los judíos de origen español, los sefardi ó sefarditas, no sólo en Oriente y Marruecos, sino en todas las naciones donde es numerosa ó influyente la colectividad que forman? Es tan evidente esto, que los hombres y los periódicos de todos los partidos (salvo ligeras divergencias, no patrocinadas por quienes podrían darles calor) han coincidido en estimar cuán preciso es cuidarnos de esos elementos afines, cuyo hispanismo es, juntamente, una tendencia sentimental y un anhelo de raza, y apoyarnos en ellos para el desarrollo de algunos de nuestros intereses internacionales. Como testimonios bien lejanos de toda sospecha (ya se sabe que aquí no son sospechosas más que las iniciativas de la izquierda), citaré recientes artículos de *A B C* (carta del corresponsal en Constantino-

pla), *El Mundo* (17 Febrero), *El Parlamentario* (19 Febrero), etc. Lo ocurrido con la cátedra de Lengua y Literatura rabínicas, cuyo titular es desde hace poco el Dr. Yahuda (1), tiene en el mismo sentido una significación extraordinaria y consoladora. Porque lo interesante en este caso no es la cátedra misma (con serlo tanto en el orden científico), sino que la regente en España un judío y que ese nombramiento lo haya hecho un Gobierno conservador, lo hayan patrocinado personas muy caracterizadas de las derechas, y en pro de él votasen por unanimidad, como votaron (solicitadas por el ministro para cumplir los trámites del art. 239 de nuestra ley de Instrucción pública), varias Reales Academias y una Facultad universitaria, corporaciones todas en que no son precisamente los radicales quienes dominan.

El efecto que esa incorporación del Dr. Yahuda al Claustro de la Universidad Central ha producido en el extranjero, es enorme, y valía la pena de que aquí se conociese. Baste leer los varios artículos publicados por la *Jewish Chronicle*, de Londres; *The Jewish World*, de la misma capital; la *Israelitisches Wochenblatt*, de Zurich; *L'Univers Israélite*, de París; *La Liberté*, de Tánger, para comprender en cuán grande medida está rectificando aquel hecho el prejuicio que apartaba de nosotros á muchos sefarditas ó les tenía en justo recelo, así como las "posibilidades" que esto nos abre para cosas de substancia y significación nacional (2).

(1) Ver la explicación de este hecho en la 2.ª parte.

(2) Por eso (y por otras muchas razones) convendría que los hechos referidos por el Sr. Alcheh en su

Y termino con la misma invocación que hacía al comenzar estos artículos. Importa mucho conocer las posibilidades de influencia y de representación en el mundo; pero aún importa más aprovecharlas en su momento propicio. Á todos los que pueden hacer algo porque no se pierda la que ahora nos proporcionan las circunstancias, elevo el ruego de la más activa colaboración, en nombre del patriotismo.

III

CÓMO APROVECHARLAS

Muchos modos tenemos de aprovechar las posibilidades mencionadas. Aun las que parecen más lejos de nuestro alcance, son asequibles.

Empecemos por la creación de enseñanzas de castellano y de literatura española en Inglaterra, en los Estados Unidos y en otros países. ¿Pondrá nadie en duda que, no cabiendo improvisar el personal de esas enseñanzas, las naciones extranjeras

conferencia sobre "Los españoles sin patria de Salónica", dada en el Ateneo de Madrid el 2 de Diciembre de 1916, fuesen corregidos y reprimidos por nuestro Gobierno y los sefardíes de la Europa oriental hallasen en España el amparo que ésta les debe y que tan estrechamente coincide con nuestra conveniencia nacional. La conferencia del Sr. Alcheh ha sido publicada por *La Lectura* en sus números de Marzo y siguientes (1917).

han de acoger afanosamente el que nosotros le proporcionemos en condiciones de aptitud favorables? En general, debe pensarse que siempre es mejor maestro de un idioma quien lo aprendió en la cuna, y que la misma penetración de los modelos literarios, salvo rarísimas excepciones, puede hacerla más fácilmente y con mayores garantías un nacional que un extranjero. Los ejemplos de profesorado español en centros docentes de diversos países (lectores, en liceos y escuelas normales francesas; profesores en Oxford, Annapolis, West-Point, Tokío, etc.) y los repetidos errores de la crítica extranjera en punto á nuestros escritores modernos (confusión de obras, desconocimiento de edades, grupos y filiaciones, etc.) son buena prueba de las dos cosas antes afirmadas (1).

Hace pocos años, el jefe de los estudios neolatinos (que diríamos aquí) de una gran Universidad norteamericana se sinceró conmigo por tener al frente de la cátedra de Lengua y Literatura castellanas á un francés.

"No he encontrado un español—me decía—; pero lo deseo, porque es absurdo que esa enseñanza esté en manos de extranjeros. Venga un español joven, de empuje, y que sepa inglés, para poder explicar á los alumnos."

Este caso no es el único, y sirve también de apoyo á lo que vengo diciendo hace tiempo: que el idioma de lucha para nosotros, en el orden inter-

(1) Después de escritas estas líneas han llegado á España nuevas y numerosas peticiones de profesores de castellano para los Estados Unidos.

nacional, es, en primer término, el inglés, porque con él hemos de encontrarnos siempre en nuestro principal campo de acción espiritual y comercial: América.

Nuestra juventud intelectual, atormentada en buena parte por el anhelo de una España renaciente y culta, deseosa de contribuir á que así sea con el mayor esfuerzo posible, y vacilante muy á menudo acerca del camino que para esa contribución conviene tomar, tiene ahí uno, sin duda menos brillante que los que brindan aquí la política y el periodismo, pero mucho más sólido que éstos y de más positivos resultados para la obra que pretenden realizar los jóvenes, en la cual la parte negativa, por mucho que valga, es menos de la mitad de lo que importa hacer, y á veces impide la verdadera labor patriótica, que necesita ser constructiva sobre la base del material que cada uno aporte.

El profesorado en el extranjero—para el cual las actuales circunstancias ofrecen una posibilidad excepcional—es un medio excelente de hacer "españolismo" fuera de España, lo cual ha de ayudar mucho á que se haga como es debido entre nosotros; y para la formación espiritual de un joven, unos cuantos años de Francia, Inglaterra, Estados Unidos, Japón (la Escuela de Lenguas extranjeras de Tokío, que necesita ahora un profesor de castellano) ú otro país cualquiera, no es ciertamente lo que menos puede habilitarlo para actuar luego con éxito en su misma patria.

Y cuenta que ese movimiento de atención y consideración hacia España, que vengo exponiendo, no es exclusivo de los países verdaderamente ex-

traños para nosotros. Por el contrario, coincide con otro análogo que causas complejas y muy distintas de las que antes apunté, están produciendo en muchas de las repúblicas hispano-americanas, y que nos brinda con posibilidades de colaboración docente, de que son buena muestra las de Costa-Rica y Colombia, en que he tenido el honor de intervenir y la suerte de proporcionar lo que se podía en cada caso. Estas coyunturas aumentan de día en día; y si sabemos responder á ellas dignamente—evitando los desengaños, que en estas materias son mortales—han de ser de extraordinario valor para la verdadera intimidad espiritual hispano-americana.

Estrecha relación con este punto tiene el de los pensionados en el extranjero, para quienes también las actuales circunstancias ofrecen una especial oportunidad con respecto á los países americanos. Si supiéramos hacer lo que en cada momento nos conviene y nos brinda la realidad, lanzaríamos ahora (quiero insistir en ese punto) todas nuestras posibilidades de pensiones hacia los Estados Unidos y las repúblicas hispano-americanas, y la juventud intelectual sería la primera en demostrar con sus peticiones, basadas en una preparación suficiente y en una visión clara de los problemas actuales, que se hace cargo del valor de la oportunidad presente. De lo que esos pensionados podrían aportar á nuestro conocimiento de los intereses económicos y espirituales en toda América y de lo que al cabo de algún tiempo significan esas misiones de estudio para el prestigio del país que las envía (con tal de que estén bien escogidas y de

que se ejerza respecto de ellas una fiscalización severa y vigilante), nada he de decir. Es bien notorio para todo el mundo.

Todas esas posibilidades coinciden también con iniciativas que comienzan á tomar diferentes colectividades españolas en el extranjero y de que he hablado en el capítulo I, apartado IV.

Por último: conviene hablar del sistema de nuestros envíos de personal docente.

Importa decir que no constituye esto una novedad reciente. Cuando se escriba la historia de las relaciones de España con las repúblicas de América, á partir del momento en que se reanudan después de la independencia, se verá seguramente (y la afirmación reposa en un cálculo lógico, sobre base de lo conocido) que no es de ahora, sino de siempre, el hecho de una comunicación intelectual importante en forma de colaboraciones personales en la enseñanza pública y privada de los nuevos Estados soberanos.

Esas colaboraciones están á menudo, en tiempos que ya podemos llamar antiguos dentro de nuestra historia contemporánea, avaloradas por nombres ilustres, casi incorporados (sin *casi* muchas veces) á la historia nacional de los respectivos países; pero, ilustres ó no, muestran una cadena no interrumpida de aportaciones de la vieja madre Patria á la obra de la formación espiritual de los pueblos jóvenes salidos de su tronco.

El hecho, por otra parte, es naturalísimo. Aun los países cuyos sistemas de enseñanza son defectuosos, ó cuya organización administrativa de esa actividad es más deficiente, dan de continuo hom-

bres aprovechables que parecen una contradicción de aquellos factores, pero que propiamente no son sino demostración de la impotencia que lo malo tiene para secar las fuentes vigorosas de la mentalidad personal y colectiva. Es este un gran consuelo para los países atrasados en tales ó cuales órdenes de la enseñanza, como es, á menudo, un desengaño de los muy adelantados (ó que por tal se tienen) comprobar la ineficacia de sus medios para obtener el resultado real, no el aparente, que persiguen.

España, pues, aun en los días en que más se la motejó de atrasada é ignorante, seguía produciendo hombres útiles para la cultura de otros países que los llamaban ó los acogían y los utilizaban hasta hacerlos suyos propios. Cuántos fueron y qué significó cada uno, cosa es, repito, que la historia dirá en su día, cuando esas cosas interesen verdaderamente y no existan ya recelos nacionalistas que las dejen en segundo término, como antes pudo ocurrir.

Pero si el hecho á que me refiero ha sido permanente, no cabe duda que su intensidad ha venido aumentándose en estos últimos tiempos. Desde hace algunos años—todo el mundo lo sabe—los llamamientos á profesores españoles de los diversos órdenes de la enseñanza (y aun de esferas docentes especialísimas, como la Milicia) menudean y se convierten en colaboraciones de cierta intensidad y sistema, cuyo porvenir parece, en algunos centros, la conversión en verdaderos intercambios.

De varias de esas formas de relaciones intelectuales he hablado antes, y también de otras de género diferente, como la señalada por la fundación en

Buenos Aires de una cátedra española (la cátedra "Menéndez y Pelayo"), que inicia un nuevo rumbo: la intervención de las colonias de emigrantes españoles en esa labor de aproximación intelectual.

Conviene advertir que á la intensidad señalada concurren juntamente los elementos oficiales y los privados: gobiernos, universidades, escuelas, asociaciones profesionales, ateneos, etc., van pidiendo á España personal docente para crear, organizar ó continuar obras de enseñanza, así como para colaborar temporalmente (cursos breves, grupos de conferencias y demás maneras análogas) en la vida y la labor intelectual de un país. La frecuencia de este hecho obliga ya á pensar en su organización, para no dejarlo á merced de las circunstancias ó de la inspiración de momento.

El intercambio de profesores hay que entregarlo, á mi juicio, exclusivamente, á las mismas Universidades que lo establezcan. Toda intervención ajena á ellas me parece *à priori* perjudicial, ciega y expuesta á molestias y disgustos. Cada centro universitario sabrá conducirse conforme á la responsabilidad que le corresponde en esos casos. La tutela en ellos es deprimente, y, en fin de cuentas, ataca la eficiencia de lo mismo que pretende dirigir. Los gobiernos, en estos casos (allá donde las Universidades no sean autónomas en el orden económico, cuando menos para la aplicación y administración de sus ingresos), deberán limitarse á facilitar medios financieros; pero no se mezclarán en lo docente, propiamente dicho, y menos que los gobiernos cualquiera entidad que no sean las mismas Universidades. Esa sí que es autonomía defendible, porque es práctica-

En cuanto al envío de maestros primarios y profesores de todo género, estoy convencido plenamente de que el peor de los sistemas es pedirlo á los gobiernos. Todo lo que sea intervención del ministerio de Instrucción pública me parece (salvando todos los respetos personales) deplorable, y los resultados lo demuestran, por lo general. Ese andamiaje de concursos, informes, alegaciones de méritos, etc., que concluye inevitablemente en que un ministro escoja una persona, es peligrosísimo, porque será siempre difícil, casi imposible, que en ello no juegue la política, la cual unas veces aconseja favorecer al correligionario y otras veces al que no lo es, para conquistar apoyos en la acera de enfrente, ó ganarse fama de tolerancia.

Y eso tiene que ser necesariamente así, porque toda intervención del Gobierno propende, quiérase ó no, á lo político, dado que el Gobierno es esencialmente *político*, y así toda la competencia *personal* de un ministro ú otro funcionario (si éste no es un técnico desligado de la política) quedará ahogada por lo característico de su función y llevará á la consecuencia referida en noventa y cinco casos por ciento.

Lo práctico es la gestión privada, dirigida á los hombres que se sabe entienden de cada cosa, poseedores de un prestigio profesional que se cuidarán bien de inutilizar ó empañar respondiendo ligeramente de quienes no merecen ser garantizados. Así, cuando se trate de un profesor de Ciencias naturales, hay que dirigirse á los hombres que en esa esfera de conocimientos tienen autoridad en España y pueden distinguir entre un sabio de libros y un

sabio de laboratorio y de observación; si el caso es de un especialista en Historia, hay que preguntar á quienes conocen las gentes orientadas en la metodología moderna, sin confundirlas con los que repiten de memoria muchos nombres, fechas y sucesos notables; si se piden profesores de Literatura, nadie aconsejará ni escogerá mejor que los educados en los métodos de Gaston Paris y Menéndez y Pelayo, capaces de apreciar la diferencia que hay entre un filólogo á la moderna y un simple gramático á la antigua, ó entre un hilvanador de datos eruditos y un constructor de historia literaria al modo, verbigracia, de Menéndez Pidal y Farinelli, etc., etc.

Proceder de otro modo es exponerse á grandes desengaños y dar pie nosotros á grandes censuras. Por eso, ahora que es tiempo aún, conviene sistematizar y organizar con toda esa corriente tan favorable para España, escogiendo los procedimientos más conducentes á un buen resultado. La comparación entre los varios usados hasta ahora y sus respectivas consecuencias, será buena piedra de toque para no malograr el esfuerzo de todos.

CAPITULO IV

EL IDIOMA

Con motivo de la discusión del Mensaje, se ha debatido varias veces en el Senado y en el Congreso la cuestión del castellano y el catalán. En conjunto nada nuevo se ha dicho, y aun añadiré que, á mi juicio, ni los catalanistas ni sus contrarios han acertado á plantear la cuestión desde los dos únicos puntos de vista según los cuales merece debatirse. Si algún orador ha dicho *algo* de lo que luego explicaré, ha sido, no como argumento ó consideración principal de su discurso, sino incidentalmente y, por tanto, sin el relieve necesario para que hacia ello se enfocasen las miradas de los que ven en el idioma algo más que una plataforma con que atacar á los gobiernos, contestar á esos ataques con un puro fin político ó entusiasmar á las muchedumbres en quienes el resorte sentimental suele ser más fuerte que el intelectual.

Comienzo por hacer observar que si se hubiese estimado la cuestión desde los dos puntos de vista aludidos, y que luego diré en qué consisten, no se

hubiera perdido ni dos minutos en discutir si el catalán es lengua ó dialecto. Siempre he creído que es lengua, y no veo posible negarlo en buena doctrina filológica y por poco que se sepa cómo se formaron los modernos idiomas europeos. Pero eso no importa nada para lo que ahora preocupa á catalanes y no catalanes. Idioma ó dialecto, lo tienen como cosa propia y distintiva algunos miles de españoles, quienes lo usan en su conversación diaria, en su correspondencia y en muchas de sus publicaciones, y es, con esto, un *hecho social* que trae su fuerza del número de personas que contribuyen á realizarlo y del amor con que lo realizan. Suponiendo que filológicamente fuese *dialecto*, aquel hecho lo hubiese elevado socialmente á la categoría de *idioma*, que es de esperar se salve incluso de los empeños con que los arcaísmos y neologismos de algunos eruditos parecen aspirar á que los mismos catalanes no entiendan el catalán *nuevo* que se les quiere imponer.

Pero repito que no es eso lo que importa. Tampoco el punto de vista sentimental que muchos oradores han aducido, ya en pro del catalán, ya en pro del castellano. ¿Quién puede discutir el amor que cada cual tiene al habla que aprendió en su niñez ó á la que usa corrientemente en su virilidad? Y menos aún, ¿quién puede pretender que ese amor desaparezca por virtud de disposiciones legislativas, ni que el Estado, en cualquiera de sus organismos (desde el Consejo de Ministros al Ayuntamiento más modesto, que todo es Estado español), tenga derecho á imponer á sus ciudadanos el abandono de cosa que halaga las más íntimas fibras del espí-

ritu y canta en ellas una de las poesías más hermosas y espontáneas de la vida del hombre?

Soy hijo de una provincia bilingüe y en mi casa paterna se habló juntamente castellano y valenciano. Igual amor tengo á uno y otro decir, y aunque sea el castellano el que continuamente uso en mi vida profesional, literaria y doméstica, siempre que vuelvo á mi tierra nativa ó me encuentro con un comprovinciano, experimento un elevado placer espiritual en hablar el idioma regional, que evoca en mí recuerdos adorables y es el símbolo del trozo de España en que granó mi niñez y comenzó á desvelárseme el espectáculo del mundo.

Pero todo esto, que tiene un valor sentimental enorme, digno de todo respeto y de todo cultivo, no tiene apenas cotización en la vida práctica, en el orden de relaciones en que se mueven nuestros intereses, nuestra representación social y nuestras vinculaciones universales. Es algo lírico y amable á que se acude como á la evocación de todos los recuerdos gratos de nuestra juventud: nuestros primeros amores, nuestras amistades infantiles, nuestros juegos, nuestros triunfos de colegial, sabiendo que todo ello es *historia pasada*, sin acción sobre la presente cuyo ritmo y orientación no tenemos derecho á detener un punto con el peso romántico de lo que ya tiene su función estética en la intimidad de nuestro espíritu.

La realidad nos llama, por el contrario, á otro campo. Ella nos dice que la Historia ha forjado una unidad nacional y política cuya vida espiritual se expresa mediante otro idioma que el que hablamos con nuestros amigos de la infancia y nuestros la-

bradores regionales, y que aquel idioma es nuestra representación internacional y nuestro lazo de inteligencia con millones de hombres. Pudo haber sido otro de los que durante la Edad Media se hablaron en España. Sentimentalmente, nos hubiera alegrado quizás que fuese el de nuestro rincón. Pero no fué ése, y los siglos han ido ratificando y ensanchando el dominio del otro, como en casi todas las naciones de Europa se ha impuesto *uno* de los muchos que trajeron los diferentes grupos humanos invasores, ó que formaron las gentes en el período de transformación de la Edad Media.

Ese idioma triunfador por obra de la Historia (que se impone á la voluntad de los hombres, por lo mismo que contribuyen á realizarla todos y no se mueve al arbitrio de un solo grupo, aunque así lo crea, á veces, el orgullo humano), ha sido el que ha creado nuestra personalidad en el mundo y el que constituye nuestra bandera ideal frente á otros idiomas que significan civilizaciones, aspiraciones y sentidos de vida distintos, quizás también, latentemente, peligros y amenazas para nuestra representación en la obra humana universal.

Ese idioma, expresivo de nuestra unidad nacional, apellido único con que el mundo nos conoce, nos estudia y nos cotiza, está amenazado por la concurrencia de otros en campos de encuentros étnicos que ya van marcando una epopeya secular. Esgrimiéndolo como arma poderosa de comunicación y penetración, extendemos ó procuramos extender nuestra influencia ideal, nuestra colaboración civilizadora y nuestras relaciones comerciales. ¿No es, por tanto, ir *contra nuestros intereses* querer

debilitar esa fuerza, empeñarse en disminuir el número de hombres que la pueden utilizar, ó crear dificultades en el camino de los que deseen entenderse con nosotros, al imponerles que para ello aprendan, no uno, sino dos ó más idiomas? ¿No han de ser forzosamente las regiones que esto procuren las primeras en sentir los efectos de esa nueva barrera de ese aislamiento inevitable que supone el uso de un distinto medio de comunicación verbal? Y todo esto, en fin, ¿no es claro que tiende á disminuir nuestras posibilidades de relación y de influjo en el mundo y la impresión de fuerza que emana de lo que se muestra en la lucha internacional como un todo unido y robusto?

Los españoles que viven en América pueden contestar á esto aún mejor que los que viven en España. Ellos, que ven de cerca uno de los aspectos más graves del problema del idioma, y que están alejados de la lucha política que aquí, como en todas partes, envenena los corazones y enturbia las inteligencias de unos y de otros, podían decir, á quienes descuidan esos elementos de juicio, lo que al comenzar estos renglones anunciaba yo como su fundamento principal, esto es: que los dos puntos de vista únicos desde los cuales un pueblo de sentido práctico y de conciencia de su responsabilidad exterior puede discutir la cuestión del idioma *nacional* y de los idiomas *regionales*, son el de su acción internacional y el de sus conveniencias económicas y espirituales. Para una cosa y otra hay que emplear el instrumento más fuerte, más fácil para penetrar en las filas ajenas y más representativo, y procurar ahincadamente que no se debilite ni se acorte su uso

entre todos los hombres nacidos en tierra española ó de ella derivados. Esto y no otra cosa es lo *que nos conviene.*

Y ello no se opone al cultivo amoroso de los idiomas regionales en la sagrada intimidad de la vida familiar y privada y en el campo glorioso de la Literatura, que halla irresistible impulso y calor de inspiración para las grandes creaciones en el empleo del habla materna, por sí sola poesía y arte para quien la escucha con el corazón; pero que no puede, no podrá jamás destruir la barrera que á su difusión y reconocimiento por los demás hombres opone, irremisiblemente, la reducida área en que viven los idiomas que no son patrimonio de pueblos numerosos y de dilatada progenie. Esto es una melancólica verdad para muchos; pero es una verdad expresiva de un hecho contra el que es inútil toda oposición. Y es hora ya de que, pensando en nuestros destinos, vivamos con la verdad (por mucho que nos amargue sentimentalmente) y no con la fantasía.

CAPÍTULO V

LOS SIETE COMPETIDORES

Cada país, si no está adormecido por una vanidad suicida que le haga ver resueltos todos sus problemas y sin mácula todas sus cualidades, tiende á exagerar los propios defectos y sus peligros, por natural reacción del instinto de vida que le lleva á cargar todo el empuje sobre la remoción de los obstáculos que advierte. Pero si esto debe conducirnos en todo caso—salvo comprobación concreta en cada uno—á disminuir una parte de las quejas del prójimo y de sus pesimismos, no cabe desconocer que hay siempre en el fondo de aquéllas un motivo real que las produjo, y que ese motivo (especialmente en los momentos de sinceridad á que conducen las grandes crisis) puede revelarnos algo interesante respecto de la psicología de nuestros amigos y enemigos.

Por otro lado, es elemental la observación de que nadie se conoce suficientemente hasta que no se compara con otros, porque la estimación aislada de condiciones positivas y negativas se traduce siem-

pre en la creencia de que son únicas, es decir, que ningún otro sujeto las posee, constituyendo, para quien las contempla en sí, venturas ó desventuras exclusivas y excepcionales.

Uno y otro orden de consideraciones nos llevan, pues, á mirar de vez en cuando la casa del vecino. Es seguro que siempre encontraremos en ello alguna enseñanza.

Tal ocurre ahora con un interesante artículo no hace mucho publicado en uno de los más importantes periódicos de California, *The San Francisco Examiner*. El artículo se titula "Los siete competidores", título que remeda la conocida tesis de *Los siete peligros*, de Herbert Quick, en su libro *On Board the Good Ship Earth*.

El articulista se refiere, naturalmente, á los Estados Unidos. Esos *siete* son los competidores de la república norteamericana. Entiéndase bien: competidores en el orden económico, pues el articulista empieza por declarar con toda precisión su punto de vista en los siguientes párrafos: "Una gran nación como la nuestra es un gran negocio. Su tarea consiste en triunfar; tratar bien á sus empleados, esto es, á los ciudadanos que trabajan; desarrollar en el interior la economía y la eficiencia; estudiar y preparar la hegemonía en la competencia exterior.

"Cuando termine la guerra, con Europa *prácticamente en quiebra* y los Estados Unidos *en igual peligrosa condición*, merced á una prosperidad inmerecida, injusta y desacertada, será precisa toda la inteligencia de los hombres trabajadores de esta tierra, y especialmente toda la habilidad le-

gislativa que la nación puede aportar en servicio propio."

Para conseguir el resultado que con esto se busca, los Estados Unidos han de contar con los obstáculos que significan los siete competidores, á saber: musulmanes, hispano-portugueses, rusos, indos, negros, amarillos y blancos. Es de suponer que con esta clasificación el articulista no pretende arrojar del grupo de las razas blancas (ó como se decía antes, indo-europeas) á los españoles y á los portugueses, mejor dicho, á los hispano-portugueses de América. De todos modos, la separación es curiosa.

Con toda exactitud el autor entiende que no son siempre competidores los que trabajan en un mismo producto. La extensión y amplitud de las necesidades humanas permiten que sean proveedores de ellas, á la vez, diversos productores. El campo es de suficiente anchura para que muchos puedan vivir sin dañarse; y esta es cosa que debieran tener presente en todo momento los que no creen ó desesperan de las "posibilidades económicas" de España (1).

La competencia es tan sólo peligrosa, como dice el articulista, cuando existe una diferencia radical ó extrema en los métodos de producción y en el coste de la obra.

Un lavadero francés y otro irlandés—añade á título de ejemplo—pueden vivir en un mismo punto sin dañarse; pero un lavadero chino hará sur-

---

(1) Véase el cap. III.

gir la verdadera competencia y concluirá por excluir á los otros dos.

Sólo de esa competencia se preocupa el articulista, naturalmente; y en relación con ella estudia las condiciones de los siete enemigos posibles.

No nos importa ahora recoger lo que dice de los musulmanes, de los rusos, de los indos, de los negros y de los amarillos; pero sí, y mucho, lo que escribe acerca de los americanos no *yankis* y de esos *blancos* de quienes los separa.

El párrafo relativo á los hispano-portugueses conviene darlo á conocer con todo pormenor.

«Los hombres de sangre española y portuguesa —dice—comparten con nosotros el dominio del hemisferio occidental. Su antipatía hacia nosotros se basa en algunas buenas razones, y en otras que no lo son tanto. Los hispano-portugueses poseen la totalidad de este Continente occidental, desde Río Grande al Polo Sur, excepto nuestra pequeña tira de Panamá—la tira civilizada, si cabe decir esto modestamente—. Poseen, por tanto, nueve millones de millas cuadradas de tierra americana... Es probable que posean igualmente, ó lo menos, tres cuartas partes de la riqueza del hemisferio occidental, la mayoría de ella inexplotada.

„Las grandes condiciones que tienen para la lucha las razas hispano-portuguesas... por ninguna otra son igualadas. Loca y desdeñosamente hemos pasado por alto este hecho en los Estados Unidos. La fecundidad de la raza es enorme, y eso juega gran papel en la cuestión de la competencia nacional. No obstante, si los Estados Unidos quieren asegurarse con sensata precaución, como corres-

ponde á un hombre de negocios, no deben preocuparse demasiado de la competencia hispano-portuguesa. Estas gentes son buenos luchadores; pero su energía la emplean en combatirse á sí propios. Si Nueva Jersey tuviese cada dos años una guerra con Conneticut, ni Nueva Jersey ni Conneticut podrían causar mucho daño á Illinois, por ejemplo.

„La extraordinaria proporción de natalidad puede llenar los nueve millones de millas cuadradas de territorio americano y atemorizarnos con esto; pero de cada cien niños nacidos entre los *infelices, ignorantes y supersticiosos* hispano-portugueses, mueren cincuenta. En algunos puntos muere el 70 por 100. Con esos padres que se matan unos á otros, y las medio desfallecidas, ignorantes, desdichadas madres que contemplan cómo mueren sus hijos, todo lo que necesitamos es una buena flota y sentido común para dominar esa competencia."

Excuso comentarios á ese párrafo, que empieza con elogios subidos y termina con menosprecios tranquilizadores á juicio del articulista. Yo bien sé que esa opinión no es *toda* la opinión de los Estados Unidos respecto de los pueblos americanos de origen español y portugués, ni respecto de nosotros mismos, los españoles peninsulares; pero sí es opinión compartida por muchos en la gran República, y haríamos muy mal, ahí y aquí, en desconocerla y en no computarla para nuestras pasiones y nuestra política.

Pero si el articulista de *The San Francisco Examiner* no ve peligro en el competidor número dos, lo encuentra, y gravísimo, en el número siete. Oigámosle.

"El gran peligro blanco está aquí en nuestra misma casa. Es el peligro de una arrogancia nacional y una loca indiferencia. El peligro próximo está en la competencia extraña: la maravillosa eficiencia de Alemania, la consistencia y la astucia diplomática de Inglaterra y el intenso patriotismo de Francia... Para prevalecer contra el mundo exterior, nosotros necesitamos protección, muchísima protección durante muchos años. Aun con esto, no lograremos nuestra porción en el mundo de los negocios mientras no aprendamos á criticarnos á nosotros mismos y á vencer el gran peligro blanco: la arrogancia nacional y el amor propio."

El articulista enumera á continuación algunos de los defectos capitales que observa en su país y que contrastan con las censuras que de él salen contra la barbarie turca, y con la arrogancia democrática que contradicen hechos sociales de gran relieve; y concluye diciendo:

"Nuestro peligro real es el peligro blanco y se llama: La extravagancia americana; la presunción americana; la ineficiencia americana; la incapacidad americana para vencer la competencia extranjera y el peligro del ataque exterior."

Como se ve, no hice mal en escribir el párrafo primero de este capítulo. El redactor ó colaborador de *The San Francisco Examiner* es evidentemente un patriota pesimista en fuerza de patriotismo, y no le vamos á creer, por tanto, de buenas á primeras todo lo que dice. Pero á quienes estudien serenamente el problema de las competencias ó de las colaboraciones económicas presentes y futuras, esas quejas de un norteamericano no pueden ser

indiferentes y, á reserva de comprobar hasta dónde responden á hechos reales, deben tenerlas en cuenta.

Las considero útil epílogo de todo lo consignado en los capítulos anteriores.

SEGUNDA PARTE

LO QUE ES ESPAÑA

CAPÍTULO PRIMERO

EL ESPAÑOL FUERA DE ESPAÑA

Al comenzar la segunda parte de este libro, que en mucho se dirige á los lectores extranjeros y singularmente á los hispano-americanos, creo muy conveniente decir cuál será el criterio fundamental que en ella me guíe. Esa conveniencia estriba, ante todo, en el hecho de que esta parte va á referirse, como ya indiqué en las páginas preliminares, á condiciones presentes de la vida española y á obras de hombres españoles, y eso es siempre un motivo de preocupación para propios y extraños. Recelan unos vanidad y optimismo sin fundamento; otros pesimismo, ó, cuando menos, repetición de las luchas que aquí nos dividen y nos conducen á despreciar lo que estimamos contrario á nuestros especiales intereses é ideas, si no es que maldecimos de ello. No somos, por cierto, en este punto, diferentes de los otros pueblos. Cuanto más viva es la efervescencia ideal, más violenta es la lucha y más enconada en todas partes, sin que debamos quejarnos de que así sea, porque cuando esa lucha se hace

con lealtad, antes puede estimarse como signo de vida y adelantamiento que de disolución y ruina. Lo peculiar nuestro consiste en otra cosa: en ventilar nuestras diferencias y aun nuestros odios (compadezco á los capaces de sentir odios) en todo escenario que se nos ofrece, sin pensar en el daño que hacemos á nuestra patria y en las armas que proporcionamos á quienes quisieran hallar en todos nuestros actos motivos de censura ó de menosprecio. Y como yo soy enemigo declarado de esa peculiaridad, quiero definir bien mi actitud para que desde luego sepan mis lectores á qué atenerse.

Ese prurito indiscreto á que aludo no es más que una expresión irreprimible de dos defectos españoles, uno actual, y, á mi juicio, pasajero; el otro, ya cargado de años y aun de siglos, y no sé si corregible. El primero es nuestra tendencia á encontrar malo todo lo propio, ó, por lo menos, inferior á lo extraño, y eso, en todos los órdenes de la vida; manifestación de nuestro pesimismo y desconfianza en lo que hacemos hoy, en lo que podremos hacer mañana y aun en lo que hicimos antes de ahora. De este particular he hablado diferentes veces; y como, por otra parte, es tópico vulgar que todo el mundo repite, incluso citando aquel verso de Bartrina que rueda de boca en boca (sin que haya muchas capaces de recitar la poesía entera), me limito á señalarlo. Creo además que en este punto vamos corrigiéndonos bastante, sin dar en las rodomontadas que nos achacaran en otro tiempo quienes eran entonces nuestros enemigos y competidores en la política europea, condición que basta para recelar de parcialidad: pero como así y todo aún quedan mu-

chos jeremías que insisten en ser para su propio país el reverso de la medalla del célebre doctor Panglos, hay que tener en cuenta esa debilidad perniciosa.

El otro defecto emana del personalismo de nuestras luchas, del individualismo hosco en que aún nos aislamos las más de las veces unos de otros, sin acordarnos de que todos somos españoles y, queramos ó no, colaboradores en la misma obra nacional que nos empuja y nos aprovecha conjuntamente á todos. Ese personalismo y ese individualismo (que es frecuentísimo, pero no general, puesto que á menudo lo contradicen admirables ejemplos de tolerancia y de cooperación) son los padres de la envidia, que constituye uno de nuestros pecados endémicos, menos grave, no obstante, que otros que se achacan á diversos pueblos de Europa. Y todos tres, los padres y la hija, son, en quienes los padecen (muchos todavía, por desgracia), más poderosos que el patriotismo, más que el amor á las ideas en que se comulga y porque se lucha, más que el interés de la escuela, partido ó comunidad á que cada cual pertenece. Así se ve con cuánta frecuencia los ataques que de esas lacerias del espíritu emanan, caen sobre los "correligionarios" con más dureza aún que sobre los que no lo son (quizás porque éstos hacen ó pueden hacer menos "sombra"), si es que no se hermanan con benevolencias absolutamente injustificadas para con los enemigos; que también eso ocurre.

Sería preciso conocer muy á fondo la psicología viva de todos los pueblos civilizados, ó de muchos de ellos, para decir si esto que acabo de declarar

en punto al mío existe ó no, también, en los otros. Es posible que sea un defecto humano, es decir, de todos los hombres ó de una mayoría de ellos, más y más perceptible á medida que se penetra en las intimidades de la vida de cada grupo. Por lo menos, autorizan á pensarlo así las cosas que oye uno de vez en cuando á gentes de otros países respecto de compatriotas suyos, y las intriguillas que en todas partes es fácil sorprender á poco que se observe cada profesión, clase, partido, etc. Pero lo que me parece indudable es que nosotros lo sacamos más al exterior y lo voceamos con más ímpetu, de modo que lo hacemos más visible á los ojos de todo el que observa nuestra vida nacional; y que por muchas que sean las violencias de sus luchas interiores, todos los pueblos, menos nosotros, se guardan mucho de hablar mal de sí mismos, ni de sus hombres útiles, en cuanto traspasan las fronteras. Para ellos, el compatriota es tan sagrado como la Patria frente al auditorio extraño, porque saben bien que todo ataque, lo mismo si se dirige á un individuo que á la colectividad, es una parte de prestigio que se pierde ante el juicio ajeno, naturalmente propenso á exagerar las cosas ó, por lo menos, á ponerlas sin discusión bajo el imperio de la conocida sentencia: "Á confesión de parte, relevación de prueba."

Nosotros, por el contrario, parece que nos complacemos en denigrar lo propio, colectivo ó individual, ante los extraños. Vaciamos en los oídos ajenos, sin pensar en los resultados de nuestra intemperancia, todo el saco de nuestras desilusiones, de nuestros rencores, de nuestras antipatías, de nues-

tras venganzas ó simplemente de nuestro descreimiento en el valor de la obra española, como no sea la personal y la de algún pariente ó amigo de momento; y en seguida nos quejamos de que no nos estiman más allá de las fronteras, de que no creen que valgamos para maldita la cosa, y protestamos en nombre de nuestro "patriotismo".

Antes de pasar adelante diré que, por la fuerza de la costumbre, he venido hablando en plural de estas cosas; pero el plural, en este caso, es una inexactitud. Precisamente en lo que quiero venir á parar es en que mi criterio difiere por completo de ese que he descripto y que censuro, y, por tanto, que el "nos" no me coge ni en lo más mínimo. Pocas cosas me causan más tristeza que la lectura de buen número de colaboraciones españolas en periódicos extranjeros, ó que se publican en el extranjero, y que invariablemente contienen la censura de un hombre ó de una obra española, la confesión de un pesimismo respecto de nuestro presente, la lamentación de algo que se considera como defecto único ó exclusivo de nuestro pueblo, ó la aquiescencia á cualquier juicio desfavorable de nosotros, á cualquier desprestigiada leyenda calumniosa de nuestro pasado. Lo grave es pensar que tal vez muchos de los que así escriben se consideran como muy patriotas, y acusan á los demás de poco patriotismo, y quizás son sinceros al hablar así; pero se equivocan completamente. El patriotismo, ni se prueba, ni gana lo más mínimo con vocear en la casa ajena los defectos reales ó ilusorios de la propia. Se prueba y sirve al fin que lo guía, corrigiendo sin bulla ni escándalo esos defectos (cuando verdade-

ramente se comprueban) dentro de casa, y contribuyendo con obra positiva al mejoramiento de todos los órdenes de la actividad nacional. De afuera no han de venir á mejorarnos desinteresadamente, ni sería posible de ningún modo si nosotros no pusiéramos en ello nuestra mejor voluntad en vez de gastar nuestras fuerzas en lamentaciones ó en lanzadas contra lo que personalmente nos estorba en el suelo patrio, cosas ú hombres. Por el contrario, no hay más eficaz obra de antipatriotismo, ni daño mayor para el prestigio del país á que se pertenece, que el que deriva de censurar un día y otro, ante pueblos extraños, lo que de la Patria procede, ó mostrar al desnudo nuestras luchas pequeñas y nuestros personalismos, que á veces dan el curioso espectáculo de echar por los suelos hoy lo que hace pocos días se ensalzó como meritísimo. Quien eso hace, si procede de buena fe, es un equivocado digno de lástima y de advertencia; y si procede de mala fe, merece ser arrojado de la comunidad ciudadana de sus compatriotas, sin derecho á invocar el sagrado nombre de España.

Tengo la tranquilidad de conciencia de haber hecho todo lo contrario en todas las ocasiones—y han sido y siguen siendo muchas—, en que han podido oirme ó leerme públicos no españoles. Lo mismo haré aquí; y si en este primer capítulo ha sido forzoso referirme á defectos de nuestra psicología, adviértase que era inexcusable y que he tenido buen cuidado de decir que ni son de todos los españoles, ni exclusivos de nuestro pueblo.

Esa conducta mía obedece, no solamente á la seguridad que tengo del daño que produciría á mi

patria procediendo de otro modo (siendo, por tanto, de hecho, aunque me guiase la mejor intención, traidor á ella), sino también porque creo que lo exige el más elemental deber de relación con los demás hombres. ¿Qué servicio se presta á la Humanidad haciéndole creer que un grupo de ella no sirve poco ni mucho para la obra común de la civilización, ó restándole todos los días la confianza en un hombre de ciencia, en un artista, en un literato, cuya obra estimaba aprovechable ó lo es verdaderamente, aunque no sea aún conocida? Por el contrario, la afirmación y la explicación de lo que cada pueblo tiene de útil para la cooperación humana (¿y cuál es el que no tiene algo y aun algos?), la revelación de sus esfuerzos por valer más cada día, el recuento de sus aportaciones al acervo común de la Ciencia, el Arte, la Economía, el Derecho, etcétera, son otros tantos acrecentamientos de la riqueza general humana y otros tantos estímulos y motivos de ánimo y de esperanza para todos.

Eso es lo que hay que decir á las gentes, como oferta positiva que cada país hace á los demás, para que utilicen sus creaciones como él utiliza las de los otros; y si se hace sin espíritu de orgullo, con la serena sencillez del que expone lo que tiene sabiendo que aún le queda mucho por dar y, desde luego, mucho que aprender de los otros, ¿quién censurará ese patriotismo, ni quién podrá quitar valor á lo bueno realizado porque también haya en aquel pueblo defectos y lacerias, como en todos los hay? Y nada quiero decir del soplo de optimismo que eso arroja sobre los españoles que en país ajeno, desconocedores quizás de muchas de las me-

joras alcanzadas por su país, desesperan á menudo de él porque sólo les han mostrado lo que le falta ó lo que le afea. Y como la vida se mueve por la fe en el esfuerzo propio y por el entusiasmo que ella da para la acción, excuso explicar la obra de patriotismo que así puede hacerse.

En lo que yo pueda seguiré haciéndola mientras viva.

CAPÍTULO II

ESPAÑA NUEVA Y ESPAÑA VIEJA

No todos los que hablan mal de España ó dudan de ella (de su valer como nación, de sus aportaciones á la cultura y al trabajo, de la importancia humana de sus hechos históricos) son enemigos nuestros, satélites apasionados de la secular hispanofobia cuyo proceso estudiaron Morel Fatio, Menéndez y Pelayo, Farinelli, yo mismo, antes de que la vulgarizara un librito reciente de Julián Juderías, muy útil en aquel sentido, pero forzosamente incompleto (1). No; muchos de esos hombres á quienes aludo, en vez de sectarios son también víctimas del hispanofobismo, que sembró el mundo de leyendas y prevenciones contra España, en tan grande cantidad (y á veces, con el cándido asentimiento de muchos españoles), que será labor de muchos años y de mucho esfuerzo desvanecerlas y reducir los

(1) El Sr. Juderías parece ignorar algunos de esos precedentes de su libro, puesto que no los cita ni una sola vez.

hechos á su verdadero valor. Por ser así como digo, no pocos de los que repiten conceptos contrarios á España pueden fácilmente ser convertidos al verdadero punto de vista. Carecen de mala intención ó de sentimientos apasionados; son sus errores pura consecuencia de errores recibidos sin recelo, y ceden pronto ante la demostración contraria. De ahí que cada día aumenten más las rectificaciones favorables á nuestro país.

Pero aún queda un tópico común, en el cual se detienen muchos de los que modifican su anterior posición antiespañola, y también muchos de los que sinceramente quieren creer en nosotros y por sí mismos rechazan las prevenciones antiguas. Ese tópico corresponde á una nueva posición hábilmente tomada por los verdaderos hispanófobos para disimular la pérdida de la antigua, que lo negaba todo, y para atraer á las gentes con la apariencia de una ecuanimidad fingida, de un término medio grato á las inteligencias ponderadas que huyen de la exageración.

Consiste ese tópico en conceder la existencia de una "España nueva", con la que se puede entender la civilización actual; una España regenerada y regeneradora que va abriéndose paso en la vida nacional, que está dotada de todos los ideales y de todas las energías de los tiempos modernos, y que lucha valientemente por sustituir á la "España vieja", respecto de la cual continúan siendo exactos todos los juicios de la hispanofobia. Esa España vieja es para muchos *toda nuestra historia* hasta el momento presente.

Según esa distinción, España cuenta ahora con

hombres ilustres á la altura de las exigencias modernas en todas las disciplinas, ó en buena parte de las cultivadas; con inventores, con sabios, con espíritus liberales y transigentes, con literatos, con artistas, con educadores, etc., que participan de la obra universal de la Ciencia y el Arte, y á ella contribuyen con aportaciones propias. Hay incluso (dentro de esa distinción), progreso industrial y agrícola, renacimiento económico, grandes mejoras en la urbanización, originalidades dignas de todo elogio (y aun presentables como modelos) en la legislación, en las costumbres y en los organismos sociales; pero todo eso es nuevo, es de hoy y contrasta fuertemente con nuestra inutilidad absoluta en los tiempos anteriores. Antes de la segunda mitad de siglo XIX, España (la España vieja) no ha hecho nada útil, no ha tenido un solo hombre incorporable á la cicilización del mundo, no ha producido literatura, ni arte, ni derecho, ni ciencia, ni energía, ni nada. Todo lo antiguo nuestro hay que borrarlo y olvidarlo; es lo mejor que pueden hacer los amantes de la "España nueva" en obsequio de ésta. Rómpase con toda nuestra historia como con cosa inútil y, más que inútil, perjudicial; arrójese lejos ese peso muerto de los siglos infecundos y volvamos los ojos hacia esa otra España que, si todo lo dicho fuera exacto, ya no sería España, sino algo diferente de todo lo que España fué hasta ahora, y sin enlace ni trabazón con ello.

Obsérvese que este juicio es, ni más ni menos, el del célebre M. Masson, á fines del siglo XVIII, es decir, el de la más genuina hispanofobia originada por el más perfecto desconocimiento de nuestro pa-

sado, muy corriente entonces, y por una prevención apasionada hacia todo lo español. Para los que así piensan, ó los que aceptan sin rectificar lo más mínimo esta sentencia contra nuestro pasado, repetida hoy como si fuera una novedad, han pasado inadvertidas las vindicaciones de nuestra ciencia, de nuestro arte, de nuestras instituciones, de nuestra colonización, de nuestro derecho, de nuestra cultura general, hecha por escritores españoles y también, en gran parte, por escritores extranjeros.

La acusación, en lo relativo al orden intelectual, la ha refrendado recientemente un libro publicado por la Universidad de Cambridge, y aquí la ha esgrimido para sus fines particulares, sin discutirla poco ni mucho, un profesor español que se cuenta á sí mismo entre los regeneradores. Cito el hecho sólo para demostrar lo fácil que es caer en este engaño, por lo metidos en el espíritu que tienen todavía las gentes (los españoles inclusive, y si se las echan de "hombres modernos", más aún, en la mayoría de los casos), los errores y prejuicios tradicionales y el pueril recelo que muchos tienen de ser confundidos con los *ignorantes* y los *intransigentes* de otros tiempos, si conceden la cosa más mínima á la "España vieja".

Pero en todo eso hay una equivocación profundísima. Á quienes se emperran en ella por pasión que rehuye oir la voz de la verdad, ó porque, sabiendo que se equivocan, persisten fríamente en repetir errores que sirven para la ejecución de un plan necesitado de tales medios, sería inútil tratar de convencerles. Pero á los muchos que de buena

fe afirman eso mismo, hay el deber de llamarles la atención, en la seguridad de que sabrán oirnos con benevolencia y se prestarán sinceramente á la comprobación de los hechos.

No voy á repetir ahora lo que con todo pormenor he dicho en libros como la *Psicología del pueblo español*, y en artículos y conferencias como los del *Times* (suplemento español de Junio de 1914), el Congreso de Expansión Comercial (Barcelona, 1914), el Congreso Histórico de California (1915), etc. (1). Bastará referirme á esas demostraciones eruditas y exponer las conclusiones á que autorizan ellas y toda la literatura moderna de historia española, á saber: que en la España de hoy y en la España de ayer, en la España *nueva* y en la España *vieja* hay de todo: bueno y malo. Ninguna de las dos tiene la exclusiva de una de esas condiciones.

Naturalmente, hallamos muchas más cosas conformes á nuestros intereses y á nuestras necesidades en lo de hoy que en lo de ayer, porque las formas del vivir y del pensar son temporales, varían á compás de las circunstancias y se amoldan de cada vez á lo que son y quieren los hombres; pero eso mismo nos exige juzgar cada tiempo dentro de sus propias condiciones, y no según las que nosotros actualmente exigimos al nuestro y sería inútil que pidiéramos al pasado. Ninguna nación de las que hoy viven ha sido en épocas anteriores como hoy es, y,

(1) El mismo propósito tuvieron mis conferencias en la Universidad de Burdeos (1909), en la Columbia, de Nueva York (1912), en la John Hopkins, de Baltimore (1912), y otras semejantes. Véase la bibliografía que se se cita en el cap. IV de esta 2.ª parte.

por tanto, sus criterios de juicio son forzosamente diferentes para los distintos momentos históricos; y como todas ellas fueron víctimas y ejecutoras juntamente de actos de fanatismo, de intolerancia, de arbitrariedad, de explotación del débil, de absolutismo en el mando, de deslealtad en lo prometido, de injusticia social, de ignorancia y de error en el conocimiento, y en corregir todas esas cosas (algunas aún no se han corregido *en ninguna parte*, ó, cuando menos, para todos los órdenes de vida) ha consistido su progreso y su transformación, ninguna puede echar nada en cara á las otras respecto de *su pasado*, porque todas tienen el tejado de vidrio. La España vieja, pues, ofrece, para nuestra manera de pensar (no tanto para la de sus contemporáneos, en cada momento de ella) muchas cosas censurables y que, sin duda, preferiríamos todos que no hubiesen ocurrido; pero igual sucede en las demás naciones. En lo malo, todo el pasado de Europa (y de América) es, poco más ó menos, lo mismo, y aun cabe decir, con todo rigor histórico, que fué algo menos malo en España que en otras naciones, verbigracia, Alemania, Rusia.

Vengamos á lo bueno. Queda establecido que el criterio de bondad es relativo á la manera de pensar y de realizar las cosas en cada tiempo. Ahora bien: cualesquiera que sean hoy nuestras ideas y nuestras aspiraciones en materias científicas, literarias, artísticas, de Derecho, de organización social, de vida económica, etc., ¿puede dudar nadie ya que España hizo en los siglos pretéritos *y según el ideal que en ellos tenían los hombres*, tanto (y en algunas cosas más) como las otras naciones hacían contem-

poráneamente? No; y la satisfacción (á veces también la admiración) que legítimamente sentimos los españoles, aun los más *modernos* y radicales, por muchas manifestaciones de nuestra civilización en anteriores siglos, está refrendada por la de toda la opinión culta extranjera, que á menudo se ha anticipado á nosotros y nos ha descubierto cosas que hoy, por un mal entendido modernismo, despreciábamos. No es de nosotros, sino de todo el mundo, la admiración al *Quijote*, al Romancero, á la novela picaresca, á buena parte de nuestro teatro, á Velázquez, al Greco, á Zurbarán, á Berruguete, á los rejeros ojivales y del Renacimiento, á Vitoria, á Suárez, á Mariana, á Vives, á muchísimos más hechos y hombres que son tan de la España vieja como Torquemada, Felipe II, en cierta parte de su política, la Inquisición (que también tuvieron otros pueblos) y demás cosas que quisiéramos ver borradas de nuestra historia, pero que sería un error considerar como lo único hecho entonces por España.

En ese error, juntamente con el de creer que las ideas y los procedimientos que hoy censuramos y de que la Humanidad ha procurado corregirse á medida que se civilizaba más y más, fueron *exclusivos* de España (siendo así que de ellos participaron *todas* las naciones del mundo), está la injusticia de la distinción que se quiere hacer entre la España vieja y la España nueva, suponiendo que en aquélla todo es odioso ó inútil, sencillamente porque sólo se ve una parte de ello, la que nuestro moderno sentir rechaza y los pueblos todos desearían borrar de su historia.

Pero en el fondo de todo esto hay cierto equívoco que he de señalar antes de poner fin á estas consideraciones. El equívoco está en el sentido de la palabra *viejo*. No todo lo antiguo es *viejo*, y hay mucho *viejo* en lo *moderno*. Lo insensato es empeñarse en que siga viviendo lo *viejo*, en perpetuar errores que ya son vistos como tales por los hombres de hoy, en mantener formas viciosas ó deficientes del vivir. Pero tan insensato como eso es rechazar todo lo pasado, confundiendo especies y creyendo que nada hay de útil en lo que una nación hizo antes de ahora. La España *vieja* no es la del siglo XVI, verbigracia, sino la que quisieran algunos españoles que hoy fuese, *en todo*, como en el siglo XVI. La España *nueva* es la que queriendo, cada día más, vivir las formas nuevas y el espíritu moderno, sabe que puede utilizar con provecho muchas de las creaciones de su actividad colectiva en tiempos pasados, y que *en eso*, la mayor fuerza consiste en no romper la tradición, que hace de un pueblo algo estable y con personalidad definida.

Todavía hay otro error novísimo (y ese puramente español de origen), que consiste en suponer que los ideales y prácticas de la España nueva y la España vieja están repartidos geográfica, y casi antropológicamente, en dos partes de la Península: la periferia septentrional y oriental en cuanto á los primeros, y el resto del territorio en cuanto á los segundos. Comenzó por atribuirse esa pretendida distribución á una superioridad antropológica y de cultura; luego, ante las protestas de los injustamente agraviados y los mentís de la investigación cien-

tífica, se abandonó esa explicación, sustituyéndola por la de una mayor aptitud en los hombres de la mencionada periferia para adaptarse mejor que los otros á las condiciones de la vida moderna. Por ser más suave no es menos equivocado ese supuesto. Si se forma una lista de los nombres más representativos en nuestra historia contemporánea, de la España nueva, se verá que muchos de ellos (y precisamente de los iniciadores y precursores: Sanz del Río, Giner, Salmerón, Castelar, etc.) no son del Norte ni del Este, sino de esas regiones de España que se estiman como inadaptables; y lo mismo se podría decir de algunos núcleos más vivaces y fecundos en su propaganda de reforma, aquellos precisamente que se deben estimar como los creadores de la nueva orientación ideal de España, antes de que apuntase en las regiones periféricas.

No. Dejemos esos regateos hijos de un olvido ingrato ó de una vanidad insostenible. Por fortuna, la España nueva está en todas partes de su territorio, en todos los grupos más ó menos diversos de sus habitantes, y por ser así vence y vencerá más cada día.

Queda ahora por determinar qué cantidad de España *vieja* tenemos realmente, tanto en la periferia como en el resto de la Península, porque también la hay, y muy arraigada, en el Norte y en el Este.

Esa determinación permitirá ver cuán exagerada es la creencia de que viven en nosotros muchas cosas del pasado referidas á nuestra organización interior ó á nuestras relaciones internacionales, por lo menos, con aquella vivacidad que permitiría con-

siderarías como predominantes y directoras de nuestra vida presente.

Veamos ahora, en capítulos sucesivos, el resumen de las noticias y consideraciones que se refieren á la obra de España en el pasado y en los momentos actuales.

CAPÍTULO III

LOS ELEMENTOS DE LA CIVILIZACIÓN Y EL CARACTER ESPAÑOLES (1)

Ningún pueblo histórico, de aquellos cuya vida secular conocemos y estimamos digna de ser recordada, puede vanagloriarse—si hay vanagloria en eso - de haber hecho solo su historia ni de representar un tipo antropológico ó étnico sin mezcla. Ni aun los que supieron fundir en un troquel propio, de absorbente originalidad, los elementos tomados de otras partes, consiguen esconder á los ojos de la crítica la procedencia extraña de aquéllos. Nuestra ciencia histórica ha ido aquilatando esas influencias de unos pueblos en otros, en una gran medida que abraza, desde las manifestaciones más elevadas del pensamiento especulativo, á las expresiones plásticas del Arte y la Industria ó las fórmulas de conducta jurídica. Pero si en esto se ha lle-

(1) El artículo del *Times* á que se alude en el capítulo anterior no es sino un extracto del presente capítulo, que ahora por primera vez se publica íntegro.

gado á grandes seguridades, á fijaciones concretas de préstamos mutuos y de imitaciones que ligan la civilización de cada pueblo á la de todos los demás con quienes tuvo algún contacto —y aun á la de muchos de los anteriores á él —, hay todavía un punto respecto del cual nos detenemos vacilantes, por nuestro saber deficiente de la psicología colectiva, y es la participación que á cada elemento influyente corresponde en la formación del carácter de un pueblo, de la modalidad íntima de su espíritu, de la orientación peculiar demostrada por los hechos fundamentales de su historia. Y esa diferencia entre uno y otro aspecto de la cuestión es preciso no olvidarla, especialmente cuando se trata de aplicar la doctrina general á un caso concreto.

Respecto de España, la cuestión es más difícil, porque aún no hemos llegado, en muchas partes de nuestra historia, á ver y fijar la procedencia de varios de sus elementos. Prescindiendo de invasiones prehistóricas muy imperfectamente conocidas, hemos sufrido cinco penetraciones extranjeras, más ó menos extensas, en forma de colonización y conquista: la fenicio-cartaginesa, la griega, la romana, la germana y la árabe-bereber. Pero ya es sabido que ni las penetraciones de ese género son las únicas que se producen en la historia de un país, ni á veces las de mayor influencia. Otras muchas vienen á mezclarse con aquéllas y á imprimir sello indeleble en manifestaciones esenciales de la vida. Así, España ha experimentado en la Edad Media la influencia francesa y la italiana muy profundamente en muchas cosas; la judía (que tampoco era de conquista y que claramente se diferencia de la árabe-

bereber) y la flamenca; en la Edad Moderna y contemporánea, á más de las dos primeras que antes se mencionan, la inglesa y la alemana, ambas mucho más importantes de lo que comúnmente se cree: la inglesa, desde el mismo siglo XVIII; la alemana, en el siglo XIX. Y no hay para qué decir que toda la historia española se halla penetrada hondamente por la influencia de la Iglesia católica, que entre nosotros toma caracteres especiales, de indispensable consideración.

Pero casi todo lo conocemos aún de modo fragmentario, solo en ciertos órdenes de la civilización cuyo estudio histórico ha progresado mucho en los últimos años (la Literatura; el Arte, singularmente el arquitectónico y el pictórico; la Filosofía, en menor proporción). De otros sabemos poquísimo y caminamos sobre sospechas ó sobre hipótesis, cuando no sobre atrevimientos ingeniosos de este ó el otro escritor, que los espíritus precipitados toman por verdad demostrada.

Comienza siendo un problema el estrato (ó los estratos) primitivo de nuestro pueblo. ¿Quiénes eran los iberos? ¿De dónde venían? ¿Qué elementos de civilización, entre los que nos revelan los autores griegos y latinos, eran suyos, y cuáles de otros pueblos también primitivos en la Península? ¿Qué pensar de las invasiones y las influencias celtas á diferencia de las que, en globo, llamamos iberas? Sin duda, los numerosos descubrimientos, de un gran valor histórico á veces, hechos en estos últimos años en el Sur y Sureste de España, en Aguilar de Anguita, en Arcóbriga, en Numancia, en las Baleares, en Santander, etc., están renovando nuestro co-

nocimiento de esas primitivas civilizaciones; pero esto mismo nos advierte de la prudencia que necesitamos tener antes de adelantar conclusiones y trazar cuadros completos y definitivos. Además esos descubrimientos que ilustran una parte considerable de aquella vida primitiva nos dicen poco de otros elementos de ella, de importancia fundamental; por ejemplo: los que se refieren al derecho, á las costumbres, á las cualidades psicológicas que representarían el *fondo ibero* en la trama compleja de nuestra civilización y de nuestro carácter pasado y presente. Sobre esto hay muchas fantasías, pero pocas afirmaciones de valor científico.

Las influencias fenicias, cartaginesas y griegas —las directas emanadas de la colonización—no parece que fueron muy extensas ni intensas. Kahrstedt, en su reciente *Historia de Cartago* (1913), resueltamente se inclina á esta conclusión, incluso por lo que toca á los restos arqueológicos. De otras cosas, menos plásticas todavía, sabemos menos. Lo que Costa delineó en punto al derecho y costumbres, aun admitiéndose por entero, es diminuto.

En cambio, conocemos muy bien los efectos de la dominación romana. Lo que ésta trajo en todos los órdenes de la vida lo sabemos con pormenor, y es tan conocido que no hace falta detallarlo. Idioma, literatura, religión, derecho, trajes, costumbres, arte, sentido general de vida; todo eso quedó como una capa espesa, incorporado para siempre á nuestra historia. Lo que no sabemos de igual modo—ya porque se nos esconde á la investigación, ya porque se fundiera con otros elementos posteriores—

es lo que escapó, de la vida íntima del pueblo ibero ó de alguno de sus grupos, á la romanización.

La influencia germánica también la conocemos de una manera casi completa. Digo *casi*, refiriéndome al Arte, que aún tiene para nuestros historiadores algunos interrogantes y quizás está pendiente de nuevos descubrimientos. Pero la influencia jurídica, la social, la religiosa (muy desiguales y algunas levísimas, por la escasez de aportación étnica) las sabemos bien, gracias al esfuerzo combinado de sabios extranjeros y españoles. En nuestra vida jurídica, especialmente, elementos germánicos perduraron durante mucho tiempo, caracterizaron nuestra vida medioeval y aún señalan hoy su nota propia.

Con la dominación árabe-bereber se reproducen las dudas y vacilaciones. Sabido es lo que se ha fantaseado á ese propósito; los españoles, especialmente los de ciertas regiones—Andalucía, Levante...—, son árabes ó moros, antropológicamente, por sus costumbres, por su psicología; el idioma castellano es medio árabe, etc. Muchas de estas afirmaciones son fantásticas, de pura expresión exterior, faltas de base. El idioma tiene, sin duda, muchos vocablos de origen árabe; pero su índole fundamental es latina. En cuanto á lo demás, las investigaciones modernas han producido un cambio grande en la estimación del campo en que realmente se produjo la influencia musulmana. Cosas que se le atribuían comúnmente antes están hoy negadas ó en duda. El famoso arco de herradura, por ejemplo, sabemos ya que no tiene ese origen. En cambio, la transmisión de formas y géneros literarios, como el apólogo y gran parte de la literatura moralis-

ta oriental, está reconocida; y lo que contrasta más con ideas preconcebidas respecto de diferencias ideales irreductibles entre musulmanes y cristianos, la influencia de muchos de sus filósofos en otros españoles (Raimundo Lulio, verbigracia) y extranjeros de gran altura (Santo Tomás), es una conquista indiscutible de la erudición moderna. En general, puede decirse que la tesis hispanista de Simonet ha sido vencida por el resultado de las investigaciones desapasionadas, que conceden al pensamiento y á la vida musulmanes una gran influencia sobre la civilización medioeval española. Quizás esa influencia, en lo que principalmente preocupa á los investigadores, se ejerció más intensamente entre las clases eruditas y en los asuntos que á éstas atraen, que en las populares, quienes sólo á través de aquéllas (y en la medida en que esos reflejos se producen) la sufrieron en forma perdurable; pero no es prudente afirmar esto en redondo y sin muchas reservas, tal vez, respecto de ciertos órdenes de la vida. De ellos sería el jurídico, tocante al cual pocas conclusiones seguras pueden hoy hacerse; y por esto cabe dudar si realmente hubo en esta parte una influencia digna de ser señalada mientras demostraciones concretas y satisfactorias no ensanchen el cuadro hoy reducido de esta investigación. La referente á la influencia artística se está renovando y revela hoy hechos nuevos que en parte rectifican, en parte reafirman, las conclusiones tradicionales.

Á la influencia filosófica árabe—ó recibida á través de los musulmanes españoles, verbigracia, la griega—, hay que añadir, como es sabido, la proce-

dente de los judíos. Citemos un sólo nombre: Maimónides, precursor y maestro de los primeros escolásticos. Y también respecto de ellos se renueva la cuestión de su influencia en el Derecho, quizás también en las costumbres y tendencias de algunas localidades españolas.

Las influencias europeas en la España *medioeval* son más claras y precisas. Conocemos bien las artísticas y literarias de franceses é italianos, depuradas de exageraciones (unas de buena fe, otras patrioteras), como las relativas al poema del Cid y á ciertas manifestaciones arquitectónicas no hace muchos años afirmadas como de origen, único posible, francés. Nos queda por estudiar la influencia jurídica, ya original (relación entre instituciones principalmente del Sur de Francia y las de algunas regiones de España), ya ligada al renacimientp romanista (puntualización de los autores y doctrinas de Francia ó Italia que más penetraron y se siguieron entre nosotros); de todo lo cual sabemos poco todavía, no obstante haberse aclarado algunos puntos como la influencia cluniacense, y reduc do á sus límites, por Muñoz Romero, la que preconizaban Helfferich y Clermont en lo concerniente á los francos.

La penetración y asimilación de elementos flamencos, notable ya en el siglo xv por lo que toca á la Pintura, aún guarda secretos en lo relativo á otros órdenes de la vida en que autorizan sospechas fundadas las continuas relaciones comerciales de los españoles con aquellos países.

Entrados ya en la Edad Moderna, á la continuación (muy natural dada nuestra acción política en

los siglos XVI y XVII) de las influencias italiana y francesa—esta segunda muy atenuada en la Literatura, dado que los términos se habían invertido en gran parte—, ejercidas en el orden literario, científico y artístico, hay que unir la alemana, cuyos humanistas y cuyos reformadores religiosos (aunque rechazados por la mayoría) llegan á España y dejan aquí su huella. Este punto, estudiado fundamentalmente por Menéndez y Pelayo, todavía después de él ha tenido aumentos de parte de algunos escritores como Schäfer. La intervención de los alemanes en el origen de nuestra imprenta es hoy ya bien conocido merced á trabajos extranjeros y españoles. Pero todavía no conocemos más que vagamente la aportación de elementos extraños que nuestras industrias, nuestra agricultura y nuestro comercio sufrieron en los mencionados siglos. Las fuentes utilizadas hasta ahora hablan del gran empleo de mercancías extranjeras que hacíamos, incluso para el comercio de las Indias; del número considerable de comerciantes de otras naciones establecidos en la Península; de los agricultores franceses traídos á diversas regiones. Pero de todo esto, ¿qué es lo que cabe precisar en hechos y en cifras? ¿qué consecuencias produjo en nuestra vida económica y social? Falta á este propósito una investigación rigurosa y detallada, que iguale, por ejemplo, á la que con referencia á los banqueros alemanes han hecho Haebler y otros autores.

Yo creo que, no obstante la pragmática de Felipe II respecto de la concurrencia á las universidades extranjeras, España no fué, durante el siglo XVII, un país tan impermeable á las corrientes científicas

europeas, tan cerrado, como se ha dicho. ¿En qué no lo fué y hasta dónde? No lo sabemos todavía; pero al final de aquel siglo me parece advertir una influencia general del sentido crítico que dominaba ya en otras naciones, por lo que toca á ciertos órdenes de investigación.

El siglo XVIII se ha considerado ordinariamente como un siglo francés entre nosotros. Es un error. No cabe negar, por supuesto, la influencia francesa en política, literatura, costumbres (y más que costumbres, modas), la del enciclopedismo, etc. Pero al lado de ella y junto á una afirmación valiente de lo nacional (por ejemplo, en el teatro, como lo atestiguan, aún más que las polémicas, los programas de las funciones) hay manifiestamente influencias italianas é inglesas, de autores significados en aquel tiempo, que aquí se leían y traducían, y que se reflejan en algunos hombres nacidos y educados en el XVIII, que jugaron papel importante en el XIX: verbigracia, Flórez Estrada.

Ese siglo XIX es, naturalmente, un siglo de elaboración complejísima, como en todas las naciones europeas. España, no obstante la gran resistencia que oponen los prejuicios de otros tiempos, se abre al pensamiento y la vida del mundo. Las mismas persecuciones políticas iniciadas en 1813, que lanzan al extranjero—incluso Alemania—hombres ilustres y de cultura, contribuyen á reforzar y enriquecer lo que perseguían; y la influencia de las instituciones y de las ideas inglesas es clarísima en nuestros constitucionales, al lado del doctrinalismo francés y de las ideas revolucionarias francesas é italianas; mientras que Alemania, cuya ciencia jurí-

dica comienza pronto á entrar en nuestras aulas mediante traducciones que se remontan á 1840, trae más tarde la profunda influencia filosófica (Lógica y Ética sobre todo) del *krausismo*, inexplicable para algunos que no conocen su porqué y su aplicación entre nosotros, y luego la hegeliana, la kantiana, etcétera. Sería muy largo puntualizar el número y la extensión respectiva de esas aportaciones que, poniendo en contacto ampliamente la inteligencia y la vida española con el resto del mundo, han hecho de la minoría intelectual de nuestro país un factor directivo de formación tan compleja como la de cualquier otro. La diferencia entre el nuestro y muchos de Europa está en que ese ascender á los horizontes de la civilización moderna, con toda la amplitud y libertad de sus puntos de vista y de sus problemas, ha tardado mucho en extenderse, y todavía hoy no ha penetrado en una gran parte de nuestra masa.

El resultado de esa novedad de nuestro siglo XIX, más acentuada á medida que se acercaba éste á su fin, fué, como no podía menos, que durante muchos años España haya sido un país discípulo, un país de asimilación y de escasa producción original, fenómeno eternamente repetido para situaciones como la nuestra, en la historia de todos los pueblos, como en la de los individuos. De vez en cuando, cierto es (y conviene no desconocerlo), brillaba en medio de ese estado general el chispazo de un pensamiento originalísimo que probaba la existencia de fuerzas propias en nosotros, la aptitud para la cosecha autónoma; pero la corriente central en los distintos bandos seguía siendo extranjera.

Poco á poco, en el seno de esa formación en que

predominaban los elementos ajenos, fué fraguándose un movimiento nacional, primero inconsciente, y revelado en aquellos órdenes de creación que más se resisten á las deformaciones y en que la tradición es más enérgica: la Literatura (1) y el Arte; luego, perfectamente conscio de su finalidad, intencionado y reflexivo, ligado á una nueva estimación y confianza en los factores propios de nuestra cultura secular y en la virtualidad de nuestras fuerzas, extendido á otros órdenes de la vida intelectual y social, sobre la base, ante todo, de aquellas cosas que son más nacionales (la Historia en sus diversas ramas, el Derecho...), para de ahí atreverse á otras empresas.

En el porvenir de ese movimiento está la clave de nuestra historia futura. Muchos dudan de ella á este respecto; muchos creen en ella firmemente, y entre esos, no pocos son ciudadanos de otras naciones.

Ahora, lo que gustaría saber á los investigadares y lo que nos convendría saber á nosotros mismos (puesto que se refiere á la orientación original de nuestra vida y á las cualidades que hacen á un pueblo apto ó no apto para la acción fecunda, al motor interno de la actividad social; en suma, al *carácter y al ideal práctico de la vida)*, es cuál haya sido el resultado psicológico de los distintos factores que en nosotros han ido sucesivamente influyendo, y qué es, por tanto, lo propio de nuestro espíritu, las notas fundamentales suyas. Pero esto,

(1) En la Literatura, nuestro romanticismo tiene algo propio y grande, que no es copia francesa.

que equivale á formular nuestra psicología, es aún, para los hombres dotados de sentido científico, una aspiración llena de dudas; para los fáciles á las conclusiones brillantes y al vuelo de la fantasía loca, un mundo cuajado de hipótesis que usurpa el puesto y el nombre á las sentencias firmes. Las voces alentadoras que algunos de nuestros observadores más perspicaces han pronunciado—y de ellos no pocos ingleses: Hume, Butler Clarke, Havelock Ellis, etc.—no deben adormecernos. Yo soy de los optimistas; pero no olvido, y creo un deber repetir, que el problema está en pie para nosotros, y es de vida ó muerte que todos se capaciten de él (1).

---

(1) Desarrollos de las indicaciones sumariamente expuestas aquí podrán hallarse en mis libros: *Psicología del pueblo español* (1902), *Historia de España y de la civilización española* (tercera edición, 1913-14), *Historia de la civilización española* (compendio; Manuales Soler), *Cuestiones de Historia del Derecho y de Legislación comparada* (1914). Véanse también los capítulos referentes á España que he redactado en la *Cambridge Modern* y la *Cambridge Medieval History*.

CAPITULO IV

LA CIVILIZACIÓN ESPAÑOLA

I

Casi siempre que se habla de la *civilización* de un pueblo hay, en el fondo de la pregunta que explícita ó implícitamente se hace, un equívoco correspondiente á la complejidad del asunto y que conviene mucho aclarar. La pregunta puede, en efecto, comprender tan sólo alguna ó algunas de las cuestiones en ella envueltas ó comprenderlas todas; y como son muy diversas, claro es que no cabe abrazarlas en una sola contestación.

Los dos grupos de cuestiones que pueden distinguirse son, á mi juicio, los siguientes:

1.° ¿Cómo se ha civilizado el pueblo de referencia? ¿Hasta dónde? ¿En qué forma ó según qué modalidad?

2.° ¿Qué ha hecho por la civilización universal, es decir, en qué ha sido su labor concomitante con la de los demás pueblos progresivos? ¿En qué ha

representado una acción contraria ó un sentido divergente del que domina la corriente central de la civilización?

Adviértase que en ambos grupos de preguntas domina un supuesto común, á saber, el de un concepto dado y universalmente recibido de lo que es la civilización y de las orientaciones generales y esenciales de ella, en virtud del cual puede juzgarse á un pueblo de *más* ó *menos* civilizado.

Pero este supuesto no es verdad más que á medias, porque no todo lo que pertenece á la civilización es ni puede ser *igual* en todos los pueblos.

Hay, sin duda, ideas, direcciones, instituciones comunes á la Humanidad entera ó á una gran mayoría de los pueblos que la forman, en todas partes desarrolladas ó posibles de desarrollar de un modo muy análogo en intensidad y en orientación; pero las hay también especiales de cada pueblo, del cual marcan, precisamente, la personalidad é idiosincrasia que ha de caracterizarlo en la Historia.

Esa personalidad puede señalarse (y se ha señalado constantemente, sin que sea preciso recordar los ejemplos ahora) por el desarrollo singular, preponderante, de ciertos elementos ó notas de la vida humana, correspondientes á la aptitud y vocación de cada grupo humano (desarrollo que trae el obligado descuido de otros elementos), ó por la modalidad propia con que realiza tales ó cuales órdenes de la actividad común humana. En otros términos, cada pueblo cultiva especialmente ciertos aspectos de la civilización que convienen más á sus condiciones psicológicas, y los lleva á desarrollos y perfecciones

que exceden á los de otros pueblos; y juntamente da formas particulares al cumplimiento de algunos de esos aspectos, sin que sea necesario que los cultive todos con igual intensidad, ni los encierre en un molde uniforme, para que se le incluya en el grupo de los pueblos civilizados ó que colaboran en la civilización; del mismo modo que á un individuo que no realiza á la par y con igual fuerza y acierto todos los fines humanos, ó que imprime á su vida, dentro de ellos formas originales y divergentes de las que otros individuos crearon, no se le excluye del mundo de los hombres cultos y útiles.

Y adviértase también que aun en cosas, no de modalidad ó de más ó menos relieve en su cultivo, sino de substancia, los juicios de los hombres modernos—que son los actuantes principales sobre nuestras opiniones – difieren en cuanto á la apreciación de los influjos concominantes ó enfrenadores de lo que se llama "progreso". Baste recordar las divergencias de carácter religioso para comprender la reserva que á todo espíritu científico y ecuánime se impone antes de formular, guiado por una determinada idea, juicio favorable ó adverso en punto á la dirección ó á los resultados de la acción civilizadora de un pueblo.

Ninguna de estas observaciones sonará á novedad para muchos de mis lectores; pero era necesario recordarlas aquí, dado que siendo comunes y corrientes en los tratadistas de Sociología, de psicología colectiva ó de teoría de la civilización, suelen olvidarse cuando se trata de formular juicios históricos concretos en la materia.

Ahora bien: no cabe duda que esos juicios serán

diferentes y tendrán más ó menos base científica (ó ninguna), según se estimen ó no aquellas consideraciones; y, digámoslo de una vez, en las apreciaciones que comúnmente se hacen de la historia de España no se estiman.

Deriva esa falta, unas veces de ligereza, de criterio "simplista" en los juzgadores, ó de prejuicios, siempre más cómodos de seguir que la investigación crítica de los hechos; pero también otras veces deriva de un conocimiento insuficiente de éstos, de un saber imperfecto de la Historia que se pretende juzgar. Y es indudable que, tratándose de determinar en las preguntas referidas hechos históricos, sin la posesión de éstos, en el número y con la profundidad necesarios, es imposible dar una contestación satisfactoria.

Hay, pues, que comenzar por conocer los hechos de la historia de España que son indispensables para llegar á una contestación de las preguntas referidas. Esos hechos no son todos los que ha realizado el pueblo español en el transcurso de su vida. Hechos de los pertenecientes al orden político externo, verbigracia, han sido y son, ó indiferentes á las cuestiones aquí planteadas; ó simples *medios* que unas veces provocan, otras hacen posibles acciones civilizadoras; ó consecuencias de las orientaciones que éstas tomaron. Excluyendo, pues, los que no son pertinentes ó útiles, quien desee tener un juicio personal de lo que España ha representado y representa en la civilización humana (el modo propio con que la ha interpretado y realizado; las aportaciones positivas que á ella ha traído ó las dificultades que le ha opuesto), necesita estudiar bien

el pormenor erudito de nuestra historia en todos los órdenes que principalmente afectan al asunto, sin pretender sustituirse á la impresión que en cada cual produzca ese estudio.

Escritos como el presente pueden prestar el servicio de resumir ese pormenor y generalizar sus conclusiones para ofrecer un cuadro de conjunto sobrio y expresivo, sin descender á particularizar todos los puntos concretos que la cuestión abraza.

II

Necesitamos partir de dos afirmaciones capitales, que son también indiscutibles:

1.ª Que no obstante las muchas aportaciones eruditas hechas desde mediados del siglo XIX al conocimiento de nuestra historia nacional, en lo más íntimo y genuino de ella, no sabemos bastante de muchas cosas que le corresponden y sin las cuales no es posible aventurar conclusiones serias, y, mucho menos, sentencias firmes.

2.ª Que la posición con que actualmente se juzga y se resume, relativamente á la llamada universal, la historia de España no es ya la posición que en el siglo XVIII tuvieron M. Masson y otros hispanófobos.

Si quisiéramos condensar las notas dominantes en la crítica moderna á este respecto, formularíamos las dos conclusiones siguientes:

1.ª Que en su pasado, España no ha sido una cantidad negativa para la obra de la civilización humana, sino que a ella aportó elementos de importancia considerable referentes á diversos órdenes de la cultura. Comprende esta conclusión, de una parte, la revelación de hechos ignorados ú obscurecidos de nuestra historia, que representan aportaciones valiosas de orden científico, literario, artístico, social, etc.; y de otra, rectificaciones á leyendas mantenidas hasta hoy por la mala fe ó por la desidia en comprobar su fundamento verbigracia, la de nuestra colonización americana. De ambas hice un resumen, con los datos bibliográficos correspondientes á su fecha, en mi *Psicología del pueblo español* (1902).

2.ª Que en lo futuro (aun conociendo errores y deficiencias en el presente y en el pasado) España, por las condiciones esenciales de su pueblo y por lo realizado hasta ahora, puede ser un factor cada vez más útil á la civilización humana. Esta confianza en nuestra aptitud y este reconocimiento de cualidades buenas en nuestra psiquis se hallan en todos los tratadistas extranjeros modernos, incluso los que con más serena franqueza ó apasionamiento más sistemático acusan en nuestro pasado y en nuestro presente faltas más ó menos exactas á nuestros ojos. El mismo Buckle—cuyo libro es un revulsivo necesario, á condición de no dejarlo correr sin notas que pongan las cosas en su punto—reconoce condiciones muy aprovechables en nuestro modo de ser, levantando con esto la especie de condenación fatalista que de otros pasajes de su obra se deducen.

Ahora bien: á pesar del imperfecto saber de nuestra historia, á que antes nos hemos referido, y sobre la base de esa nueva disposición benévola de la crítica, cabe fijar algunos hechos fundamentales que contestan á las preguntas formuladas, ó, en otros términos, que dibujan líneas generales de lo que ha sido nuestra civilización peculiar, quizás mejor que en forma positiva, en forma negativa; es decir, rectificando malicias ó errores ajenos que contradicen la conclusión general apuntada.

Esas rectificaciones no tienen sólo un valor científico: el de la restauración de la verdad histórica, que ya bastaría para asegurar su importancia; tienen además un valor práctico, es decir, para la conducta en la vida.

La razón de esto se halla en que, dentro de sus límites, la historia que conocemos deja en nosotros un sedimento de juicio (aplicación de nuestro razonamiento y de nuestro sentido moral á los hechos que poseemos, ó simple adhesión á un juicio ajeno recibido sin crítica), en virtud del cual decimos: "Tal pueblo ha sido esto ó lo otro, ha significado esto ó lo otro en la Historia y tiene por notas constantes ó preferentes, tales." Y ese juicio influye en nuestra conducta presente, porque los pueblos no esperan para formar criterio de sí mismos á que la ciencia les dé una contestación definitiva, sino que lo forman de un modo precientífico con los elementos que están á su alcance, y con él viven, y, lo que es peor, según él conducen y resuelven las cuestiones presentes, y también según él son considerados por los demás. Un ejemplo de esto lo hallaremos en la enorme influencia que los juicios de Buckle

acerca de la historia de España han ejercido, durante mucho tiempo, en propios y extraños.

Y nótese que esos juicios del público no se basan ordinariamente en *hechos*, más ó menos completos y directamente conocidos, sino en libros; es decir, no tienen un fundamente objetivo, sino completamente subjetivo, de modo que la opinión ajena obra como argumento "de autoridad" y produce un espejismo reflejo de lecturas, de cosas oídas, flotantes en la atmósfera social y que velan la impresión directa de los hechos, haciéndola imposible.

Para nosotros, singularmente, la recapitulación sumaria de las conclusiones favorables que hoy es posible recoger tiene un especial valor de fortalecimiento.

Mientras los hombres, individual ó socialmente, se sienten fuertes y tienen fe en sí mismos, no se preguntan cómo son ni qué pueden hacer. Hacen, y esto les basta. Las horas de inquietud vienen con la decadencia, con el abandono de la confianza en el propio esfuerzo. Cuando, aún decadentes, conservábamos la fe en nosotros mismos, eran los extranjeros quienes nos hacían el análisis y nos acusaban las faltas. Ahora nos analizamos y nos acusamos nosotros, y del extranjero vienen las voces de consuelo y de ánimo (1).

---

(1) Esto era más verdad hace pocos años que ahora; pero aún queda algo de nuestro pesimismo y de nuestra propia hispanofobia.

III

Hasta su romanización, es decir, prácticamente, hasta el siglo I antes de la Era Cristiana (y notad de paso la juventud del pueblo español, aun tomando tan lejos su nacimiento), España no empieza á ser un factor apreciable en la civilización europea. Sea cual fuere el alcance de la huella original indígena en la adaptación del arte oriental y egeo aportado en las primeras colonizaciones, España es, hasta que en ella florece el injerto latino, un país *influído* y de vida interna. Tal vez investigaciones futuras confirmen el supuesto de influencias prehistóricas producidas por civilizaciones de suelo español en territorios extraños, revertiendo á nuestro núcleo cosas que durante mucho tiempo se creyeron importadas en él; pero, hoy por hoy, no podemos pasar, en el terreno de las afirmaciones seguras, de aquella con que comenzamos este párrafo. Y ya con esta primera aportación de elemento hispánico al foco de la civilización europea contemporánea (Séneca, Quintiliano, Marcial, etc.), apunta también la primera cuestión respecto de nuestras cualidades buenas ó nocivas, tan agudamente discutida por los hispanófobos italianos del siglo XVIII y resuelta hoy favorablemente para nuestros escritores.

Los primeros siglos de la Edad Media (la época visigótica, entre nosotros), de retroceso en toda Europa, lo es igualmente para España; pero un

nombre, el de San Isidoro, nos sigue ligando á la obra común de cultura y nos concede un puesto privilegiado en ella. La invasión musulmana crea, al parecer, un paréntesis, que se cierra en el siglo XI, una vez tomado Toledo por las armas castellanas. Inaugúrase entonces, á través del medio español, aquella interesante corriente de difusión de la cultura árabe y judaica (originales ó simples asimilaciones de la helénica) que se prolonga durante una buena parte de la segunda Edad Media, que fructifica en Castilla y en Cataluña y que atrae á los estudiosos de otros países. Al propio tiempo, Aragón y Cataluña invaden el Mediterráneo y llevan su espíritu á tierras de Italia y de Oriente, ligándonos para siglos y siglos con la historia italiana y sarda. Y como nadie, aun los más grandes genios y las naciones de más original empuje, forja su vida con su única substancia, á la vez que España se liga con Europa mediante esos elementos que ella da—aparte otros de menor cuantía, como el que con relación á Inglaterra representa la federación de las "villas del mar" del Cantábrico—, recibe otros en el orden literario, en el jurídico, en el artístico, etcétera, procedentes de Francia, de Italia y de Flandes, ó los busca en estos países por conducto de sus estudiantes en Bolonia, Montpeller, etc.

Dos acontecimientos de fines del siglo XV—el matrimonio de una hija de los Reyes Católicos y el descubrimiento de América, con todas sus consecuencias geográficas y políticas—ponen de pronto á España en contacto inmediato con el centro de Europa y con las dilatadas tierras del Oeste que se abren á la influencia europea.

Por el efecto natural de esta expansión, por el prestigio y el poder penetrante que da siempre la hegemonía política, por el admirable desarrollo de su literatura, de su arte y de considerables direcciones de su ciencia, y por su inquebrantable actitud ortodoxa en las guerras de religión, España se convierte, durante siglo y medio, en un factor activísimo, no sólo de la política, sino de la cultura, de la orientación ideal, de la conquista geográfica del mundo y de la siembra por todo él de los gérmenes vivaces de la civilización europea, á la que sirve de vehículo la lengua castellana, difundida en todas partes.

El fragor de las guerras—único ruido histórico que muchas gentes oyen—y el vocerío de execración que las acompaña, por la miseria que arrojan sobre el suelo español y los desquites que trae aparejados, no han permitido oir durante mucho tiempo ese rumor sosegado y continuo con que el espíritu español anunciaba su invasión de otros países, llevando á unos su parte de colaboración en la obra común de la civilización occidental, y cumpliendo en otros—los nuevos—el honroso papel de propagador de esa misma civilización; pero ese rumor denuncia cosas más positivas que las aparentes y deslumbrantes de la historia política y perdura, al paso que los triunfos y reveses militares se borran ó cambian de sujeto. En todo ese tiempo, España marcha paralelamente con el resto de las naciones cultas, y recibe de ellas, en el íntimo y variado contacto que produce su múltiple actividad, influencias que asimila ó que rechaza.

El rechazo se produce de un modo resuelto en

todas las cosas que afectan á la fe católica ó que se sospecha que pueden afectar á ella; pero no implica, en la medida que se ha creído y preconizado, un cerramiento á las relaciones con los demás países en todas las demás direcciones de la vida. Aun en aquellas en que la incomunicación se produjo (y más bien pudiera decirse que lo producido fué una abstención del espíritu español á seguir por los caminos sospechosos para la ortodoxia, camino que los demás pueblos emprendieron, y en que perseveraron, no obstante la racha de intolerancia que por entonces sopló en toda Europa), fué corta, porque el siglo XVIII la rompe de nuevo y deja entrar todas las influencias de afuera.

La que ya no influye entonces sino parcamente (en ciertas modalidades de la cultura ó á través de algunos individuos) es España, que ha perdido, en cuanto á la obra activa, á la producción aportadora, el paralelismo que antes tuvo con los demás países; pero rectifica mucho de su vida interior (peninsular y colonial) y se prepara, por asimilaciones intensas, al nuevo empuje del siglo XIX, que no llega á producir efectos positivos, en cuanto al exterior, hasta fines de éste, aunque el terreno venía preparándose (en punto á la rectificación de los recelos extraños) por aquella explosión de entusiasmo que nuestra literatura clásica y nuestra guerra de la Independencia produjeron en espíritus escogidos de Europa ó en los arrastrados por la lucha de las nacionalidades.

Descontando los hechos que se discuten, y en cuya discusión nos está vedado entrar, por no ser propia del campo histórico (y principalmente, entre

ellos, la estimación como un servicio ó como un error, de la resistencia ortodoxa, que ha impedido por algunos siglos la difusión del libre examen en el Sur de Europa y en la misma Bélgica, y la prolongación hasta hoy de la intransigencia respecto de direcciones de la cultura que en otros países tienen libre desarrollo), señalaremos ahora, dentro de la esfera general á que me reduzco aquí, algunas de las más salientes colaboraciones pasadas y presentes de España en la obra común de la civilización.

Pero antes de enumerarlas conviene hacer dos observaciones importantes.

La primera se dirige á rectificar el criterio un poco limitado con que se suele considerar el valor de cada pueblo para la historia humana, por apreciar tan sólo las aportaciones suyas á la vida de otros en forma de influencias directas, de verdaderas exportaciones é injertos de obras, ideas é instituciones; sin pararse á pensar que también los pueblos influyen y representan algo útil para la educación de los demás mediante otras cosas que no se revelan en imitaciones ó préstamos literarios ó artísticos, en orientaciones ideales producidas á través de libros ó conferencias, en transfusión de leyes y costumbres y hasta en envío de productos naturales é industriales, sino que emanan simplemente de lo que cada pueblo *es* en su propia vida interna, aun en la que no pasa sus fronteras políticas; pero aun sin esto ofrece un ejemplo vivo de cualidades genuinas por singularmente acentuadas. También á veces la cooperación emana simplemente (y es bastante) del hecho de existir como factor que marcha al compás de los otros, con

su propia originalidad, y no constituye un estorbo ni un peso muerto para la historia humana, porque no hay pueblo que deje de servir en algo á los otros.

Esta primera rectificación nos conduce á la segunda, que es la del criterio intelectual predominante y aun exclusivo con que se estiman las colaboraciones á la civilización. Emana esto, por una parte, de confusiones en el uso de palabras, haciendo totalmente sinónimos "civilización", "cultura", "producción intelectual", "saber", etc.; por otra, de la influencia que la posición intelectualista del siglo XVIII (en que estas cuestiones se plantearon agudamente y se discutieron con calor), y en cierto modo desde el Renacimiento, ejerce aún sobre nosotros. Contra ese criterio hay que levantar el que estima tanto como las manifestaciones intelectuales, las de sentimientos y carácter, que se reflejan en la disposición de unos hombres respecto de otros en la relación social y en la conducta naturalmente seguida en los momentos decisivos de la vida individual y colectiva. Á ese orden se refieren aquellas cualidades morales que Havelock Ellis y otros muchos psicólogos modernos encuentran en el alma y en las costumbres del pueblo español, é igualmente ciertas orientaciones tan fundamentales como la reflejada, respecto de los pueblos "inferiores", en nuestras leyes colonizadoras y en el proceder de tantos españoles que fueron en América tan generosos y más cautos y aplomados que Las Casas; hechos que bastan para contrarrestar—en beneficio de la buena fama nacional—los abusos extralegales cometidos por otros españoles y que han sido du-

rante mucho tiempo lo único que la malicia y la ignorancia dieron como expresivo de nuestro sistema colonial, olvidando que en la historia de todos los países colonizadores, desde el siglo xv al xx, hay á montones abusos iguales ó peores, tanto menos excusables cuanto más se acercan á nuestros días.

Y sólo cuando se aprecie así, con esa amplitud y en todos sus aspectos, lo que España ha sido y es como pueblo "humano", será lícito formular juicios en que lo malo y lo bueno figuren juntamente y sin prejuicios que oculten esto para sólo ver aquéllo.

Aun en lo malo conviene hacer una advertencia de estricta razón. Hay defectos, errores y aun maldades, que son comunes á todos los pueblos en determinados estados de civilización ó en ciertas épocas de la Historia; verbigracia: la intransigencia religiosa expresada en las persecuciones; la esclavitud, etc. De éstos no puede acusarse justamente á unos afectando creer que los otros no los han padecido. La diferencia aparece tan sólo cuando, corregido el defecto en una mayoría de grupos humanos, perdura en otros como un arcaísmo incompatible con el cambio de ideas y sentimientos producidos y actualmente en los más. Esos defectos y males, como pasajeros en la Historia, desvanecidos y lavados á medida que ésta avanza, ni caracterizan á nadie individualmente, ni por lo común influyen en el presente de la civilización.

Otros defectos hay que perduran en el alma humana á través de todos los tiempos y grados de civilización, y que, por esto, parecen irreductibles. Producen en todo momento las mismas consecuencias, más ó menos agudas ó templadas, y tampoco

se pueden censurar individualmente en cada pueblo (menos referirlos á uno sólo), puesto que en todos se encuentran. De éstos son la rapacidad territorial, el egoísmo de los intereses materiales, la mala fe en las relaciones internacionales y otros semejantes.

Hay, por fin, defectos propios de la idiosincrasia especial de cada pueblo y más ó menos permanentes en lo que de su historia no es conocido hasta el momento actual. Esos son los verdaderamente imputables y los que deben pesar en un balance de servicios y maleficios históricos, y particularmente de responsabilidades características; y si persisten actualmente, ya porque sean de aparición próxima, ya porque se revelen aparentemente como esenciales é irreductibles en el espíritu del pueblo en cuestión, encierran una gravedad suprema, la única que merece realmente preocupar á quien mire la Historia desde un punto de vista humano, atendiendo al bien general y, dentro de él, al porvenir de la nación á que pertenece el crítico.

Con todas estas reservas, cuyo desarrollo necesitaría mucho espacio (1), cabe formular la interpretación y juicio de la civilización española, en sí y en su relación con la del mundo. Aquí no haremos, según va ya dicho, más que apuntar algunos de los servicios realizados por España y en virtud de los cuales, en el acervo común de ideas, producciones, costumbres y sentimientos que constituyen el patri-

(1) Véase este desarrollo en mi *Psicología del pueblo español*, y en mis conferencias del «Ricê Institute» de Houston, sobre la *Teoría de la civilización*, publicadas en inglés, Houston, 1915; y en español, Madrid, 1916.

monio útil de la Humanidad, el nombre español tiene un sitio, imborrable é insustituíble en su peculiar modalidad.

Los servicios á que me refiero son:

1.° España ha recogido, á la caída del imperio romano, la cultura clásica, y ha contribuído eficazmente á mantener su tradición en Europa durante algunos siglos: San Isidoro; la *Lex romana visigothorum*...

2.° Ha recogido y difundido en la Edad Media la cultura antigua que los musulmanes se asimilaron y la que éstos y los judíos produjeron en diferentes órdenes de la Ciencia y de la Literatura: Toledo; Alfonso X.

3.° Ha contribuído notablemente á salvar á Europa del peligro musulmán y turco: Reconquista; luchas en Hungría, en el Mediterráneo y en África.

4.° Ha colonizado y civilizado casi toda América y parte de Oceanía, y le corresponde una parte considerable en los descubrimientos geográficos que han completado el conocimiento de la Tierra, con sus consecuencias extraordinarias en orden á las ciencias naturales y físicas y al aprovechamiento de nuevos productos (1).

5.° Ha impulsado el desarrollo de la cartografía y de las ciencias aplicadas á la navegación, difundiendo sus obras de esta especie en otros países, que las aprovecharon.

6.° Ha puesto las bases, con los trabajos de sus

(1) Este punto lo he tratado especialmente en la conferencia dada ante el Congreso histórico de San Francisco de California. (Julio de 1915.)

crónicas y viajeros en América y Oceanía, de la filología y la sociología de los pueblos indígenas del Nuevo Mundo, y ha iniciado, con Hervás, los estudios de lingüística comparada.

7.° Ha dado al mundo el ejemplo de un sentimiento inquebrantable de independencia, concurso á la obra de las nacionalidades modernas.

8.° Ha reconocido, como nadie, el derecho humano que corresponde á los llamados "pueblos inferiores", de quienes son las leyes de Indias el más alto ejemplo de legislación amparadora y tutelar.

9.° Ha creado una literatura *realista* y un teatro modelo de su especie, así como un alto ideal literario (*Don Quijote*), hecho "humano" por reconocimiento de todos los pueblos y de todas las épocas; así como un *realismo pictórico*, y, en general, plástico, que será siempre elemento educador de los artistas: Velázquez, nuestra escultura indígena... (1).

10. Las cualidades generosas, caballerescas, románticas, en el buen sentido de la palabra, liberales y hospitalarias de su espíritu, sobrias y honra-

(1) Prescindo de lo que significaron (y todavía significan) en el orden de las ciencias jurídicas, filosóficas y teológicas, nuestros escritores del siglo XVI y XVII, para que no se diga que resuelvo de una vez cuestión que todavía se discute. Pero debo decir que la discusión no existe ya más que para una parte de esas disciplinas. Así, ya reconoce todo el mundo el valor de muchos de nuestros jurisconsultos (Vitoria, Suárez, Márquez, Soto, etcétera), precursores de Grocio en cuanto al Derecho internacional, y de varias teorías modernas de filosofía jurídica. Lo mismo podría decirse de otros asuntos de filosofía general.

das de sus costumbres, significan una corrección viva, siempre saludable, del espíritu egoísta, mezquino, utilitario, á que con demasiada frecuencia arrastran las necesidades materiales de la vida y la codicia de los hombres (1).

No es el servicio actual y permanente que cierra esta breve lista el único posible de alegar en el orden de las aportaciones no históricas, es decir, no pasadas (aunque mucho de lo pasado perdura, vivo siempre, de un modo indefinido). Otras hay que, en descargo de nuestras faltas (cuya negación sería inútil y poco noble, aunque nos quede en todo caso el consuelo de saber que cada país tiene las suyas propias, por nadie ignoradas), podemos alegar para la obra presente y futura, aun en lo que tiene de más *moderna,* de más original y característica de los tiempos actuales, á diferencia de los pretéritos; y esas aportaciones, con cuya consideración quiero terminar este breve y apretado resumen, se refieren precisamente á las cualidades que interesan de modo singular al comercio, ó, por mejor decir, á todas las actividades de la vida económica.

---

(1) El detalle de estos y otros servicios de España á la civilización véase en los libros de MARTÍN A. S. HUME *Spanish People* (hay traducción española) y *Europe's debt to Medieval Spain* (traducido en parte en la Revista de la Cámara de Comercio Española de Londres); en *La ciencia española*, de MENÉNDEZ Y PELAYO; en mis obras *Psicología del pueblo español* é *Historia de España y de la civilización española*, y en la conferencia de A. FARINELLI: *España y su literatura en el extranjero á través de los siglos* (publicada en *La Lectura*, 1901; tomo II, páginas 523 y 834.)

Sabido es que la importancia económica de un país no se mide por las cifras momentáneas de su producción y comercio, que pueden ser circunstanciales y efímeras, sino por cosas de mayor permanencia, á saber: la potencia real de producción del país y la existencia ó ausencia en el pueblo que lo habita de aquellas cualidades espirituales que permiten establecer la necesaria ecuación entre el hombre y los medios, para utilizar éstos en la más amplia medida posible. No voy á discutir ahora las posibilidades productivas de España, reconocidas en recientes viajes de técnicos y hombres de negocios europeos (1); pero sí quiero recordar un hecho relacionado con las cualidades de la "raza", que, no por repetido muchas veces en estos últimos años, necesita menos de ser traído á colación en momento oportuno. Ese hecho (un tanto desconcertante á primera vista frente á la experiencia *peninsular*, tal vez abultada por la fantasía y el prejuicio) es la existencia en el alma española de condiciones fundamentales y muy desarrolladas para las luchas económicas presentes, y, en general, para la adaptación al tipo de vida moderna. Esas condiciones, de que podían citarse singulares, aunque no muy extendidas manifestaciones en la misma España, se desarrollan y florecen admirablemente en los lugares adonde acude nuestra emigración, hacien-

(1) Sobre este punto ver el libro, muy documentado, de las lecciones dadas en el VIII Curso internacional de Expansión comercial (Barcelona, 1914). Se ha publicado en Barcelona en 1915. Un volumen en 4.° de 748 páginas, con profusión de grabados.

do de ella en la Argentina, en Uruguay, en Chile, en Méjico, en Cuba, en Puerto Rico, en los Estados Unidos, etc., un factor considerable, y en algunos respectos invencible, de la valorización y la prosperidad económica de aquellos países. Que esas cualidades son nuestras y no las crea el medio (aunque les dé ocasión para mostrarse) lo prueba su aparición inmediata en el emigrante á poco de llegar y cuando aún el medio, que obra lentamente en esto de cambiar la psiquis, no ha podido marcar huella. Ellas significan una reserva para el porvenir de nuestro pueblo y una fuerza efectiva que sirve á la Humanidad, á la vez que á la nación en que nacieron y á que revierten, en mil formas, los hombres que las poseen. Aparte otras influencias reflejas que ya actúan sobre nosotros y que en otros lugares he referido (1), yo creo firmemente que lo que nos falta de empuje moderno en la vida peninsular nos los traerán en parte nuestros "americanos".

Ya esto sería bastante para no despreciar el elemento español en la obra de la civilización moderna, aparte todo lo que anteriormente va dicho y con nosotros afirman numerosos observadores y críticos extranjeros.

Lo que no debemos olvidar es que todo ello nos obliga—con la grave responsabilidad que supone la posesión de una fuerza, de una posibilidad de acción—á trabajar cada día más y mejor para expresar lo escogido y más intenso de nuestras apti-

---

(1) Véanse mis libros *España en América* y *Mi viaje á América*.

tudes, en hechos que añadan, cada vez con más conciencia y más alma, aportaciones útiles con que ir allanando el camino doloroso de la Humanidad é ir templando los efectos tristes de los, al parecer, irredimibles defectos humanos.

CAPÍTULO V

OPTIMISMO Y PESIMISMO

I

Cuando las colectividades han padecido durante algún tiempo alguna de esas enfermedades psicológicas que de vez en cuando perturban la clara percepción de la realidad, tardan muchísimo en curarse del todo. Aunque se haya producido la reacción en la masa, y ésta haya recobrado la normalidad del buen sentido, perdura la morbosidad en casos aislados, individuales, que, por lo común, se muestran, no en los de abajo (no obstante ser quienes con mayor derecho podrían desconfiar, pues tardan más que los de arriba en sentir los beneficios sociales), sino en los que constituyen las llamadas clases directoras. Eso les da mayor resonancia y apariencia; y si el "caso" se produce en alguno de los hombres que son (ó se figuran ser) cumbres de la intelectualidad patria, entonces lo que es puramente singular

toma el aspecto de algo que responde á la continuación en la masa del antiguo estado enfermizo.

Tal ocurre ahora en España. Por muchas razones que en otros lugares expliqué, la mayoría de los capaces de opinión está curada ya del pesimismo de antaño; pero aún se dan enfermos retrasados, que repiten la antigua cantilena, porque no les abandonó el virus y contribuyen así á la ilusión de que seguimos como antes, aunque en realidad sólo se trata de algunos señores rezagados del movimiento general, ó tozudos, ó simplemente cultivadores de una plataforma, á su juicio muy resonante, por lo mismo que los diferencia de los demás y les presta una originalidad que engaña á los bobos; y aunque la desprecien los listos, como los bobos son mayoría en todos los países del mundo, los señores de la plataforma logran un éxito más ó menos perdurable. Ejemplos de todo esto pueden verse en recientes escritos de españoles de mayor y mediana cuantía, acerca de la guerra actual y sus consecuencias para España, de las cuestiones económicas, de las relaciones con América y de otros temas de actualidad.

Lo único que como patriota me preocupa de todo ello es lo que pueda contribuir á mantener fuera de España el error de que seguimos padeciendo el mortal pesimismo de épocas anteriores. Se necesita conocer muy de cerca á nuestros hombres, para distinguir en ellos la causa de su respectiva actitud, que una vez conocida, disminuye, hasta anularlo á veces, el valor de sus pesimismos. Unos son simplemente, como antes dije, enfermos rezagados que hablan de buena fe, porque ni aun se dan cuenta de su enfermedad; otros, fracasados ó amargados de la

vida, que reflejan su amargura sobre la totalidad nacional; otros, simuladores de creencias y doctrinas, que dicen lo que estiman convenir en cada momento á su notoriedad, sin prestarle fe alguna realmente; y otros, en fin, pertenecen á esa especie de políticos que todo lo ven malo é incurable... mientras el país no se decida á tomar los medicamentos que ellos representan en su manera de gobernar cosas y hombres: género de vanidad ya muy conocida y desprestigiada, que á veces ni aun es sincera, sino un asustapájaros que nunca asusta á los que están en el secreto. Pero el secreto hay que vocearlo á los demás para que no caigan en el fácil engaño que se deriva de un nombre prestigioso ó de una tribuna de gran resonancia.

Una de las derivaciones de esos restos de pesimismo, en lo que se refiere á las cuestiones hispano-americanas, consiste en afirmar rotundamente que hasta aquí todo ha sido—y aún sigue siendo, con excepción del que afirma—puro lirismo y trompa romántica.

Ya hablé de esto al tratar de "El americanismo en las Cortes". Está bien la afirmación cuando con ella se señala el vicio *dominante* hasta hoy en el americanismo de aquí y de allá, y si con ese señalamiento se busca promover con toda energía la reacción contraria. Pero cuando de ello se pasa á la negación absoluta de corrientes de pensamiento y acción distintas, y se insiste en lo del *lirismo* en tono tal que resulta deprimente para todos y abonado á que los de fuera crean (ó tomen pretexto para hacer creer) que continuamos todos incorregibles con la vieja y desacreditada tocata, entonces se cae en la enfer-

medad ó en la simulación pesimista, y, lo que es peor, se comete una injusticia palmaria, de consecuencias nacionales.

Porque mientras esas cosas se dicen y se escriben, los hechos siguen contradiciéndolas y afirmando el indudable resurgimiento del país, á pesar de las faltas de sus gobernantes. Citaré unos cuantos de esos hechos, en apoyo del optimismo que he defendido siempre y que recomiendo á todos los españoles, con tal de que ayuden á él con actos y no sólo con sentimientos, es decir, contribuyendo en su esfera respectiva á que sea cada día más verdad el progreso español.

La revista *The Americas*, de Nueva York, me ofrece en su número 8 del vol. 2.° (Mayo 1916), el primero de esos hechos. Y le doy la categoría de tal, aunque se trata de un artículo de Wallace Benedict sobre "El renacimiento comercial de España", porque la opinión de un extranjero en tales cosas es la mejor comprobación de la existencia de ellas, pues no cabe oponerle la excepción de "fuerza irresistible" que el patriotismo suele crear en el ánimo de los apasionados.

"Es interesante —comienza á decir Benedict— el progreso de España en los últimos diez ó quince años, y sus adelantamientos en respuesta á ese estímulo más que ningún otro aborrecible: la guerra." El articulista va examinando los diferentes efectos que la guerra actual —y más lejanamente la de 1898, si es que aquello llegó á ser una guerra— ha producido en el ánimo de nuestros hombres de negocios, y se fija especialmente en el hecho de que algunos de nuestros buenos productos agrícolas é industria-

les se vendían en muchos mercados con etiquetas extranjeras, en relación con lo cual señala el valor grandísimo de nuestros aceites, de nuestros vinos (no sólo el Jerez y el Moscatel, sino también el "maravilloso Riojano"), sardinas, anchoas y otros productos, y la reacción que entre nosotros se ha producido, con indudables efectos, contra esa derivación perjudicial de nuestros elementos principales de exportación. Igualmente apunta—al lado de acertadas observaciones, como la de la resistencia de los viejos capitalistas á movilizar su dinero, según pide la generación nueva, emprendedora y audaz—el esfuerzo evidente por aumentar la potencia productora de España y abrirse nuevos mercados en que las especies españolas se difundan con marcas nacionales. Ese esfuerzo lo advierte bien —escribe Benedict—el extranjero que visita los centros de negocios, y se evidencia en la actividad de éstos, en la abundancia de viajeros españoles, "especialmente en los países de lengua inglesa, para aprender el idioma y los métodos financieros, y en el impulso que se procura dar á las nuevas explotaciones de recursos naturales. El efecto que en el visitante de España se produce — concluye el articulista — es "que un nuevo orden de cosas está sustituyendo al antiguo, y una década más nos permitirá ver una Iberia quizás menos romántica, pero seguramente más próspera".

El artículo de W. Benedict no es un caso islado, sino la repetición de observaciones que años hace vienen consignando los economistas y sociólogos, y también los políticos de diferentes países, salvo alguna desafinación solitaria como la de *Le Journal*,

de París, cuyo reciente escrito, poco favorable para nosotros, muestra demasiado claramente una influencia política, y quizás la sugestión de algunos malos españoles, de la especie de los que alardean patriotismo en Madrid y hieren traidoramente á la Patria en el extranjero. Esa repetición de las observaciones optimistas que suscribe Benedict, hecha por hombres de varios países y distinta filiación doctrinal, debería ser bastante para que se curasen nuestros "enfermos" y para que nadie creyese á los que fingen pesimismo por conveniencias personales ó por vanidad, que sólo ve el remedio en los méritos propios.

En este mismo orden de los hechos comerciales se pueden registrar iniciativas que ratifican el desprendimiento de la actividad nacional. Conocidas son, por ejemplo, las meritorias gestiones que está realizando en Cuba D. Carlos Calzada. Citaré también las del comerciante español D. A. García Gallardo, establecido en Montevideo, quien acaba de enviar al Centro de Información Comercial establecido en nuestro Ministerio de Estado (y cuyos servicios económicos son ya de grande importancia), una memoria muy interesante. El Sr. García confirma lo que rotundamente dije en mi conferencia de la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación, hace ocho meses, á saber: "Que el momento actual tal vez sea *el único y el más propicio*" para "estrechar y fomentar las corrientes comerciales" de España con las naciones de América. El Sr. García, á quien ayudan en la empresa D. Pablo Fonaina, director de la Escuela Superior de Comercio, y don Miguel Barros Castro, secretario de la Cámara de

Comercio Española, se propone concretamente "fundar en esta plaza una gran casa de Representaciones de la Industria y el Comercio español, que sea un alto exponente de nuestros progresos en esas ramas, adicionando á la misma un Centro de información general de todo aquello que pueda tender al fomento de las relaciones mercantiles entre este país y la Península" (1).

Todo esto (y más que pudiera aducirse) quiere decir que nos damos cuenta de la situación y trabajamos por aprovecharla. Sin duda, es aún muchísimo lo que queda por hacer, de parte del Estado y en la esfera de las iniciativas particulares. Olvidarlo y cantar victoria prematuramente sería una candidez imperdonable; pero lo que ya se ha hecho es indicio de que se puede y estímulo para seguir haciendo todo lo que ya expuse como programa mínimo de reformas y creaciones económicas relacionadas con América.

II

No por ser cosa que aceptan hoy sin dificultad todos los hombres pensadores, á poca ecuanimidad que tengan, es menos necesario repetir á cada momento que las necesidades económicas, con ser tan primordiales en nuestra vida, no lo son todo; y, por

(1) El Sr. García ha realizado ya un viaje á España para iniciar la realización de su propósito.

tanto, que en el progreso de un país y en su prestigio entran no sólo las mejoras de aquel carácter, sino también, y en gran medida, los valores de índole espiritual, de cuya fuerza y empuje depende siempre la reacción con que el hombre se defiende de las condiciones que la Naturaleza le ofrece para la satisfacción de aquellas necesidades, ó las modifica con más ó menos intensidad y acierto.

Esto, que es verdad para el conjunto de la vida de un país, lo es igualmente en el orden de las relaciones con América. Lo he dicho muchas veces y no me canso de repetirlo. Hay que dar á esas relaciones base económica; ello es indispensable. Pero no despreciemos como inútiles las bases espirituales, que dan prestigio é influencia y arrastran consigo á las demás, con tal que los hombres no se crucen de brazos en espera de que el maná caiga del cielo. Quienes niegan valor á todo otro orden de cosas que el económico en ese complejo fenómeno que se llama relación entre pueblos distintos, muestran una ignorancia supina de lo que es la vida humana y una estrechez cerebral de la que, al fin y al cabo, vienen á sufrir las mismas necesidades materiales.

Todo esto sirve de preámbulo á lo que voy á referir en el presente número, segunda parte de la materia que comprendió el anterior. Los hechos que aduciré son de orden espiritual y se refieren á la reacción favorable que se está produciendo en el mundo por lo que toca á nuestra obra intelectual y á nuestra historia.

Conocidos son los juicios que á los académicos franceses que recientemente nos visitaron ha me-

recido la moderna ciencia española. Continuación de esos juicios es un artículo del presidente de la Academia de Ciencias de Francia y director del Museo de Historia Natural de París, M. Edmundo Perrier (uno de nuestros visitantes), y lo que acerca de Cajal se viene diciendo estos días en la Prensa francesa á propósito del nombramiento de aquél para un puesto honorífico en el Instituto de Francia.

Ciertamente, el prestigio de Cajal no es una novedad en el mundo. Años hace que fué reconocido por los especialistas de todos los países, como lo prueban el otorgamiento del premio Nobel y la adopción de sus procedimientos de investigación en la mayoría de los laboratorios de Biología; pero alrededor de ese prestigio, que en el hecho antes mencionado halla nueva confirmación, se va produciendo el reconocimiento de los valores de otros hombres de ciencia, que en esfera más modesta que Cajal, pero no menos positiva, están contribuyendo al progreso de los estudios científicos.

Conviene decir, en este punto, que esos reconocimientos no nos ciegan. Sabemos bien—aunque algún escritor español parezca creer con sus observaciones sentenciosas que no estamos advertidos de lo que es muy claro y patente—que en muchas ramas de las ciencias experimentales y de observación no hemos desplegado aún una actividad *tan intensa*, tan *persistente* y tan *fructífera*, como otros países europeos; pero no queremos que esa inferioridad lleve, ni á propios ni á extraños, á la negación de que existen actualmente entre nosotros focos de investigación científica y personalidades tan meritorias en este orden como las de cualquier

otro país. Nuestra diferencia es de número y de medios; pero donde la actividad se ha producido, es pareja con las análogas de otras naciones. Eso es lo que queremos que nos sea reconocido, y lo que se nos reconoce ya en los escritos que he citado antes, y en otros que podrían añadirse.

La conciencia de nuestro esfuerzo en este punto llega á más: á reivindicar como terreno que especialmente nos pertenece, el que afecta al estudio de los elementos peninsulares, reaccionando así contra el indiscreto afán de algunos sabios extranjeros, que creen ser derecho suyo exclusivo la "materia" española y consideran poco menos que como un delito el que se atrevan á "arrebatársela" los españoles. El gesto avinagrado y la hispanofobia de algunos cultivadores de estudios hispánicos no tienen otra explicación. Por eso, en los trabajos que emanan de aquí no ven más que defectos; pero ya los conocemos acá suficientemente y nos reímos de esos malhumores.

Esa posición reivindicadora de nuestros hombres de ciencia, que señala de un modo gallardo el revivir de nuestra ciencia, ha sido definida perfectamente en un reciente discurso dirigido á M. Perrier por el director del Museo de Historia Natural de Madrid, D. Ignacio Bolívar, uno de nuestros buenos naturalistas.

"Están felizmente lejanos—ha dicho Bolívar—los tiempos en que se podía pensar en misiones de sabios encargados de explorar nuestro suelo. No es que en modo alguno pretendamos el monopolio; al par que nosotros los españoles, todos los sabios extranjeros, de cualquier nacionalidad, nos honra-

rán siempre con su colaboración. Pero una nación cuyos establecimientos destinados al fomento de la Ciencia son tan antiguos como la mayor parte de los de cualquier otra, aunque un siglo de guerras civiles y extranjeras haya detenido su marcha, merece de las naciones extranjeras una consideración muy diferente de aquellos otros países que no poseen tales antecedentes. Es, pues, de desear que cordiales relaciones de los investigadores españoles, franceses ó de otra nacionalidad, que colaboren en el estudio de España, no sean jamás perturbadas por aquel *trop de zèle* á que un sabio estadista hacía alusión, y que aun empleado en favor de la Ciencia, puede perjudicar á los altos fines que ésta persigue".

Declaración semejante, unida al reconocimiento que de nuestra labor se hace ya en todas partes, nos obliga, claro es, á multiplicar el esfuerzo y á darle carácter permanente, para que llegue á crear escuela, es decir, una serie ininterrumpida de trabajadores que se suceden los unos á los otros á través de generaciones y que en cada una de éstas cooperan con entusiasmo á una obra común: hechos ambos en que reside un poco del secreto de la superioridad de otros países.

La vindicación del elemento español tiene también, como ya saben mis lectores (pues de ello he hablado repetidas veces), una dirección histórica. Es interesante notar que esa dirección no se refiere sólo á la historia americana, sino que toca también á la europea. Varios libros de fecha próxima relativos á Felipe II podrían ser ejemplo, que algunos de nuestros "radicales" todavía no han sabido apro-

vechar. Otro ejemplo lo ofrece el reciente artículo de M. Pedro Nothom, en el *Journal des Débats*. El espíritu de D. Martín de los Heros debe haberse estremecido con profundo gozo en su descanso de la otra vida, si es que ha llegado á saber lo que Nothom escribe, confirmación substancial de aquel librito patriótico que el bueno de D. Martín escribió á mediados del siglo XIX, y que he sacado del olvido no hace mucho en mi prólogo á *The Spanish Pioneers*, de Lummis.

En resumen—y me valgo del que transmite Ciges Aparicio, porque no tengo á mano el texto original—, Nothom, después de evocar las supervivencias españolas (algunas de las muchas existentes) que se encuentran en Bélgica, dice que se podría escribir un libro muy instructivo sobre esa materia; y que convendría hacerlo así "para separar los hilos conductores de la sensibilidad psicológica nacional". Eso es lo que inició, sin pretensiones científicas, D. Martín de los Heros y lo que aguarda la acometida de uno de esos jóvenes que entre nosotros ambicionan renovar la patria, sin acertar en muchos casos con el modo efectivo de realizarlo. Nothom añade algunas consideraciones que son de grandísima importancia. "Los españoles—dice—*no fueron conquistadores*, y aunque algunos olvidaron su deber no viendo á su alrededor más que vencidos (¿qué pueblo del mundo está indemne de esa falta?), la mayor parte no incurrió en ese error."

„El pasado—termina—explica algunos hermosos rasgos del carácter actual, y no puede desagradar á los españoles de hoy saber que el pequeño pueblo caballeresco del Norte no ha olvidado que sus

padres fueron siempre caballeros en Bélgica."

Recomiendo la lectura de esos párrafos á los hispanófobos que aún suele haber por esos mundos. Aunque los creo incorregibles, porque no hay peor sordo que el que no quiere oir.

III

Hay un aspecto del pesimismo español que conviene considerar aparte, ya que es uno de los que más base ofrecen á los ataques que los hispanófobos de hoy nos lanzan, fundándose en él nuestros propios juicios. Me refiero al aspecto que reposa en la generalización de críticas que, en justicia y realidad, sólo convienen á unos cuantos individuos ó á determinadas agrupaciones.

Un documento del Ministerio de Estado y un reciente artículo de un periódico español me proporcionan motivo concreto para las consideraciones siguientes: Mi sistema dice relación, concretamente, á una coletilla que los españoles usamos con descuidada frecuencia y que ha contribuído entre nosotros á mantener y difundir el pesimismo; y fuera de España á que continúen muchos juzgándonos mal colectivamente por aquello de que "á confesión de parte..." La muletilla esa, que tiene expresión breve en la frase "Cosas de España", cuando se emplea irónicamente (yo la empleo, á veces, pero en serio), aparece desarrollada con toda amplitud

de razonamiento en el aludido artículo, á propósito de la nota reciente del Ministerio de Estado sobre el torpedeamiento de buques españoles por submarinos alemanes y austriacos.

Dice así el artículo: "Esto (las explicaciones que el Ministerio da en punto á sus reclamaciones con aquel motivo) quiere decir simplemente que *no había opinión;* peor aún: que la opinión estaba extraviada y dudosa. Por absurdo que parezca, *un español* del siglo XX necesita que su Gobierno le razone su propia indignación. En otros tiempos no hubiera hecho falta que el Gobierno acudiera á buscar textos como los de las Convenciones de La Haya."

Este párrafo, y singularmente las palabras que he subrayado en él, quieren decir, á juicio del articulista, que *toda* la opinión española estaba extraviada y dudosa y que *todos* los españoles del siglo XX necesitan de los referidos razonamientos; así lo interpretará seguramente la inmensa mayoría de los lectores. Bien se me alcanza que el articulista sabe de muchos, muchísimos españoles, que no estaban ni están en ese caso; pero la fuerza de la costumbre ha cumplido aquí su oficio, ha conducido dócilmente la pluma y ha estampado juicios absolutos que convierten en *nacional* un hecho que no lo es. La responsabilidad, de individual ó de parcialmente colectiva, se convierte así en algo que alcanza á todos los conciudadanos.

Hay en ello un error que ante todo perjudica á lo que está por encima de todos los partidos y sectas. Lo exacto sería decir que había entre nosotros *una parte*, todo lo considerable que se quisiera, de opi-

nión española extraviada y dudosa, y muchos españoles necesitados de que se les razone la propia indignación.

Pero no escribo ahora para criticar una expresión periodística, porque no gozo nunca con esta especie de crítica, poco piadosa, por lo general. He tomado aquel pasaje de un artículo anónimo, como representativo de una manera de decir nuestra, que arroja sobre todos las culpas ó los errores que sólo pueden imputarse á unos cuantos. Y como *todos* componemos la nación, nuestra costumbre de hablar en términos absolutos (quizás es una nota de la psiquis meridional) convierte en defectos *nacionales* lo que son, á menudo, defectos de *tales* ó *cuales* españoles.

Porque ese juicio se repite en toda ocasión y con todo motivo. Nadie censura la holgazanería de un empleado, la lentitud de un expediente, la ignorancia de un profesor, el utilitarismo de un político, sin añadir: "*Somos* incorregibles", "*España* está muerta", "*La* Administración es una calamidad", "*El* Profesorado defrauda al país", "*Los* políticos son unos tunantes", etc., etc.

Ya sé que algunos de estos juicios generales, cuando abrazan toda una especie profesional de hombres, son comunes á casi todos los países, como los juicios epigramáticos de los médicos y de las suegras. Pero entre nosotros se particularizan, se refieren especialmente á España, de donde resulta que todos los españoles somos incorregibles; que toda nuestra Administración es una calamidad; que todos nuestros profesores, y sólo nuestros profesores, son unos ignorantes y defraudan al Estado

en cuanto cobran un sueldo que no ganan; que todos los políticos, y sólo nuestros políticos, son unos tunantes, etc., etc.

Ya es hora de que corrijamos esto. Bastante es que parte de los ciudadanos y de los profesionales españoles padezcan estas ó las otras faltas; que parte de nuestra opinión pública cometa tales ó cuales errores ó anteponga intereses ajenos á los de la Patria, ó descuide las conveniencias propias, ó viva intelectualmente en el siglo XII (decir en el siglo XVI es una calumnia histórica en ese caso). No agravemos el mal hasta convertirlo en genéricamente español, comunicando á nuestras expresiones términos absolutos que pugnan con la realidad. Y así, á la vez que libraremos á España (de la que igualmente forman parte los buenos y los malos; permítaseme el empleo de estos términos, también demasiado absolutos, para ser breve) de un sambenito que no le corresponde, haremos la discreta separación, en toda la colectividad nacional y en cada una de sus esferas profesionales, entre los que son de un modo y son de otro, para que cada palo aguante su vela y no pagen justos por pecadores.

Esa separación es más fácil de lo que parece, porque aquí (y en todas partes) nos conocemos todos. Por eso son más injustos los juicios absolutos. Todo profesor, todo magistrado, todo político, todo periodista, etc., á menos que sea un misántropo aislado del mundo (y eso no es posible en un profesional), sabe bien quién de sus compañeros cumple y quién no; quién sabe y quién no sabe, y cómo piensa cada cual, ó poco menos. Dígase, pues, cuando se acusa, y con toda franqueza, á quiénes se refie-

re la acusación; pero no la diluyamos echándola sobre todos, y menos á cuenta de vicios que se suponen substanciales en la "raza" y convierten en ilusoria la responsabilidad individual ó de grupo; pero, en cambio, la echan sobre la representación colectiva, sobre esta madre España que todos amamos y que la mayoría calumnia, inconscientemente, á cada hora.

Y no olvidemos que una de las bases en que se apoyan los que fuera de España tienen interés en deprimirla, es ese juicio absoluto con que nosotros, faltando á toda justicia y á toda verdad, nos empeñamos en hacernos pasar por incapaces é incorregibles. Los hechos, por fortuna, dicen todo lo contrario; y, por fortuna también, se ha iniciado entre nosotros una corriente patriótica, de que me ocuparé en el siguiente capítulo.

CAPÍTULO VI

PATRIOTISMO ESPAÑOL. NUEVAS FORMAS

Desde hace algún tiempo—no mucho—se advierte en España un movimiento patriótico muy acentuado y muy general que, reaccionando contra los pesimismos de días bien próximos á los actuales, propala con la doctrina y el ejemplo la estimación de cosas españolas por muchos años olvidadas ó menospreciadas. Tiene todavía ese movimiento pocas manifestaciones que diríamos prácticas, porque la mayoría tocan aún á extremos de la vida en que el romanticismo del recuerdo es el primer factor, con todos los peligros que en sí tiene, y entre ellos el de la escasa consistencia. Pero el sentir romántico de cosas pasadas, en las cuales se estima que resplandece la característica de un pueblo ó se expresan cualidades básicas del espíritu que hoy pueden tener otras aplicaciones, es siempre una fuerza, y además suele, históricamente, preceder á expresiones de consecuencias más positivas para los intereses primordiales en toda nación.

Ejemplo de tales manifestaciones es el estudio de

los tipos de casa española clásica, á que se van aficionando las gentes, con mucha razón, á mi juicio; porque nuestra casa castellana del Renacimiento y algunas formas propias de ciertas regiones son—en el caso de vivienda propia, ó para una sola familia, que es lo racional y lo que se practica siempre que se puede, aun en las naciones más "modernas" y de mayor densidad de población—, infinitamente superiores en comodidad, condiciones higiénicas y elegancia, á estas horribles casas modernas de pisos, que disfrazan su interior abominable con fachadas más ó menos extravagantes ó aparatosas. La sustitución de los palacios y hoteles modernos (aun los modestos), en que principalmente, durante muchos años, se imitaron arquitecturas extrañas y de escasa aplicación á nuestro país, por los que imitan las formas españolas antiguas, me parece, no sólo un legítimo movimiento patriótico, sino también un acierto artístico.

La exposición que en Febrero de 1914 organizó el Círculo de Bellas Artes de Madrid, presentando al público los trabajos del concurso de "La casa antigua española", demostró (con ser muy pocos los ejemplos aducidos, frente á lo mucho que cabría reunir después de una larga rebusca) qué rica variedad ofrece nuestra arquitectura en este punto, y cuánto más cuadra á nuestro modo de ser y á la que diríamos fisonomía exterior de nuestro espíritu colectivo, que los préstamos hechos á Francia, Inglaterra, Suiza, etc. El ideal de la vivienda presente consiste, á mi juicio, en dotar á esos armazones arquitecturales de nuestra buena época artística, de todas las comodidades y limpiezas que hoy se dis-

frutan en las grandes urbes, y eso no es tan difícil como pudiera creerse. Todo estriba en cultura bastante para saber convivir espiritualmente con lo bueno antiguo y moderno, y sentir la gracia y el encanto que hay en las formas creadas por nuestros antecesores, aún no superadas en muchos respectos.

Para corresponder exactamente á lo que esa restauración hispanista pretende en lo más espiritual y nacional de ella, convendría que no se desviase por caminos transversales. Español es el churrigueresco del XVII y XVIII, como el renaciente y plateresco del XV y XVI y el mudéjar; pero con ser todos estilos españoles (unos, genuinamente; otros, en la adaptación que aquí les dimos), es indudable que no todos se pueden recomendar igualmente, ni desde el punto de vista de la estética, ni desde el de la representación nacional que tienen. No indica lo mismo reproducir ó imitar la casa española de tiempo de los Reyes Católicos y de Carlos I, que la de Felipe IV y Carlos II. Aunque á veces la diferencia sea sólo ornamental y no afecte á lo más característico de la construcción, lo que esa diferencia dice al espíritu es todavía más diferente. Y digo esto, porque noto en las actuales construcciones de Madrid una marcada tendencia á pararse en el churrigueresco del XVII ó las degeneraciones del Renacimiento, que precisamente corresponden á la época de nuestra decadencia y la evocan. Sería mucho más tonificador del espíritu nacional (y desde luego más artístico), remontarse á los tipos anteriores que hablan de grandeza, de energía, de empuje y de optimismo.

Al compás de esta restauración arquitectónica va naturalmente la del moblaje. También de ello hemos tenido exposiciones demostrativas de que en nuestros muebles del XVI y XVII (los del XVIII son muy franceses, pero á mí me gustan mucho) hay formas más adaptables á los hábitos regalones modernos, y muy bellas. Gentes adineradas que pueden permitirse desde luego estos gastos han comenzado á presentar las habitaciones de sus viviendas con muebles antiguos auténticos, mientras los ebanistas van entrando por la reproducción de esos mismos tipos, y los hacen cada día más accesibles á las fortunas modestas (1). Yo no digo, claro es, que repudiemos todos los muebles modernos. Los hay, sin duda, que no tienen similar en lo antiguo. Lo que me parece bien de esta restauración á que ahora me refiero es la adaptación y aprovechamiento de los que, con el sello de nuestro espíritu en expresiones que no pueden ser *viejas*, aunque sean *antiguas*, ofrecen formas artísticas preciosas y de manifiesta utilidad.

Una rama del moblaje que también va volviendo á nuestros usos es la cerámica. Sevilla, Talavera, Valencia y Retiro repiten y remozan, por industria de fabricantes modernos, los modelos encantadores que les dieron celebridad y que van aplicándose á los maceteros, los quinqués, los jarros para flores, los platos decorativos, etc., siervos antes exclusivamente de la cerámica extranjera (2).

(1) En este respecto son admirables las imitaciones de lo antiguo que hacen los ebanistas valencianos y los de otras regiones, con gran éxito comercial además.

(2) El progreso obtenido en estas industrias artís-

Á medida que todo esto se afine (y con ello otros tipos de arte nacional) y se abarate, irá ensanchando su campo de acción y entrando cada vez en mayor número de cosas españolas, y á la vez se obtendrá todo lo que, calladamente, el espectáculo familiar de cosas tales va diciendo al espíritu de un pueblo que hasta hace poco creía haber perdido el suyo.

Y dejo para lo último el hablar de la restauración ideal que se viene produciendo en la Literatura, sobre todo en el teatro. Marquina, Villaespesa, Goy de Silva y otros, han acometido esta suerte de dramaturgia nacional y han encontrado un público que la oye con agrado y la aplaude, síntoma evidente de que responde á movimientos interiores del alma patria, cuya fórmula irá concretándose con el poderoso auxilio de todos esos elementos de arte.

Ese "españolismo" es todo él histórico; quiero decir que evoca cuadros y sucesos de la historia española correspondientes á períodos, momentos y personajes muy caracterizados y reveladores de algo que conviene recordar y enaltecer.

En términos generales, ese teatro á que aludo se diferencia esencialmente del análogo que se cultivó

---

ticas es grande. Lo he podido comprobar concretamente hace pocos días, en la Exposición de industrias sevillanas, en la Feria-muestrario de Valencia y en las fábricas de esta capital. La reproducción de modelos antiguos (v. gr. todos los platos célebres de arte árabe, románico, Renacimiento) y las composiciones y tipos nuevos, alcanzan ya gran perfección. Y lo mismo comienza á producirse en la cerrajería, en los trabajos sobre bronce, etc.

en la época romántica, el cual sólo veía, en los tiempos pasados de la vida española, el aspecto sentimental (más ó menos fantaseado, casi siempre más que menos) sin transcendencia histórica, ó, á impulsos del liberalismo progresista de entonces, censuraba los defectos del antiguo régimen, mientras que Marquina y sus continuadores, aun cuando censuran ó simplemente retratan vicios y errores de tiempos pretéritos, acentúan el valor de lo bueno que en ellos se encuentra, á juicio de cada autor, y sobre esas bondades proyectan la más viva luz de su arte.

Un profundo sentimiento de admiración hacia ciertas notas del alma española, acusadas vigorosamente por determinados hechos ó personas (hombres y mujeres) de nuestra historia, anima interiormente la labor literaria de aquellos escritores. Hay en ellos el deseo bien claro de vindicar á España de tantas leyendas que falsifican su verdadero modo de ser, y de presentar á los ojos de los pesimistas ó escépticos actuales la visión, sublimada por el arte escénico, de grandes cualidades y de grandes acciones que hoy desconocemos ó desdeñamos.

No voy á discutir una por una esas vindicaciones y esos entusiasmos. En general, me parecen aquéllas justas y éstos bien dirigidos. Por de pronto, y á reserva de detenerme á considerar alguna de las obras aludidas, sólo quiero llamar la atención acerca del contraste que esa posición entusiasta y patriótica tiene con la despreciativa ó pesimista dominante hasta hace poco. Precisamente por eso la incluyo entre las manifestaciones actuales que revelan un despertar del sentimiento patriótico, en cuan-

to éste significa confianza en las propias cualidades y satisfacción por una parte, á lo menos (¿qué nación podrá estar satisfecha de *toda* su historia y de *todos* sus hombres?), de los hechos realizados hasta ahora.

El valor enorme de esa confianza y de esa satisfacción está probado suficientemente por todos los escritores que han estudiado la íntima correspondencia que en el espíritu de los pueblos tienen el concepto de su pasado, la conciencia de sus facultades y el empuje para la acción actual.

No hace falta recurrir al endiosamiento y á la patriotería que todo lo encuentra admirable por ser propio, desde los orígenes de una nación hasta las más insignificantes direcciones de vida presentes. Contra ese uso indebido de la Historia (pecado que antes que á la España de hoy, mucho antes, hay que imputar, y severamente, á las naciones en otro respecto más adelantadas de Europa), toda censura es merecida y toda oposición necesaria. Pero no se trata de eso, sino de discernir con ecuanimidad lo bueno que cada cual tiene y ha realizado, y tenerlo siempre presente como garantía de una acción útil, como tributo para el respeto y el concurso ajenos y como brasa en que legítimamente se encienda el entusiasmo indispensable para la continuación y el engrandecimiento de la vida. Hubo una época en que nosotros denigramos por igual todo nuestro pasado, sólo porque lo era y porque en él había cosas que repugnaban á nuestro pensar moderno, y en que nos negábamos toda cualidad humana y fecunda, sólo porque oíamos negárnosla á quienes, para ello, adoptan un criterio de juicio que cuida-

dosamente dejan de aplicar á lo suyo propio. La Literatura reflejó ese estado de nuestro espíritu. Para él trae también remedio ahora la Literatura.

Claro es que desgloso de ella aquellos libros—más frecuentes en el campo de la novela que en el teatro—que, siguiendo las huellas de un arcaísmo artificioso, se limitan á remozar expresiones de lenguaje muertas y enterradas por el pueblo español, y á evocar cuadros de vida por lo común fríos, académicos y sin transcendencia alguna. También los hay (en este tipo literario) que perpetúan la antigua posición pesimista, ó que únicamente escogen del pasado lo que tuvo de censurable, bien á título de "genuinamente" nuestro, bien (y es el caso más frecuente, aunque no lo digan) de humana y universal flaqueza. De esos libros, cuyo mérito en puro arte no discuto ahora, excuso hablar aquí, porque están fuera de la corriente que examino. Á lo más, podrían incluirse en otra, análoga á la que se esfuerza por restaurar el uso de nuestro moblaje antiguo ó de nuestra arquitectura de cierta época.

La importancia de las obras teatrales á que me refiero estriba en que lentamente vayan produciendo en el público—en la gran masa del público que no lee libros de Historia—la convicción de que algo grande y noble hubo en nuestro pasado y de que la raíz de esa grandeza está en cualidades hondas de nuestro espíritu que afloran y se expanden en momentos determinados de nuestra vida ó encarnan en ciertos hombres ó grupos de hombres de todos los tiempos. Cuando se produzca esa convicción surgirá el entusiasmo que necesariamente trae consigo, y el alma colectiva se sen-

tirá dispuesta á realizar cosas de la vida moderna que antes la parecían inasequibles.

Ya sé que algunas gentes sonreirán al leer esa confianza que expreso en la labor *histórica* de la literatura teatral. Tales gentes son, ó las que desprecian toda literatura como entretenimiento de vagos y sentimentales, ó las que, desde lo alto de un tecnicismo hinchado y doctoral, creen que la Literatura nada tiene que hacer en el "campo augusto" de la Ciencia.

Unas y otras padecen lamentable equivocación. Á las primeras, sería inútil tratar de sacarlas de ella. Á las segundas, les recomendaré que se asomen no más á la producción metodológica contemporánea, y vean la importancia que ésta concede á las novelas, los poemas y los dramas para la formación del conocimiento histórico; y como la procedente de países cuya civilización y bienestar generales se admiran tiene siempre el prestigio que emana de esa admiración, lean en el *Boletín de la Sociedad Histórica de Massachussetts* (número de Mayo de 1915), el trabajo de Mr. Bradford sobre "La novela como material histórico". Y adviertan que se trata de un norteamericano, es decir, de un hombre del país que, entre todos los del mundo, goza de mayor fama de "práctico" y antifantaseador.

Quedamos, pues, en que la Literatura, no sólo influye en la opinión general, sino que tiene un puesto en la formación de los conceptos históricos. Por eso mismo, cuando reflexivamente se acude á ella para producir un determinado efecto, es necesario prever cuidadosamente la impresión que pueda

causar. Yo temo que la última obra dramática de la especie que aquí me ocupa, estrenada en Madrid (*La tizona*, de los señores Ramón de Goy y Enrique López Alarcón), no ha de causar, en muchos de los que la vean en el teatro ó la lean impresa, el efecto que los autores seguramente apetecieron. Y como *La tizona* se refiere á la conquista de América, en fines del siglo XVI, importa hablar de ese drama en este sitio.

¿Qué se han propuesto en él los autores? Á mi parecer, en primer término, ofrecer á los espectadores un cuadro lo más vivido y brillante posible, de una parte de la vida española en aquel final de siglo. Dentro de ese intento principal, los señores Goy y López Alarcón han llevado el desarrollo de la acción hacia un punto que parece poner de relieve (algunos críticos así lo afirman) la ceguera de los poderes del Estado, que, ingratos y ordenancistas por condición, detienen el vuelo libre de las acciones particulares y convierten en infructíferos los más afortunados arranques.

Varios hechos de nuestra historia colonial vienen á la memoria al colocarnos en ese punto de vista, que también es el de algunos de los personajes de la comedia. Pero á esta impresión de desaliento (que se pudiera abstractamente expresar en la fórmula: el Estado como paralizador de las iniciativas individuales en daño del interés nacional) se sobrepone indudablemente, en el ánimo del público, la que deja todo lo referente al objeto que da título á la obra (*La tizona*) y á las cualidades de quien maneja la tizona misma, gallarda representación del alma aventurera española. Después de todo, Feli-

pe II y el virrey tenían razón de atajar los pasos de D. Lope.

Un conquistador que empieza su epopeya robando á una dama y amparándose con engaño de un galeón regio, no es persona muy de fiar; y para algo existían en aquellos tiempos las capitulaciones con la Corona, que autorizaban para la conquista. En este respecto, D. Lope de Quirós no representa el tipo característico de los conquistadores hispanos. El caso de Hernán Cortés no se puede aducir en apoyo del de Quirós, porque es muy diferente.

Pero ya he dicho que lo más impresionante de la obra no es la relación entre D. Lope y el rey, sino la que Quirós dice de su espada y de su alma española. La exaltación lírica de aquélla —hecha por los autores en dos admirables trozos de poesía—y la afirmación de la energía y la belleza que hubo (y sigue habiendo, en parte) en caracteres fundamentales de nuestro pueblo, aplicados entonces á la forma normal de la lucha entre las gentes (¿no es esa la misma que hoy realizan quienes parecían más *civilizados* que nosotros ahora?), son elementos artísticos que, háyanlo querido ó no los señores Goy y López Alarcón, hieren vivamente el espíritu del público y dejan en él un efecto optimista, reconfortante, análogo al que producen, verbigracia, *Las flores de Aragón*, de Marquina.

Ese efecto no es (como la malicia de algunos gustaría de poder asegurar) el de infundir vida nueva á los impulsos conquistadores de otros tiempos. Entonces no eran cosa exclusiva de España, y lo único que se puede decir de ésta es que los cumplió con un arranque, un tesón y una capacidad para el

sufrimiento, superiores á los de todo otro pueblo de Europa. Hoy no los sentimos ya. No es este fenómeno de flaqueza, sino producto de la reflexión, que poco á poco ha cambiado nuestro espíritu, como convendría que cambiara el de algunas naciones europeas y no europeas, temibles en este respecto.

El efecto de *La tizona* será, en lo que toca á ese punto que ahora examino, de contribuir á que los españoles de hoy descubran en su alma la existencia de cualidades que llamaríamos "angulares", dignas de admiración en todo momento—como admiran sus análogas los ingleses, los franceses, los alemanes, los norteamericanos, etc.—y que, dirigidas á las luchas de la paz, las únicas dignas de nuestro tiempo, pueden producir (como ya producen, no obstante el pesimismo y el abandono que hasta hoy dominaron) consecuencias saludables para nosotros y para los demás.

Y que esto no es *chauvinismo* dígalo, entre otros, el escritor *yanki* (legítimamente yanki), Mr. Lummis, cuyo libro sobre "Los exploradores españoles en América" (*The Spanish Pioneers)*, corre ya entre nosotros, como antes he dicho, en traducción castellana.

CAPÍTULO VII

PROGRESOS ESPAÑOLES

I

UNA CÁTEDRA NUEVA

Hacia Noviembre de 1915, el importante diario *El Siglo*, de Montevideo, comentó un artículo mío acerca de la Universidad Popular de Madrid. Ese comentario se titula *El ideal de España. — Un síntoma de su evolución*, y entre otros párrafos contiene los siguientes: "Revela (la Universidad Popular) el notable cambio que la mentalidad española ha sufrido, y explica el renacimiento intelectual de España y su actual actitud frente á la conflagración europea, mejor que las más extensas y detalladas disquisiciones.

„Un pueblo que tiene un grupo de obreritas que se presentan en el Ateneo y encarándose con los jóvenes estudiantes que, anhelosos de que su patria renazca en el campo del saber, propagan la necesidad de ilustrarse, les piden que las instruyan, em-

pezando, por lo pronto, con enseñarlas á leer y á escribir, es un pueblo capaz de elevarse en todos los órdenes de la actividad humana...

„Hoy, que el poderío español está quebrado y la forma en que se hace la guerra la hace casi inasequible para España, podría esperarse esa decadencia continuada á que un político inglés hacía referencia al hablar de la nación española. Y, sin embargo, la decadencia no ha continuado. Antes bien, se ha iniciado una reacción saludable, y España se halla en pleno renacimiento intelectual y material, al par que con un ideal de vida, que es la negación del que durante siglos ha alimentado."

Esto que dice *El Siglo* no es una ilusión de la vista á distancia: es una realidad que ya todo el mundo advierte. Sólo que esa realidad no es de ahora ni está ligada de un modo especial al hecho de la guerra presente. Viene preparándose hace tiempo; y aun en materias que pertenecen de un modo especialísimo á la contienda colonial europea, podrían citarse casos (anteriores á las primeras escaramuzas francoalemanas en Marruecos), que demuestran la existencia, hace ya bastantes años, del mismo espíritu que al redactor de *El Siglo* le parece—y no se equivoca—la mejor explicación de nuestra actitud ante la guerra, ó, por lo menos, de parte de esa actitud. Pero la ocasión no es oportuna para evocar recuerdos históricos que tocan á un asunto distinto del que ahora quiero que me ocupe.

En cuanto á la petición de las obreritas madrileñas, conviene saber (precisamente en confirmación de que es un hecho *representativo*, no esporádico) que tuvo sus precedentes, hacia 1899 ó 1900, en la

Extensión Universitaria de Oviedo. Alguna vez he contado el episodio, verdaderamente emocionante, porque sus actores no fueron jovencitas, sino niñas en edad escolar, con las que hubo que constituir un grupo para enseñarles lo que ellas pedían: Ciencias naturales y, en especial, Botánica. Y no fué esto sólo; porque si la Extensión, como iniciativa y propósito, fué *universitaria*, como realidad fecunda fué obrera, y al afán de cultura de los obreros debió su esplendor, tanto como al generoso trabajo de profesores y alumnos universitarios.

El empuje viene, pues, de muy lejos. Á veces se levanta hasta las nubes, á veces se apaga y debilita, con las naturales oscilaciones de todo lo nuevo que se va abriendo paso á través de inercias y de prejuicios; pero la corriente sigue, tenaz y callada, su obra, y cuando menos lo parezca tendrá ganado todo el campo (1).

Dos nuevas manifestaciones de ella he de referir ahora á mis lectores.

Una es la creación en Madrid de la cátedra de Literatura rabínica y el nombramiento para ella de un profesor judío, el doctor Yahuda. Me complace decir que, modestamente, he contribuído á que se realizase ese nombramiento, cuya transcendencia

(1) Una parte de la obra conseguida, en lo que se refiere á la escuela primaria, la enseñanza superior, los viajes científicos, las residencias de estudiantes, etc., la expuse en mi conferencia inaugural del Centro de Estudios Franco-Hispánicos, en la Sorbona (1913). Esa conferencia contituye propiamente un complemento del presente capítulo y ha sido impresa en París, librería de la Soc. Recueil Sirey.

científica y social me saltó de ojo (y no fuí, naturalmente, el único en esto) apenas se inició su posibilidad.

Porque lo interesante en este caso no es la cátedra misma, sino que la regente en España un judío y que ese nombramiento lo haya hecho un Gobierno conservador, lo hayan patrocinado personas muy caracterizadas de las "derechas" y en pro de él votasen, como votaron (solicitadas por el ministro para cumplir los trámites del artículo 239 de nuestra ley de Instrucción pública), varias reales Academias y una Facultad universitaria, corporaciones todas en que no son precisamente los radicales quienes dominan. Así, que la injusta protesta de un profesional envidioso (que es de los que piden sobresueldos á los liberales, y los cobra), acogida por algunos diarios ultraconservadores, cayó en el vacío, como todo lo que sólo responde á la pasión ó, mejor dicho, á las malas pasiones.

La idea de traer á España al doctor Yahuda surgió hace tres años en el seno de la Junta de Enseñanza en Marruecos, creada por el Ministerio de Estado, y de la cual tuve el honor de formar parte. Se pensó en que el doctor Yahuda, recomendado como especialista por el doctor Goldhizer, gran autoridad en estas materias, viniese á Madrid para explicar un cursillo de conferencias sobre asuntos hebraicos, como preparación para establecer algo permanente más adelante. La intención de ese "algo más" la tuvimos todos desde un principio, y entusiastas de ella fueron los catedráticos Sr. Ribera y Asin (individuos de la Junta), orientalistas muy notables y, en política, muy lejanos del campo liberal.

El doctor Yahuda vino á Madrid, conquistó rápidamente la simpatía y el respeto de los profesionales, trabajó con aplauso en su cursillo de conferencias, en el Centro de Estudios Históricos y en la Academia de la Historia, respondiendo así á las esperanzas en él fundadas, y con esto nos dió la base más firme á quienes deseábamos realizar por entero el propósito, para gestionar lo que ahora se ha conseguido.

El doctor Yahuda, judío sefardita (por tanto, de abolengo español), es ya catedrático de la Universidad de Madrid, y en breve será el propulsor de un renacimiento de los estudios semíticos.

La significación que este hecho tiene para todo el mundo, y en especial para las inmensas comunidades judías que aún hablan el castellano ó conservan el culto de la patria española perdida en 1492, no hay para qué encarecerla.

Todos mis lectores la comprenderán por sí mismos. Como expresión de nuestra tolerancia social y legal—no obstante voces apasionadas, que no representan más que una minoría insignificante en el país—enseñará á muchos más que cien apologías sobre la España actual. Y cuenta que respecto de los judíos no es una novedad este acogimiento hecho al doctor Yahuda. España no siente recelo alguno para con las gentes expulsadas á fines del siglo XV. Desde hace tiempo viven en nuestra sociedad é influyen en nuestros negocios—entendidos, para este fin, con banqueros del más escrupuloso catolicismo—hombres que pertenecen al mundo judío; y la campaña en favor de nuestras relaciones con los sefarditas repartidos por el mundo entero

(quizás antes que por nadie iniciada por Costa), ha podido hacerse y adelantar camino sin oposición ninguna de la masa del país. Los judíos extranjeros se van convenciendo de esto y rectificando el prejuicio que en este punto les apartaba de nosotros.

II

LAS BIBLIOTECAS POPULARES

Otro progreso de nuestra cultura son las bibliotecas populares, creadas al amparo del presupuesto de 1913 por un ministro conservador, secundado celosamente por el subsecretario de Instrucción pública, Sr. Silvela, de memorable apellido y prosapia.

Hay en la historia de esas bibliotecas capítulos muy curiosos. La denominación viene rodando por la literatura burocrática, desde el decreto del 29 de Agosto de 1895, quizás desde antes. Pero nunca, hasta ahora, había respondido á una realidad.

El Sr. Rodríguez San Pedro, como generosamente ha dicho hace pocos días el Sr. Burell, pensó en ciertas bibliotecas de "vulgarización", y para preparar su advenimiento dictó, sobre la base de un crédito de 25.000 pesetas, el Real decreto de 30 de Abril de 1909. Pero aquellas bibliotecas vulgarizadoras habían de ser para las escuelas de instrucción primaria, para las sociedades de obreros, artesanos ó

dependientes de industrias ó comercio, para los ateneos y círculos donde se dieran enseñanzas que "merezcan consideración del Gobierno", y para las asociaciones industriales, mercantiles y agrícolas que "de cualquier modo se relacionen con la instrucción de sus miembros".

El propósito era excelente; pero con importar mucho nutrir con buenos libros las colecciones de todos los centros mencionados, aún faltaba algo para llegar á bibliotecas verdaderamente *populares*, es decir, las de vulgarización abiertas á todo el mundo, no sólo á una clase profesional ó á los miembros de una sociedad determinada.

El decreto de 1909 necesitaba un complemento, o, si se quiere, la absorción en otra fórmula más amplia que encerrase todo lo que en él se dispone y todo lo que olvidó. Esa fórmula la tuvo el Sr. Burell, y á ella respondió el crédito de 500.000 pesetas incluído en el presupuesto para el año 1911, capítulo XVIII, artículo único.

El Sr. Burell no pudo realizar la aplicación de ese crédito. Lo intentó D. Amós Salvador, con el auxilio de una Junta especial, de que formaba parte Menéndez y Pelayo; pero el Sr. Salvador dejó el ministerio de Instrucción pública demasiado pronto, y esto unido á resistencias de ciertos elementos, poco amigos de que se creasen nuevos tipos de biblioteca y burocráticamente recelosos de las "populares", hizo fracasar por entonces el propósito. Lo recogió nuevamennte, á fines de 1911, el entonces ministro, Sr. Gimeno; pero otra vez fracasó la idea, por la oposición que en el Congreso le hizo la minoría conservadora, fundándose en la aparente exis-

tencia de faltas de procedimiento que en la aplicación del crédito creía ver; aunque es dudoso que ese fuera el verdadero motivo de la oposición.

Pasó un año sin que nadie procurase que las 500.000 pesetas (ó parte de ellas, cuando menos), se gastasen como la ley de presupuestos exigía, es decir, en provecho de la cultura general, hasta que el Sr. Alba, por decreto de 22 de Noviembre de 1912, creó uno de los tipos de biblioteca popular ya previstos por el Sr. Rodríguez San Pedro, añadiéndole la condición de "circulante", y aligerando los trámites administrativos para la selección de las obras, que en el decreto de 1909 eran excesivos y embarazosos. Esa "biblioteca popular circulante con destino á las escuelas públicas" (profesores y alumnos de ellas) que el Sr. Alba estableció, había de tener—y tuvo—49 secciones, una para cada provincia, más otra especial para Madrid. En Marzo de 1913, el Sr. López Muñoz añadió diez secciones más: en total, 60 bibliotecas populares para uso del Magisterio y de los niños de las escuelas.

Desde entonces (quizás por la nueva cruzada de que fueron objeto esos centros de cultura por parte de aquella opinión ultra-conservadora de que hice referencia antes) nada más se intentó, hasta que, afortunadamente, un Gobierno conservador, utilizando el crédito de 50.000 pesetas á que en el presupuesto vigente quedaron reducidas las 500.000 pesetas de 1911, ha creado las tres bibliotecas que motivan estas consideraciones.

Para los que no están en interioridades podrá ser cosa rara y casi imposible esto de que en Espa-

ña no existiesen hasta ahora bibliotecas populares de carácter oficial. Los hechos parece que contradicen esa afirmación, puesto que desde hace muchísimos años todo el mundo sabe que hay en cada capital de provincia, y aneja al Instituto de segunda enseñanza ó á la Universidad, una biblioteca llamada provincial, de uso público.

Ello es cierto, como también que en Madrid existen, aparte la Biblioteca Nacional, cuya riqueza en volúmenes es notoria, otras también oficiales, como la del Museo Pedagógico (la primera que tuvo una sección circulante y otra especial para niños), la del Instituto de Reformas Sociales, las de los Museos y Academias, etc., que parecen proveer á las necesidades del gran público de lectores.

Pero realmente no es así, ni puede serlo. Durante muchos años, las gentes no se dieron cuenta del equívoco; es decir, sí se daban cuenta muchos de los que iban á buscar en las bibliotecas públicas generales el saber moderno y la cultura general que les hacían falta; pero sus quejas perdíanse en el vacío, porque aún no se había formado un estado de opinión que, percatándose del problema, empujase para resolverlo.

Entre los bibliotecarios dominaba una equivocación concomitante á que las cosas no saliesen del pantano en que se hallaban. Muy de buena fe, y con la mejor intención del mundo, creían por lo general que las bibliotecas provinciales—y en Madrid particularmente la Nacional—bastaban para las necesidades "divulgadoras", que decía el ministro de 1909, y que con aumentar la dotación de aquéllas y comprar muchos libros nuevos, ya estaba todo

resuelto. Las mismas evidentes mejoras que en la organización de las bibliotecas públicas se han cumplido en estos últimos años ayudaban á mantener el equívoco.

Pero el equívoco acabó por saltar á la vista de todo el mundo. Los libros nuevos que se compraban para las bibliotecas públicas existentes luchaban con dos formidables competencias: la del libro antiguo, tan amado de los bibliotecarios y tan útil para los estudiosos, y la del libro de especialidades, que tan amplia é interesante producción alcanza en la Biblioteca moderna.

Uno y otro, con ser muy importantes, é imprescindibles, no son los que necesita la cultura general. Sin embargo, un hombre de carrera tiene siempre instintivo menosprecio al libro de vulgarización, al libro elemental, al periódico y á la revista que no es técnica; y ese menosprecio actuaba calladamente en la selección, en detrimento del libro *popular*.

Luego venían otras cosas á remachar el clavo: la imposibilidad de entregar á los lectores libros en rústica (nuevos gastos y nueva espera hasta que se encuadernasen) y la resistencia (apoyada incluso en los reglamentos, que están muy bien en las bibliotecas de estudio) á servir obras de amena literatura. Sin llegar á lo inexplicable y ridículo, que también se producía á veces (yo he visto negar el *Quijote* en una Biblioteca provincial, porque era obra de "entretenimiento"), esa resistencia, aun contenida en estrechos límites, ahuyentaba lectores y alejaba el servicio de la aspiración popular.

Por fin se cayó en la cuenta de que era preciso

separar en dos grandes secciones el público y los libros. Todos saldrían ganando con ello. Las bibliotecas provinciales—y no hay para qué decir, si la Nacional—se descargarían así de un gran contingente de lectores que quita sitio y tranquilidad á los especialistas, y de un gran peso de obras que son las que aquellos lectores piden. Bibliotecas de estudio, generales ó especiales; bibliotecas populares ó de cultura popular, fueron, pues, los dos términos con que se soñó, y á establecer prácticamente esa separación, creando el segundo grupo de bibliotecas, iban encaminadas las 500.000 pesetas de 1911. El primer paso se dió en 1912, según vimos; el segundo acaba de darse ahora. Sólo falta que se complete llevando á las populares los muchos impresos que son innecesarios en la Nacional y en las provinciales, y que aquéllas se difundan por todos los sitios donde la iniciativa municipal (en Valencia y en Santander, por ejemplo) no ha creado ya ese órgano de cultura (1).

Madrid, por de pronto, tiene ya en esta materia todo lo que puede necesitar, aun descontando las bibliotecas privadas, tan importantes á veces como la del Ateneo. Tiene tres bibliotecas "populares" (las nuevas), más tres para maestros y alumnos primarios; una (la del Ayuntamiento) que es semipopular, y un número crecido de bibliotecas especializadas, como las de las Facultades y Academias, las del Museo Pedagógico, la del Instituto de Reformas Sociales, la de la Junta para Ampliación de

(1) La iniciativa particular está igualmente creando en provincias bibliotecas de este genero.

Estudios, etc., bien dotadas de libros modernos, y en fin, con la grandiosa Biblioteca Nacional, insuperable en materias españolas.

Permítaseme, antes de concluir, una pequeña satisfacción. El catálogo de las tres nuevas bibliotecas, aprobado por un ministro conservador, transcribe (con algunos aumentos, singularmente en la parte de amena literatura, como era obligado) casi por entero el que se formó para las bibliotecas circulantes en 1912.

La coincidencia de ambos es notable en lo referente á los libros de Filosofía, Pedagogía, Historia, Geografía, etc.; y además de notable es consoladora, porque en 1912 el catálogo de las bibliotecas circulantes fué rudamente combatido por muchos conservadores y por todos los tradicionalistas, á pretexto de que la mayoría de las obras en él contenidas eran "nefandas" ó "perniciosas", y ahora esas mismas obras han sido adquiridas en pleno Gobierno conservador y nadie ha protestado de ellas.

Un progreso más, de que debemos congratularnos.

III

EDUCACIÓN OBRERA

Una de las clases sociales madrileñas en que ha influído mayormente la educación y la enseñanza, es la clase obrera dedicada á los oficios que pudié-

ramos llamar superiores: ebanistería, platería, cerrajería, tipografía, decoración mecánica, etc. etc. Todos éstos, emparentados con el Arte ó con la Ciencia, eran antes ejercidos por prácticos que los habían aprendido sin otra escuela que la del taller, resultando, como era lógico, obreros rutinarios, sin iniciativa de ningún género y que (salvo excepciones individuales muy raras) vivían estancados, produciendo de continuo un trabajo igual los más constantes, ó convirtiéndose en "chapuceros" aquellos que, carentes de voluntad, se dejaban dominar por el hastío derivado de la monotonía, sin el estímulo que se siente cuando no sólo hay en el trabajo variedad, sino el triunfo diario obtenido mediante una labor renovada, la nueva dificultad vencida ó la forma original que ha logrado hallarse en la faena ejercitando el propio ingenio.

Entre los obreros viejos madrileños aún se encuentran muchos cortados por ese patrón, y es de ver el contraste que ofrecen al lado de los jóvenes hasta en los menores detalles, aun en aquellos que sólo se refieren á las relaciones más alejadas con su arte, hasta el punto de no semejarse ni en ese sello característico que imprimen todas las profesiones en quienes las ejercen.

Los obreros jóvenes llevan la marca de la espiritualidad. En todos ellos se ve que su inteligencia vive y que es la directora de sus manos, mientras, por el contrario, en los antiguos, en los rutinarios, no se nota otra actividad que la física. Sus costumbres, por tanto, lógicamente tienen que ser distintas y lo son en todo, desde los métodos de trabajo hasta en su vida fuera del taller. El obrero antiguo

no puede arrastrar mayor simplicidad de la que arrastra cotidianamente.

El obrero joven es el tipo opuesto á su antecesor en el oficio. Educado en la Escuela de Artes y Oficios, sabe dibujar, sabe Aritmética, posee la instrucción primaria tan bien ó mejor que nuestros bachilleres, y su anhelo es instruirse y subir en el nivel intelectual á las clases superiores. Lee periódicos, estudia cuanto oye de las cuestiones relacionadas con su clase y con su oficio, y donde encuentra ayuda la aprovecha con ansia. Su afición por el teatro artístico, no por el chocarrero, es proverbial, contrastando en esto su buen gusto con el de clases más elevadas, que aplauden á rabiar á las cupletistas y colman de aplausos las más livianas obras, hijas de escritores sin otra mira que la del trimestre. Estos obreros son hoy los más fervientes admiradores de nuestros artistas dramáticos.

La señora Guerrero y el Sr. Mendoza, que saben de antiguo la admiración y el cariño que á su arte y á ellos personalmente tienen los obreros madrileños, principalmente los jóvenes, les dedican todas las temporadas una función (más otras varias á precios módicos en su teatro) en la Casa del Pueblo. En esta última, los grandes actores, profesando dentro de su arte en la obra de la extensión universitaria, han representado en el hogar de los trabajadores *Mancha que limpia*, del ilustre anciano, del glorioso español D. José Echegaray. El entusiasmo del público fué delirante, y obligado el Sr. Mendoza á hablar, era tal su sincéra emoción, que no pudo pronunciar más que brevísimas frases; pero tan elocuentes por la cordialidad con que de sus labios

brotaron, que bien valieron por el discurso que hubiera podido recitar del más ilustre de los profesionales.

¡Hermoso espectáculo el que dieron artistas y obreros en la solidaridad engendrada por el Arte! ¡Hermosa noche en que el Arte elevó á la más pura espiritualidad á los obreros que educan su corazón y su cerebro con el deseo de ennoblecer su vida, santificada por el trabajo de todos los días!

Este deleite que nuestros obreros sienten puede considerarse como medida de su grado de cultura, y sobre todo como signo de su afán por educarse en otro ambiente, bien distinto, por cierto, de aquel en que han vivido sus predecesores. Todo progresa; pero es de notar en justicia que donde más se manifiesta el avance es en los obreros y en los estudiantes, en la juventud, en suma, hecho que he de consignar con alegría, porque anuncia días prósperos á mi patria.

Entre las instituciones que existen en Madrid de creación reciente, puestas al servicio del obrero y de todos los muchachos en general para librarlos de la consuetudinaria "carrera", es una de los más notables, por el amplio espíritu que la ha informado al constituirla, la Escuela de Cerámica. La creó el ministro liberal Burell, y la fundación de esta Escuela ha respondido á nuestra tradición artística, en un arte que la tiene muy gloriosa.

Como elemento decorativo en la Arquitectura, es uno de los principales, y dentro de las corrientes modernas es quizás el de un porvenir más amplio por su belleza, por su visualidad incomparable y por su fuerte contextura, que la hace de posible

aplicación en interiores y exteriores de toda clase de edificios, con la seguridad de que en las luchas con la intemperie ha de resultar aún más bello y acendrado.

Como productora de objetos manuables es inútil ponderar la importancia de la cerámica, pues ella puede llevar el arte bello al cacharro de uso doméstico, embelleciendo y poetizando el hogar, aparte de la creación de arte puro, que es quizás su fin más adecuado é importante, teniendo entonces su lugar propio en museos y palacios.

La tradición que este arte tiene entre nosotros le da una seguridad de vida evidente (1). No se trata de hacer un lugar para ella: ya lo tiene, y para afirmarse no le es preciso más que continuar viviendo. El arte cerámico no necesita, pues, buscar un sitio donde colocarse, ni un molde en el que encontrar forma. Gozando de ventajas de tanta monta, es claro que la institución creada para fomentarla será fecunda y próspera en beneficio de las artes y de los artistas que se eduquen en sus enseñanzas (2).

Como no es tan fácil implantar una institución de esa especie como decretar su creación desde la *Gaceta*, cuando surgieron las dificultades fué al llevarla del papel á la vida real. La primera dificultad con que tropezaron los encargados de traducir el decreto al hecho, fué la carencia de lugar adecuado donde instalar la Escuela. En otro país

(1) Véase lo dicho anteriormente, cap. VI, páginas 198-99.

(2) Otra Escuela de Cerámica se ha creado recientemente, también por iniciativa oficial, en Manises (Valencia), centro de los barros de reflejo metálico.

en que el presupuesto de instrucción es próvido, porque es opulento, la dificultad no hubiera sido de gran entidad... Aquí tampoco lo fué. ¿No hay local? —preguntaron los encargados de hacer la Escuela, y añadieron:—Venga cualquiera. Les dieron unas casuchas de cierto lugar que había sido anejo de un asilo: dos habitaciones que fueron el lugar de la escuela; y con eso, mañosamente se arreglaron sin que les faltase más que un lienzo de pared donde colocar una muestra que dijese: "Escuela de Cerámica". Y como se carecía de pared, pues no había más que una valla vieja, se prescindió de pompas y vanidades, y no se puso el rótulo. Una vez dentro del cercado, el personal docente procedió á improvisar una escuela, y á fuerza de ingenio la Escuela fué una realidad, tan real, que ya está en marcha y lleva dos cursos de vida, en que sus alumnos han llegado á ver lo pintado sobre el recocho cocido en el horno con su brillo metálico y sus reflejos vítreos. Al ver casos semejantes dan tentaciones de creer que nuestro genio nacional es la improvisación, y da lugar á pensar que si nuestros gobernantes son á menudo imprevisores, no son así porque no puedan ser otra cosa, sino á ciencia y conciencia, con el preconcebido propósito de fomentar nuestras nativas facultades para hacer, en un dos por tres, un mundo de la nada. Otra razón para creerlo así es la vida eterna de que gozan nuestras improvisaciones ó nuestras cosas provisionales. Así sucede, naturalmente, que cuando nuestras obras oficiales llegan á ser definitivas, es cuando mueren.... porque se mueren de viejas.

Los alumnos de esta Escuela comienzan su ense-

fianza pintando del natural animales, plantas, flores y frutos y trabajando el barro en el torno. Así se forman al mismo tiempo como artistas y artesanos. En la Escuela de Cerámica no hay nada de clásico; todo es perfectamente natural, y es sorprendente cómo estos muchachos, que no están maliciados por rutinas, ni triquiñuelas, ni habilidades, llegan á apoderarse ingenua y primitivamente del natural con tan poderoso sentido de la verdad, que encanta. Á los ojos de un profano, la exposición de los trabajos de los alumnos del primer curso será, probablemente, un espectáculo que mueva á risa; pero esta sinceridad de procedimiento de enseñanza adoptado por el director de la escuela, D. Francisco Alcántara, crítico de Arte muy conocido, no debe ser desacertado cuando un educador como D. Francisco Giner creyó que el Sr. Alcántara debía obrar como pensaba, llevando los trabajos de sus alumnos á una Exposición nacional de artes industriales. Á los ojos del vulgo podrán valer menos éstos alumnos que los de cualquier mediano dibujante que les enseña á copiar estampas; mas cuando unos y otros terminen, se podrá saber qué procedimiento triunfa, contando el número de artistas que ha resultado en cada bando.

Los alumnos de esta nueva Escuela, que es escuela de un arte y de un oficio, pertenecen á la clase obrera y á la que aquí llamamos media, á falta de otro mote con que expresar mejor lo que quiere decir. Estas dos clases, puestas en relación desde hace tiempo en las Escuelas de Artes y Oficios, marchan muy bien hermanadas, y la mutua influencia que se realiza en su contacto es de creer que ha

de ser muy beneficiosa socialmente. Los muchachos obreros pierden en la nueva comunidad rudeza; toman de sus jóvenes camaradas cierta delicadeza de gustos, afán de adquirir costumbres corteses y de saber lo que los otros saben. En cambio, los hijos de los señoritos aprenden á comprender lo que el trabajo ennoblece y pierden el prejuicio mortal de creer que la labor manual, cuando va guiada por la inteligencia, es inferior á cualquiera otra. Esta corriente hoy iniciada llevará, y más pronto de lo que se cree, á "descongestionar", como ahora se dice gráficamente, los centros universitarios, contribuyendo eficazmente á la desaparición del proletariado de levita y al fomento de la Industria y del Comercio.

IV

LA ENSEÑANZA DEL DIBUJO ESCOLAR.—LOS LIBROS ESCOLARES Y DE DIVULGACIÓN

En 1912 tuve la satisfacción de organizar é inaugurar, como afecto á la Dirección general de Primera Enseñanza, un Curso de Dibujo para los maestros primarios, que continúa funcionando normalmente.

Mi propósito fué entonces doble. Quería, por una parte, orientar á los maestros directamente en los métodos modernos de Dibujo para la escuelas primarias, huérfanas en absoluto de este instrumento

pedagógico; por otra, formar profesores especiales que, como ambulantes en las mismas escuelas ó como permanentes en las Normales, fuesen poco á poco introduciendo en todo nuestro organismo primario el nuevo sentido y las aplicaciones consiguientes del arte del Dibujo.

El primer propósito se va obteniendo en gran medida. El segundo ha encontrado obstáculos por la impaciencia de la Administración, que, sin aguardar á que existiese personal adecuado, ha querido proveer de golpe un gran número de plazas de profesores de Dibujo con igual criterio y (aún este es malo) que el que se sigue para las de Institutos de segunda enseñanza. Tal sistema de reclutamiento atrasará en algunos años el efecto útil de la reforma que supone el Curso de Dibujo; pero, afortunadamente, éste va difundiéndose entre los maestros y ya diré, después, qué posiciones ha ganado en Madrid.

El Curso—dirigido por un especialista que conoce bien lo propio y lo ajeno en esta materia, don Víctor Masriera, y por su señora, tan competente y entusiasta como aquél—, ha tenido la buena costumbre de celebrar Exposiciones anuales de los trabajos realizados y de las investigaciones hechas en los doce meses anteriores. Hace poco se ha celebrado la cuarta de esas Exposiciones, con tan excelente éxito como las precedentes. Masriera ha dicho, con relación á ella, algo que caracteriza bien su método y la finalidad perseguida en el Curso. Merece la pena repetirlo para que los lectores formen idea clara de lo que se propuso la Dirección general y de lo que se ha conseguido.

"La enseñanza del Dibujo—dice Masriera—, empezó siendo esencialmente artística. Sólo modernamente se ha comprendido lo que puede ser el lenguaje gráfico general, el más universal de todos. Se propone el Curso contribuir en primer lugar al desarrollo de esta forma de expresión."

En otros términos: el Curso no se propone formar "artistas"; para eso están las Escuelas de Bellas Artes y de Artes é Industrias. Quiere divulgar el Dibujo como lenguaje gráfico, al igual de la escritura y la mecanografía, ó sea, como medio de expresión de ideas é imágenes, que necesitan todos los hombres en todas las profesiones de la vida.

Desarrollando esta idea, sigue diciendo el director del Curso:

"El Dibujo artístico y el lenguaje gráfico se relacionan íntimamente; los dos se refieren á la expresión del mundo exterior: los dos se fundan sobre las impresiones visuales; no obstante, la finalidad de uno y otro es muy distinta. El primero quiere expresar belleza, emociones estéticas; el segundo, sólo ideas de la forma ó de la estructura de las cosas, vistas por su lado práctico. El Dibujo artístico ha llegado á formas altísimas de expresión: en ellas se encarnó muchas veces el genio; en cambio el lenguaje gráfico está formándose; pero si observamos el perseverante empeño de la humanidad culta para alcanzarlo, no es aventurado predecirle un glorioso porvenir. La costumbre que tenemos de considerar el Dibujo como manifestación artística nos lleva á apreciar mal las tentativas del lenguaje gráfico, pues desacertadamente las subordinamos al primero, quedando, claro es, maltrechas por la

comparación. Los inteligentes admiran el Arte porque contiene el espíritu humano en uno de sus más altos grados de desarrollo é intensidad, y, naturalmente, encuentran en las manifestaciones prácticas del Dibujo ausencia de espíritu. No obstante, nada hace el hombre sin dejar impresa en su obra la huella más ó menos profunda de su alma; pero ésta se manifiesta de muy diversas maneras, por ejemplo: una carta comercial nos refleja al que la escribió, y además nos habla de la clase á que pertenece, y, en general, del Comercio. Si hallamos en un dibujo un resultado antipático, la causa debemos buscarla en el espíritu del autor, y sólo modificándolo cambiaremos lo primero. Cuando el Dibujo se emplee tanto como la palabra escrita (Masriera podría añadir que si no se emplea tanto no es porque no lo necesiten los hombres, sino porque no saben emplearlo para sus demostraciones más que unos pocos), sólo le exigiremos corrección y claridad, y no una elevación imposible de obtener al vulgarizarlo."

Expuesta así la idea que constituye como la piedra angular del propósito, añadiré que la Exposición del Curso ha comprendido: dibujos ejecutados por maestros primarios; dibujos de niños y adolescentes de siete á quince años; dibujos en el encerado, tan necesarios y útiles para los maestros; objetos-modelos para dibujar.

Esta última sección responde á los trabajos de investigación para párvulos y escuela primaria, expresados en ejercicios ordenados según un plan pedagógico y en la formación de un programa publicado por la "Liga para la divulgación de la pedagogía

del Dibujo", constituída por alumnos, ex alumnos del Curso y personas ajenas á él, pero que comulgan en sus mismos ideales.

Masriera termina expresando estas alentadoras noticias:

"El Curso se considera centro de consulta y de trabajo para todos cuantos se interesen por la pedagogía del Dibujo, procurando que los maestros colaboren íntimamente en la obra que desarrolla, y para ello cuenta con valiosas adhesiones. Además pronto será un hecho la aplicación completa del "programa" en el grupo escolar Cervantes, bajo los auspicios del Curso y aplicado por D. José Machado, profesor especial de Dibujo, antiguo alumno del Curso, empezándose con ello á realizar la aspiración, que desde el principio se ha tenido, de llevar á los alumnos de la sección de profesores especiales que hayan obtenido el certificado de aptitud pedagógica á las escuelas primarias."

Estimo todo esto como uno de los progresos más fecundos de la *España nueva*. Veamos ahora otro, muy importante también.

Todo el mundo sabe la importancia que tienen el libro escolar y las ediciones populares. De ello he hablado largamente en mis *Cuestiones obreras* y en otros escritos, y creo ocioso repetir aquí los mismos argumentos.

Por lo que se refiere al libro escolar, tanto el aplicable á la enseñanza primaria como el destinado á la llamada secundaria ó de Instituto, existe una razón que transciende de la adecuidad puramente pedagógica: es la razón de hacer ó no posi-

ble la difusión de nuestro idioma y de nuestras ideas (á veces, no ya la difusión, sino la defensa), á través de escritos nuestros y de ediciones impresas en España.

Hasta ahora, en gran parte, hemos corrido el riesgo de que eso no fuera posible. Recuérdese el caso de las escuelas de Puerto Rico y lo que, con relación á ellas y al castellano en la isla antillana, hubieron de representar los libros de lectura compuestos por D. Manuel Fernández Juncos. El caso se repetiría ahora, aunque desde otro punto de vista, si el libro escolar español siguiese siendo lo que era hace pocos años.

En efecto: la difusión extraordinaria del español en los Estados Unidos, en Inglaterra, en Francia y en otros países, plantea necesariamente el problema de "nuestro" libro de una manera vital. Tanto los profesores que nos piden (y que ya vamos enviando) para las cátedras de español, como los "lectores", que representan una parte de esa enseñanza en escuelas normales francesas, han de manejar inexcusablemente libros de lectura, de gramática y manuales diferentes, escritos en castellano. La misma exigencia se impone á los profesores de nacionalidad extranjera que se dediquen á la enseñanza de nuestro idioma nacional.

Y esa exigencia crece de día en día. Á los datos de este género que he aducido en anteriores ocasiones, pueden añadirse los que contiene la respuesta dada por el ministro de Instrucción pública de Francia á la pregunta del diputado M. Manuel Brousse, acerca de las medidas adoptadas para intensificar la enseñanza del castellano en las escuelas prima-

rias y en otros establecimientos docentes. El ministro ha dicho lo que sigue:

"El español en la segunda enseñanza. —La enseñanza del español está actualmente organizada en veintiocho liceos con 1.330 alumnos, en treinta y nueve colegios de muchachos, en seis liceos, y en trece colegios de muchachas, ó sea en ochenta y seis establecimientos pedagógicos Se han hecho verdaderos esfuerzos para intensificar y constituir un personal verdaderamente digno de confianza. Á pesar de la guerra, los certificados de español han sido mantenidos para las muchachas, y después de ella, el ministro acentuará la enseñanza del español creando nuevos cursos y cátedras nuevas.

„En la enseñanza primaria.—Se da actualmente en nueve escuelas normales de maestros, en nueve normales de maestras, en veintiocho escuelas primarias superiores de muchachos y en diez y seis de muchachas. Las horas de enseñanza fijadas por distintos decretos no pueden ser modificadas por ahora; pero cada vez que la enseñanza del español sea solicitada por una escuela primaria superior de una región en relaciones constantes con España ó con países de lengua española, se examinará la petición con deseos vehementes de satisfacerla."

El campo de acción de nuestro idioma se ensancha, pues, cada día más. Y habría que conformarse, si no estuviésemos preparados para ello, á que todas esas enseñanzas se diesen con libros escritos por extranjeros y editados fuera de España. Por fortuna, no ocurre así ya.

Algunos de nuestros editores, secundados por especialistas de todas las materias, han acometido

la obra de renovar nuestro material literario en lo que se refiere á la cultura popular y á las necesidades escolares. Prescindiré, por hoy, de lo referente á la primera (de la que ya dije todo lo necesario en el libro citado antes), y voy exclusivamente á tratar de las publicaciones relativas á la enseñanza primaria, secundaria y aun superior.

No puedo, naturalmente, descender á pormenores. Hay ya casos abundantes de aquel género, publicados individualmente por profesores y especialistas en materias filológicas, geográficas, históricas y de ciencias naturales; pero repito que no puedo detenerme á puntualizar los ejemplos de esta ya abundante literatura, porque, de hacerlo así, el presente escrito, sobre alargarse desmesuradamente, se convertiría en un catálogo, útil sin duda, pero también árido y enfadoso. Me limito, pues, á señalar grupos de publicaciones con referencia á casas editoriales.

Y ante todo, conviene decir que las ediciones de nuestros clásicos hechas en España son infinitamente superiores, en pureza de textos y aun en condiciones editoriales, á todas las que para el extranjero, y con finalidad puramente mercantil, suelen hacer algunos editores franceses y alemanes. Puede, de vez en cuando, faltar á esa regla algún libro suelto, muy excepcionalmente; pero en conjunto, lo que he afirmado es cierto de toda certeza. Las ediciones de la antigua Casa Hernando (hoy Páez, Perlado y C.ª) en su "Biblioteca Clásica"; las de Bailly-Bailliére, en su nuevo Rivadeneyra (por lo general), y las de *La Lectura* en su "Colección de Clásicos Castellanos", ofrecen textos de toda

garantía para la enseñanza literaria en sus principales necesidades de este orden.

La "Biblioteca Clásica" no es de hoy; hace muchos años que viene publicándose, y prueba que desde hace tiempo España podía, aunque no con la abundancia de ahora, proveer á lo que su interés literario demandaba.

Nuestro atraso principal residía en el libro para la escuela primaria y para los principiantes de todo orden. Ese vacío lo han llenado ya varias casas editoriales.

La Lectura y la casa Araluce han acudido prinprincipalmente á la necesidad de libros de lectura amena para los niños: la primera, con su "Biblioteca de Juventud", en que figuran adaptaciones de D. Juan Manuel, Calderón, Iriarte, Hauff y composiciones originales de Pardo Bazán y Jiménez; la segunda, con su preciosa colección de "Obras maestras al alcance de los niños", que sobre la base de una conocida biblioteca inglesa de ese género, bien traducida (obras de Andersen, Shakespeare, Wagner, Grimm, Homero, Esopo, Chaucer, Irving, Walter Scott, etc.), ha ensanchado el plan con adaptaciones de Calderón, Cervantes, Malory, etc.; y también, con sus libros de Ciencias Naturales, los *Cuentos á Maxda* (de Max Nordau) y otros.

Los libros docentes han sido renovados con gran acierto, en diferentes órdenes de materias, por la casa Gustavo Gili (obras de ciencias y tecnología, principalmente), *La Lectura*, Dalmau (Gerona), y otras varias. *La Lectura* ha pedido, para realizar su propósito, el concurso de especialistas españoles bien caracterizados, como los Sres. Gutiérrez

del Arroyo, para la Aritmética y Geometría; Barras, para la Historia Natural; Deleito, para la Historia Universal (adaptación, muy hábilmente hecha, del Lavisse); Lozano, para las ciencias físico-químicas ("la obrita del Sr. Lozano—acaba de escribir un profesor normal, traductor del manualito de Química de Ostwald—es, indudablemente, el mejor y casi único libro didáctico de iniciación en la Física que España tiene"); Unamuno y Menéndez Pidal, para la Gramática, etc.

Podría añadir otras noticias de diferentes casas editoriales madrileñas y barcelonesas (Calleja, Herederos de Gili y otras); pero en la necesidad de limitar estas notas, termino con una breve referencia á la obra recientemente emprendida por la casa Seix y Barral.

Lo característico en las publicaciones docentes de Seix y Barral es, á mi juicio, el sistema. No abarcan una sola especie de libros, sino todas; y excediendo del libro, comprenden también otra clase de medios instructivos y educativos. La aspiración que persigue esa casa es, notoriamente, la de renovar, según su propia interpretación de los métodos modernos, todo el material que conviene poner en manos de los maestros, de los escolares y en los primeros grados de enseñanza, y de cierta parte del público en la cual tienen eficacia los procedimientos llamados de divulgación.

Hasta ahora lo hecho abarca diez asuntos: Lenguaje (lectura y gramática); Geografía, Aritmética, Geometría, Historia, Ciencias Naturales, Urbanidad, Dibujo y Juguetes instructivos (entre ellos, un teatro infantil). Las dos materias más desarrolladas

son la Geografía y la Historia. Los libros de Seix y Barral referentes á Geografía apuntan nuevas direcciones en los procedimientos, están ilustrados con acierto indudable, y los completan series de gráficos (muy originales y bien entendidos), de mapas con referencias á explicaciones históricas y de ejercicios. Esta serie, la de Gramática, la de Dibujo, la de Ciencias Naturales (en el mismo tipo de los libros que ha publicado la casa Araluce), y la de Juguetes, son, á mi parecer, las mejores de la casa Seix y Barral. Seguramente igual desarrollo y condiciones alcanzarán, andando el tiempo, las otras.

En conjunto, resulta bien claro lo que dije al empezar. Es este uno de los grandes progresos de nuestra Patria, que ya no podrá, sin injusticia notoria, ser excluída de ese orden de la cultura general y especial, tan importante para la influencia intelectual española en el mundo.

V

UN LIBRO ALENTADOR: «ESPAÑA ECONÓMICA, SOCIAL Y ARTÍSTICA»

El libro á que he de referirme aquí se ha publicado recientemente en Barcelona y representa el más completo medio de información sobre la España actual en la mayoría de sus actuaciones económicas, sociales y artísticas.

El libro (ya lo he citado antes) se titula *España económica, social y artística* y contiene las lecciones y conferencias que se dieron en el octavo Curso internacional de Expansión Comercial celebrado en Barcelona del 27 de Julio al 12 de Agosto de 1914. No obstante esas fechas, el volumen, que lleva la de 1915, no se ha repartido hasta el mes de Enero de 1916. Se trata, pues, de una novedad bibliográfica; y aunque no lo fuera, siempre merecería la atención del público, ó de la mayoría de los que forman el público: de los españoles, por patriotismo; de los que se preocupan, con buena ó mala intención (que de todo hay) de las condiciones presentes de la vida española y la potencialidad de nuestro espíritu para las luchas de la civilización, porque hallarán en ese libro hechos y razones que apoyarán su punto de vista, si es favorable, ó les echarán abajo prejuicios, si es contrario.

La intención del Curso en que se dieron fué de suministrar á los socios extranjeros de la Sociedad internacional para el Fomento de la Enseñanza Mercantil" (y también á muchos españoles que saben poquísimo de España) un cuadro, lo más completo posible, de lo que nuestro pueblo ha hecho "substancialmente" por la civilización del mundo, de los elementos de prosperidad y cultura que hoy ofrece con su actividad y de las condiciones naturales del medio en que vive. Completa la materia un estudio sobre "importantes fases de las relaciones de los países ibero-americanos con el nuestro".

"No es—dice el prologuista—un cuadro completo, que á tanto sería imposible alcanzaran cuarenta

conferencias, y aun la imposibilidad subsistiera si se doblara el número; pero hay que confiar en que, no obstante sus lagunas, producirá impresión duradera en cuantos lo lean, por darles á conocer un pueblo al que nadie osaría negar la cualidad de interesante, á través de selectos temperamentos personales, muy acentuados á veces..."

En tres partes se divide el libro, señaladas con los siguientes epígrafes: *España social y económica; España artística y literaria; las relaciones de España con los países ibero-americanos*.

Por muchas razones evidentes á los ojos de todo el mundo, la primera parte excede á las demás en extensión. Aparte tres conferencias de asuntos generales (una de ellas del profesor Sr. Ballester, sobre geografía de España, y la otra del Sr. Oliver, sobre psicología del pueblo español, que es más bien de propaganda anticastellana y de olvido injusto de los que no son "personas gratas" al autor), las materias tratadas son las siguientes: Organización política (Sr. Gascón), Obra social (Buylla), Agricultura (Gascón), Viticultura (Roig y Torres), Producción oleaginosa (Girona), Producción frutera (Alburquerque), Producción de la almendra (Viñas), Producción hortícola (Zulueta), Producción forestal (Marqués de Campo), Industrias en general (Vidal), Riquezas minerales é industrias extractivas (Vidal), Industrias metalúrgicas (Cubillo), Producción é industria del corcho (Roger), Industria de la lana (Rigol), Industria papelera (Aguilera), Industria hidroeléctrica (Graell), Obras públicas (Ribera), Ferrocarriles (Montagut), Puertos (Valdés), Marina mercante (Escalas), Legislación aduanera (Brugada), Ban-

cos y moneda (Corominas), Seguros y previsión (Asensio), Comercio exterior (Montoto), Barcelona en la historia del comercio (Rahola), Técnica del comercio de mercancías en la plaza de Barcelona (Serra); es decir, la casi totalidad de las actividades económicas y sociales de la España presente, expuestas con abundancia de noticias, que para muchos serán en no pocos casos verdaderas revelaciones.

La segunda parte sólo comprende ocho conferencias. Tres de ellas son totalmente históricas; pero sabido es cómo lo pasado en materia literaria y monumental es cosa siempre viva, que atrae hacia un pueblo la atención de todos los hombres cultos. Sirvan de ejemplo Cervantes y Velázquez, Toledo y la Alhambra, que se traducen no sólo en admiración y en prestigio para España, sino también en afluencia de viajeros, que producen á su vez un beneficio cultural y económico.

Esas tres conferencias son: la del Sr. Mélida, sobre "La civilización romana y sus monumentos en la Península Ibérica"; la del Sr. Gómez Moreno, sobre "La civilización árabe y sus momentos en España", y la del Sr. Tormo, acerca de "La pintura clásica en España".

Las otras cinco, en que los temas se refieren total ó parcialmente á la época actual, versan sobre la Escultura (Puig y Cadafalch), Pintura moderna (Rodríguez Codolá), Literatura castellana (Díez Canedo), y Literatura catalana (Alomar).

La impresión de conjunto que da la lectura de estas dos partes con sus 38 capítulos ó conferencias, puede resumirse en dos conclusiones cuyo

razonamiento de pormenor es imposible reflejar aquí: 1.ª España ha hecho en sus tiempos pasados por la civilización del mundo mucho más de lo que vulgarmente se cree, y de su obra quedan testimonios y elementos de gran valía y eficacia, incorporados al acervo común humano; 2.ª España trabaja y produce hoy, en todos los órdenes, de manera muy superior á lo que se suele decir, y encierra posibilidades económicas que permiten confiar en el porvenir.

Lo primero ratifica el desvanecimiento de las leyendas que contra nosotros esgrimieron durante siglos los que pretendían realizar así una obra de política internacional beneficiosa á sus intereses ó se dejaban arrastrar por apasionamientos inconfesables. Lo segundo levantará el ánimo de los que, encerrados en un pesimismo ciego, confundían las deficiencias actuales y lo extenso del camino que aún hemos de recorrer con la impotencia y la falta de base natural.

En uno y otro caso la diferencia entre la verdad y el supuesto—aun en los casos en que aquélla no corresponde todavía á lo que deseamos y podemos—es tan grande, que basta para reivindicar nuestro prestigio y para impulsar á nuevos y más empeñados esfuerzos.

La tercera parte de las conferencias es la más breve de todas. Podía haber sido una de las más extensas y merecía serlo. En cuanto á la posibilidad, basta advertir que falta en esa sección el concurso de muchos americanistas españoles que hubieran podido traer noticias de positiva importancia para los fines principalmente económicos del curso.

Me bastará citar dos nombres: Labra y Lazúrtegui.

Tal como es, esta tercera parte encierra, no obstante, trabajos de consideración: uno del Sr. Argente, sobre la "Influencia de los caracteres de la colonización española en la evolución de los pueblos americanos", otro del Sr. Vehils, director de la Casa de América, de Barcelona, sobre las "Relaciones de los países ibero-americanos con España", y una estimación del valor que tiene el factor geográfico en el desarrollo económico de aquellos países, escrita por el Sr. Villar.

Queda con lo dicho caracterizada la significación y la utilidad del libro de lecciones del VIII Curso de Expansión Comercial, cuya presentación tipográfica es verdaderamente admirable y cuyas numerosas ilustraciones en fotograbado (preparadas por don Ramón Rucabado, constante colaborador del director del Curso, D. B. Amengual) son preciosos argumentos comprobatorios y honran á nuestras industrias artísticas.

VI

LA VISITA DE LOS ACADÉMICOS FRANCESES

He tratado en un capítulo anterior de las que yo llamo "posibilidades" de España en cuanto á influencia intelectual en el extranjero, ó si no influencia, reconocimiento franco de nuestra aptitud para

colaborar en la obra de la civilización juntamente con las demás naciones que hasta ahora creyeron ser únicas en esa tarea. Gran parte de esas "posibilidades"—he dicho—no procede quizás de una generosa rectificación de errores respecto de nosotros (errores que con demasiada complacencia repetían á cada paso muchos cariñosos amigos nuestros de raza *latina* ó no *latina*), sino de la necesidad en que se ve actualmente la mayoría de los pueblos europeos de sumar elementos simpáticos y útiles para su lucha de hoy y de mañana.

Pero aun siendo así, en más ó menos casos, el hecho de haber caído en la cuenta de que servimos para menesteres de cultura y de vida económica en que antes nos creían inútiles, es un bien muy grande; y la comprobación de que ahora es cuando no se equivocan, producirá, incluso en los espíritus que con más egoísmo han tomado ese rumbo, un efecto saludable con referencia á nosotros.

Francia había comenzado esa rectificación hace algún tiempo, cuando nadie creía posible la guerra que ahora nos contrista á todos. La fundación, en la Sorbona del Centro de Estudios franco-hispánicos, en 1913, fué la expresión exterior de esa corriente que pretendía demostrar al público francés la existencia de una España digna de ser atendida y de ser estudiada profundamente. Pero el Centro apenas si pudo iniciar su labor.

Un año es poco para obras de ese empeño, sobre todo cuando hay que romper la costra de indiferencia y de ignorancia de la colectividad; y esa costra era en Francia (y continúa siendo) demasiado dura y extensa para que pudiera deshacerse con facili-

dad y rapidez. La guerra llegó demasiado pronto, y en la mayoría de las actividades que el Centro franco-hispánico quería poner en juego para conseguir su propósito, se hizo irremediable la paralización.

Con esto, elementos de gran valor en la vida intelectual francesa, que no habían prestado atención á la iniciativa de los hispanistas de la Sorbona, creyéndola tal vez un romanticismo sin fundamento serio, quizás también comentándola con una sonrisa de irónica desconfianza, continuaron en el tradicional alejamiento respecto de nosotros; y el gran público, en el que figuran políticos, militares, escritores, comerciantes, etc., no pudo recibir intensamente los efectos de la propaganda que el Centro había de hacer.

Y con esto siguieron las leyendas y las desconsideraciones para con nosotros, hijas todas del profundo desconocimiento que en Francia (hablo del conjunto de la nación, con la debida reserva en punto á excepciones honrosas, pero escasísimas) como en los demás países de Europa, tenían y tienen de nuestra vida actual... y de la pasada. Siempre he creído que muchas de las molestias que nos han causado y tal vez se nos causan ahora, en el orden internacional, emanan tanto, por lo menos, como del egoísmo de los Estados y de las fuerzas económicas que sobre ellos actúan, de la falsa creencia en nuestra debilidad total como pueblo moderno.

Pero la guerra, si no ha modificado de golpe esta equivocada disposición, ha puesto en el ánimo de muchos el deseo de averiguar si era ó no fundada, con la esperanza, en el caso de error, de allegar un

nuevo elemento para las alianzas y colaboraciones futuras, quizás también para las presentes. Aun sin este propósito, tan natural y humano por lo mismo que es egoísta, hubiera podido contarse, para que ese movimiento se produjera, con la instintiva mirada que el ánimo acongojado por las grandes crisis de la vida lanza en derredor en busca de algo nuevo en que apoyarse y deseoso de encontrar valores y concursos en que antes no pensó, por creer que se bastaba á sí propio y aquéllos eran insignificantes.

No sé á cuál de los motivos diferentes que he referido y de que es producto ese movimiento de atención hacia España, muy visible en toda Europa, responde la visita con que nos han honrado varios ilustres académicos franceses. Por la calidad espiritual de los visitantes debemos pensar que el motivo es de los más puros y elevados.

En esa inteligencia los hemos recibido. Y lo que puede afirmarse es que, con toda sinceridad, los académicos han confesado llanamente que España ha sido para ellos una gran sorpresa en muchas cosas, respecto de las cuales no creían que nuestro pueblo encerrase tantos elementos interesantes y útiles para una colaboración espiritual fecunda.

La primera consecuencia, pues, de esta visita que comento, ha sido conquistar para España la consideración de un grupo de hombres que en su país gozan de gran autoridad científica y que serán, de hoy más, en sus respectivos círculos, propagandistas de la vindicación de España como factor positivo en la cultura universal. M. Imbart de la Tour, académico distinguidísimo que formó parte del grupo

que nos visitó, me dijo, al despedirle en la estación de Madrid, cuando marchaba con sus colegas á Sevilla:

"En cuanto regresemos á Francia, lo primero que haremos será contar á nuestros compañeros todo lo que hemos visto aquí, y que tanto rectifica las ideas corrientes respecto de España. Y con esto, prepararemos una nueva visita más detenida y sistemática, que acabará de establecer entre ambos países la comenzada é indispensable relación intelectual."

M. Bergson, el ilustre filósofo y admirable conferenciante (los adjetivos no son ripios en este caso), ha dicho también á un compatriota suyo, M. Raymond Recouley: "Me vuelvo á Francia absolutamente entusiasmado; España me ha conquistado y seducido, y, al declararlo, no me refiero á la cortesía, á la honda cordialidad que en todas partes nos manifestaron al acogernos, porque España, tierra hospitalaria y generosa por excelencia, no sabe dispensar otra acogida á los huéspedes que á ella acuden del extranjero.

„Lo que más me ha complacido, lo que más me ha llamado la atención, ha sido la afición á las controversias filosóficas, la afición á las ideas, que en todas partes pude notar. En mis conferencias no vacilé en tratar de los puntos más difíciles de mi filosofía, planteé los problemas más arduos de la Psicología y de la Metafísica. En ninguna parte, en ninguno de mis viajes al extranjero, me encontré con un público más inteligente ni que me prestara mayor atención.

„La mente española y la francesa son de suyo in-

clinadas á hermanarse y á apreciarse una á otra. Se encuentran como en el mismo plano. Sólo hace falta que se aproximen con mayor frecuencia, que mantengan mutuas y más estrechas relaciones una con otra.

„En eso vamos á ocuparnos de seguida, y éste será uno de los primeros resultados prácticos de nuestro viaje. Haremos que se organice un intercambio de profesores y de artistas.

„Es indispensable que se desarraiguen, que se destruyan los prejuicios, los conceptos erróneos, con que ambos países se juzgan uno á otro.

„En realidad, ambos tienen interés en que su unión se haga cada día más estrecha, y tengo la seguridad de que en cuanto termine la guerra se verificará esta unión" (1).

Á eso aspiramos nosotros. Queremos que se nos reconozca la parte de trabajo y de inteligencia con que colaboramos en la obra del progreso humano. Queremos que no se nos considere únicamente como un país pintoresco y de reliquias históricas y artísticos, sino también como un país vivo que se esfuerza por mejorar, que desea hacerse oir y á quien molestan (y muchas veces, con toda justicia, colocan en actitudes poco amables para los otros) las injus-

(1) Estas apreciaciones de Bergson han sido confirmadas en lo que toca al orden económico, por la Misión de economistas y hombres de negocios franceses que, á fines de 1916, han visitado nuestra España. Vid. la nota leída por M. Ch. Lallemad en la sesión de 29 de Enero de 1917, de la Academia de Ciencias (Instituto de Francia.) *Comptes rendue des séances de l'Academie des Sciences*, t. 164. pág. 210.

ticias y pretericiones de que se le ha hecho víctima. Y confiamos que cuando todo eso se logre, como es debido, de las clases directoras de Francia y de otras naciones en el orden intelectual y en el económico, servirá para rectificar la conducta de los elementos oficiales franceses con nuestra Administración y con nuestros ciudadanos.

Quienes buscan ahora nuestra amistad (y no me refiero sólo á Francia) deben reflexionar seriamente acerca de la desilusión y el recelo consiguiente que produce el no ver confirmado por los hechos, muchas veces, lo que la palabra preconiza. Es peligroso ese juego de contradicciones, sobre todo en los actuales momentos. Si lo hacen entender así á muchos de sus comptriotas, los académicos franceses habrán prestado un gran servicio á su país y al nuestro (1).

Pero no es esa sola rectificación la que podrán llevar á su patria. Sospecho que los académicos vinieron con un prejuicio y un temor graves: el prejuicio de que éramos todavía un pueblo intrasigente, de un catolicismo agresivo y falto de amplitud, y el temor de hablar aquí, en asuntos filosóficos y sociales, con la misma libertad con que católicos y no católicos hablan de esas cosas en Austria, en Inglaterra, en Francia y en Alemania. Lo que han visto y oído los académicos franceses habrá bastado, creo yo, para desengañarles. La inmensa mayoría de España es, ciertamente, católica; pero, á despe-

(1) Véase sobre esto mismo el *Extracto de las impresiones de mi viaje á Francia*, publicado por la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas (Madrid, 1917.)

cho del grupito de fanáticos que hay aquí (como en todas partes), es transigente, y, dando á la palabra un valor que transciende de la política estricta, es también *liberal*, profundamente liberal. Por eso aquí, y no sólo en el Ateneo, sino en todas partes, se puede decir todo, con tal de que sea razonado, serio y cortés. Lo que peor suena entre nosotros es el sectarismo y la mojigatería. No sólo sabemos respetar todas las opiniones (hablo de la mayoría de los españoles), sino que apetecemos oirlas; y las que representan el moderno sentir del mundo en punto á las grandes cuestiones humanas, tienen aquí muchos más adeptos de los que se cree por ahí fuera.

CONCLUSIÓN

Esta segunda parte del presente libro, podría alargarse casi indefinidamente. En varios pasajes de ella se ha indicado bibliografía que puede servir para ese objeto. No es la única, ni el asunto se agotaría con aprovechar lo que contiene; pero quede como está, para no cansar al lector.

Creo, por otra parte, que con lo dicho basta para probar una de las afirmaciones que en la *Explicación preliminar* hice; pero no quiero dejar en el lector la impresión de que reduzco á un solo término, ó, mejor dicho, á dos, el problema de nuestra posibilidad moral de acción hispano-americana.

Ya sé, y quiero decirlo aquí, que las circunstancias actuales han planteado otros, los cuales podrían hacer inútiles todos los títulos y posibilidades de España. No he querido, sin embargo, hablar de ellos aquí. Referencia á lo que significan hallará, quien lo deseare, en el texto de una conferencia dada por mí en Sevilla recientemente y que he citado en uno de los capítulos anteriores. A pesar de ese peligro, que quizás se desvanezca, creo que debemos pensar en la acción correspondiente al mo-

mento actual y en borrar los recelos que por otros motivos pudieran tener allá con respecto á nosotros. Ese deber es el que he querido cumplir, por lo que me toca, en el presente libro.

Hago votos porque hechos que en él no se mencionan, no hagan inútil su buena intención.

Y no terminaré sin advertir al lector que en cuanto al aspecto económico del problema, dos nuevos libros, llegados á mi poder al terminar éste, añaden noticias y consideraciones que importa tener en cuenta y que no contradicen las aquí consignadas. Es uno el del capitán Rodrigo Zárate (nombre citado en las anteriores páginas), cuyo título es *España y America.—Proyecciones y problemas derivados de la guerra*. Del otro, *Aspectos económicos de la gran guerra*, es autor Federico Rahola, bien conocido como escritor, en materias de economía principalmente. Ambos contienen indicaciones sumamente útiles para uno de los aspectos del problema de España y su programa americanista.

FIN

ÍNDICE

Páginas.

EXPLICACIÓN PRELIMIAR 7

PRIMERA PARTE

EL PROGRAMA

CAPÍTULO I.—El programa de nuestro americanismo..... 15
I.—Opiniones varias. La oportunidad del momento..... 15
II.—El elemento emigrante..... 26
III.—El programa de los españoles de América..... 35
IV.—Comercio y escuelas..... 45
V.—Cátedras españolas..... 51
VI.—El Archivo de Indias y América..... 56
VII.—Programa mínimo y urgente..... 62
CAPÍTULO II.—El americanismo en las Cortes.... 69
CAPÍTULO III.—Las "posibilidades" de España.. 81
I.—Noticias y consideraciones generales.... 81
II.—Nuevas coyunturas..... 95
III.—Cómo aprovecharlas..... 100

Páginas.

CAPÍTULO IV.—El idioma..... 109
CAPÍTULO V.—Los siete competidores..... 115

SEGUNDA PARTE

LO QUE ES ESPAÑA

CAPÍTULO I.—El español fuera de España..... 125
CAPÍTULO II.—España nueva y España vieja.... 133
CAPÍTULO III.—Los elementos de la civilización y el carácter españoles..... 147
CAPÍTULO IV.—La civilización española..... 155
CAPÍTULO V.—Optimismo y pesimismo..... 177
I.—..... 177
II.—..... 183
III.—..... 189
CAPÍTULO VI.—Patriotismo español. Nuevas formas..... 195
CAPÍTULO VII.—Progresos españoles..... 207
I.—Una cátedra nueva..... 207
II.—Las bibliotecas populares..... 212
III.—Educación obrera..... 218
IV.—La enseñanza del Dibujo escolar.—Los libros escolares y de divulgación.... 225
V.—Un libro alentador..... 235
VI.—La visita de los académicos franceses. 240
CONCLUSIÓN..... 249

BIBLIOTECA ANDRÉS BELLO

Obras publicadas (á 3,50 ptas. tomo).

I.—M. Gutiérrez Nájera: *Sus mejores poesías.*
II.—M. Díaz Rodríguez: *Sangre patricia.* (Novela) y *Cuentos de color.*
III.—José Martí: *Los Estados Unidos.*
IV.—J. E. Rodó: *Cinco ensayos.*
V.—F. García Godoy: *La literatura americana de nuestros días.*
VI.—Nicolás Heredia: *La sensibilidad en la poesía castellana.*
VII.—M. González Prada: *Páginas libres.*
VIII.—Tulio M. Cestero: *Hombres y piedras.*
IX.—Andrés Bello: *Historia de las Literaturas de Grecia y Roma.*
X.—Domingo F. Sarmiento: *Facundo.* (Civilización y barbarie en la República Argentina.)
XI.—R. Blanco-Fombona: *El Hombre de Oro* (Novela).
XII.—Rubén Darío: *Sus mejores Cuentos y sus mejores Cantos.*
XIII.—Carlos Arturo Torres: *Los Ídolos del Foro.* (Ensayo sobre las supersticiones políticas.)
XIV.—Pedro-Emilio Coll: *El Castillo de Elsinor.*
XV.—Julián del Casal: *Sus mejores poemas.*
XVI.—Armando Donoso: *La sombra de Goethe.*—4 pesetas.
XVII.—Alberto Ghiraldo: *Triunfos nuevos.*
XVIII.—Gonzalo Zaldumbide: *La evolución de Gabriel d'Annunzio.*
XIX.—José Rafael Pocaterra: *Vidas oscuras.* (Novela.) 4 pesetas.
XX.—Jesús Castellanos: *La Conjura.* (Novela.)
XXI.—Javier de Viana: *Guri y otras novelas.*
XXII.—Jean Paul (Juan Pablo Echagüe): *Teatro argentino.*
XXIII.—R. Blanco-Fombona: *El Hombre de Hierro.* (Novela.)
XXIV.—Luis María Jordán: *Los Atormentados.* (Novela.)
XXV.—Carlos Arturo Torres: *Estudios de crítica moderna.*—4 pesetas.
XXVI.—Salvador Díaz Mirón: *Lascas.* Precio: 2,75 pts.
XXVII.—Carlos Pereyra: *Bolívar y Washington.*—4,50 pesetas.
XXVIII.—Rafael M. Merchán: *Estudios Críticos.*
XXIX.—Bernardo G. Barros: *La caricatura contemporánea.*

BIBLIOTECA DE CIENCIAS POLITICAS Y SOCIALES

Obras de los más ilustres publicistas americanos.

SE HAN PUBLICADO:

I.—ORESTES FERRARA: *La guerra europea. Causas y pretextos.* Precio: 3,50 pesetas.
Profesor de Derecho público en la Universidad de la Habana.

II.—ALEJANDRO ALVAREZ: *La diplomacia de Chile durante la emancipación y la sociedad internacional americana.*—Precio: 3,50 ptas.
Consultor del ministerio (chileno) de Relaciones Exteriores.

III.—JULIO C. SALAS: *Etnología é Historia de Tierra-Firme. (Venezuela y Colombia).*—4 pesetas.
Profesor de Sociología en la Universidad de Mérida (Venezuela).

IV.—CARLOS PEREYRA: *El Mito de Monroe.*—Precio: 4,50 ptas.
Antiguo profesor de Sociología en la Universidad de México y Miembro del tribunal permanente de Arbitraje, de La Haya.

V.—JOSÉ DE LA VEGA: *La Federación en Colombia.* Precio: 3,50 pesetas.
Miembro del Centro de Historia, de Cartagena (Colombia.)

VI.—M. DE OLIVEIRA LIMA: *La evolución histórica de la América Latina.* Precio: 3,50 pesetas.
De la Academia brasilera.

VII.—ANGEL CÉSAR RIVAS: *Ensayos de historia política y diplomática.* Precio: 4 pesetas.
De la Academia de la Historia, de Venezuela.

VIII.—JOSÉ GIL FORTOUL: *El hombre y la historia. (Ensayo de Sociología venezolana).*—Precio: 3 ptas.
De la Acedemia de la Historia, de Venezuela.

IX.—JOSÉ M. RAMOS MEJÍA: *Rosas y el Doctor Francia. (Estudios psiquiátricos.)* Precio: 3,50 pesetas.
Presidente del Consejo Nacional de Educación en la República Argentina.

X.—PEDRO M. ARCAYA: *Estudios de sociología venezolana.*
Miembro de la Academia de la Historia, de Venezuela, y Ministro de Relaciones Interiores.
Precio: 4 pesetas.

XI-XII.—J. D. MONSALVE: *El ideal político del Libertador Simón Bolívar.*
Miembro de número de la Academia de la Historia, de Colombia.
Dos gruesos vols. á 4,75 cada uno.

XIII.—FERNANDO ORTÍZ: *Los negros brujos. (Apuntes para un estudio de Etnología criminal.)*
Profesor de Derecho público en la Universidad de la Habana.
Precio: 4,50 pesetas.

XIV—JOSÉ NICOLÁS MATIENZO.—*El Gobierno representativo federal en la República Argentina.*
Profesor en las Universidades de Buenos Aires y la Plata.
Precio: 5 pesetas.

XV.—EUGENIO MARÍA DE HOSTOS: *Moral Social.*
Profesor de Sociología en la República Dominicana y de Derecho Constitucional en la Universidad de Santiago de Chile.
Precio: 4 pesetas.

XVI-XVII.—J. V. LASTARRIA: *La América.*
Enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de Chile en las repúblicas del Plata y en Brasil, etc.
Precio: 8 pesetas los dos volúmenes.

XVIII.—CECILIO ACOSTA: *Estudios de Derecho internacional.*
Miembro de la Academia de Ciencias Sociales y Bellas Letras, de Caracas.
Precio: 3,50 pesetas.

XIX.—WILLIAM R. SHEPHERD: *La América Latina.*
Profesor de Historia en la Universidad de Columbia (E. U.)
Traducción directa del inglés, por R. Blanco-Fombona.
Precio: 3,50 pesetas.

DE VENTA EN TODAS LAS LIBRERÍAS DE ESPAÑA Y AMÉRICA